

# Antología de Textos

Agustín García Calvo

Ediciones del Cagadero del Diablo  
por <http://bibliocdd.6te.net>

# Índice

El sexo y lo sagrado (3)

La rotura del sujeto (Acerca de la Tragedia) (17)

El Estado y yo (24)

Locura de la ciencia (26)

Conciencia (28)

Dios cree en la ciencia (29)

Como hacer vivir a los muertos (31)

Cuerpo y enfermedad (46)

De la lengua, el pueblo y pedantes (49)

Contra la paz (52)

Memoria (60)

Vislumbres del lagos Sanabria (67)

De teatro (69)

Mito/Historia y otras intervenciones (70)

Entrevista a Agustín García Calvo por Santiago Martínez (80)

Entrevista a Agustín García Calvo por Babab (83)

## El Sexo y lo sagrado

Entro a tratar aquí de algo sagrado. 'Sagrado' quiere decir, como a muchos de vosotros os suena, desconocido. Lo sagrado es lo desconocido, lo que no se sabe. De forma que, sea lo que sea lo que habéis pensado que pueda haber bajo títulos como «Sexo», «Sexualidad», mi intención es hablar justamente de ello como desconocido y, por tanto, como sagrado, con ese respeto irrespetuoso que lo sagrado me merece y en contra de la falta de respeto con que de ordinario se le trata.

Es desconocido; es sagrado. Bien querría que mi boca acertara en este rato a darle voz y razón al coño, esa boca que no habla. Que no habla nunca: cuando otras bocas hablan por él, no es él el que habla. El intento es que el coño pudiera hablar, el coño mismo, y que esto sirviera para darle en cierto modo voz y razón.

Frente a esto, está la falta de respeto habitual, el intento constante de disimular lo desconocido, de hacer creer que no es desconocido, de hacer creer que se sabe. Y que, por tanto, se puede manejar y contar. Las muestras de esa falta de respeto son innumerables. Esta misma sesión o cursillo en el que estamos es una muestra: es una falta de respeto, y es una pretensión de disimulo de aquello que amenaza como desconocido. Se piensa que bajo título de «**Filosofía** y sexualidad» u otro cualquiera tenemos un tema, un objeto, del que podemos hablar, al que podemos reducir a lo conocido.

Pero las muestras de falta de respeto son innumerables: la manera en que se trata eso que se llama cuerpo (empezando por llamarlo cuerpo ya), en que se le trata a trozos en la medicina, en la vida corriente, en que se llega realmente cada vez más a tener los órganos y los miembros, a poseerlos, y, por tanto, poder hacer donación de riñones, de hígado, de ojos, de lo que sea, esa fragmentación y esa pretensión de poder manejar a trozos y por entero eso a lo que pedantescamente se llama cuerpo, es una de las más flagrantes faltas de respeto de aquello desconocido que querría que hablara un poco por mí.

También el empleo para las cosas sexuales de nombres médicos, de cultismos grecolatinos nacidos en la medicina y que sirven como una especie de anestesia para aquello amenazante que pudiera haber por debajo de los nombres, esas cosas de decir pene, coito, y nombres por el estilo, son de por sí ya una muestra del intento de aniquilación de esa amenaza de lo sagrado, de lo desconocido, lo que querría que estuviera hablando por mí, en cambio.

Es curioso que esa pretensión de la denominación, del dominio por la denominación y especialmente por la denominación pedantesca, medicinal, grecolatina, tiene una raigambre que no sólo se da en la literatura tradicional de los represores, de los confesores (de los confesores, sobre todo, del momento de florecimiento del confesionario, en el XVII y por ahí), sino también en la propia literatura galante. Se da, por supuesto, en las recetas y la casuística de confesionario: evidentemente, si el confesor sabe ya de antemano cuáles son los pecados que se pueden cometer y los tiene catalogados de alguna manera, si puede determinar si, por ejemplo, realizar el coito en la parte exterior del campanario constituye sacrilegio o no, o si la introducción del miembro viril hasta cierto punto constituye coito completo o no lo constituye, si puede hacer eso, es que ya se sabe todo: todo está ya manejado y sabido de antemano: se está anulando cualquier posibilidad de que surja lo imprevisto, lo desconocido. Pero también con el diálogo galante de los mismos siglos y los anteriores, hasta culminar en *La philosophie dans le boudoir* [de Sade], también en este género no puede faltar esa pedagogía de la denominación: una lista de nombres medicinales, grecolatinos, pedantescos, que se le ofrece, por ejemplo, a Eugenia, a la aprendiz de amor, en la propia filosofía del boudoir. Todos esos intentos, por un lado y por otro, son intentos, como veis, de domesticación, de anulación de lo desconocido, de conjura de la amenaza que en ello puede haber para los hombres.

No quiero hablar mucho de los grandes procedimientos de anulación de eso desconocido, que son las instituciones primordiales del matrimonio y de la prostitución. En otra parte ya he hablado de cómo el matrimonio, institución que no sólo se refiere a las formas consagradas por la Iglesia o por el

Estado, sino a cualquier formación del tipo de eso que suele llamarse pareja, constituye un intento sobre todo de domesticación de lo no sabido, un cambio por el cual, a costa de perder aquella posible amenaza de vida que en el amor había, se nos da una cierta seguridad, una cierta domesticidad. La prostitución es complementaria: lo que se paga, aquello que se puede comprar y vender, es, por excelencia, lo sabido. Ninguna prueba hay para el concepto mejor que la del número. Si en efecto, puedo pagar por un servicio, es que ya sé lo que estoy pagando. El dinero es la prueba del saber. Y, por tanto, en el matrimonio como en la prostitución, se da lo uno y lo otro, en el matrimonio y la prostitución, en sus formas más arcaicas o en las formas más desarrolladas que en nuestra época dominan.

En fin, si encontráis, en las propias proclamaciones de los muchachos estos decenios pasados, algunas del tipo «Haced el amor», «Faites l'amour, pas la guerre», esa expresión misma de «hacer el amor» (que, entre nosotros, es un galicismo introducido a través del lenguaje eufemístico de las señoras más bien, pero que ha tenido su éxito), esa expresión misma encierra mucho de lo que estoy queriendo sugeriros como procedimientos de anulación de lo desconocido, de domesticación, de falsificación: hacer el amor implica que realmente es algo que se hace, es decir, una acción; es decir, en definitiva, un trabajo: es algo que depende de la voluntad, es algo que está sometido a las facultades llamadas superiores; y lo que está sometido a las facultades llamadas superiores (la voluntad, la deliberación), es algo que está sometido a las facultades superiores de la sociedad, al Estado, al Capital. Hacer el amor implica deshacer cualquier posibilidad de que pase algo, que pase algo que yo no pueda dominar, y que, por tanto, el Estado no pueda dominar: que pase algo imprevisto, desconocido, incontable. Cuando se dice «Faites l'amour, pas la guerre», se ve el engaño en el que los que así proclamaban caían: es un típico caso de la paloma perdida por haber abandonado a la serpiente, que debe acompañarla siempre, según la recomendación del Evangelio. Se cae ahí, por buena voluntad, por ingenuidad, en un engaño que hace olvidar que justamente la guerra, la guerra de los sexos o como queráis decir, es esto en lo que estamos, y que no se puede hacer esa contraposición de hacer el amor, no la guerra, porque hacer el amor quiere decir intervenir ya activamente en esta guerra que consiste sobre todo en la anulación, en la domesticación, de aquello desconocido, que bajo nombre de «sexo», nombre de «amor», o de cualquier otra manera podía estar latiendo por ahí debajo.

Por desgracia, sucede que esto no es una mera proclamación verbal: sucede que la jodienda, el coito con su nombre más medicinal, se convierte, en efecto, en la mayor parte de los casos, en un hacer, en algo voluntario, en algo dominado y que paga la pérdida de cualquier amenaza de paraíso para conseguir a cambio es: el dominio, la sumisión, y, por tanto, la seguridad para vivir: el disimulo de lo desconocido y la tranquilidad respecto a que nada del otro mundo está pasando cuando se hace eso que se llama hacer el amor: que eso también está dentro, que no se va a descubrir ni nos va a pasar nada verdaderamente nuevo y extraño.

Pues bien, aquí también, como os decía, estamos en un caso de intento de disimulo. Venís aquí, sabiéndolo más o menos, a que se os tranquilice respecto a la cuestión, a que se os asegure, a que de manera más o menos científica o más o menos heterodoxa se os diga que se sabe qué es eso de lo que estamos hablando, que el sexo, la sexualidad, queden convertidos también en un objeto, un objeto de saber, de investigación, y, por tanto, en algo inocuo, algo que no nos pueda sorprender y hacernos nunca mayor daño.

Quiero, a este propósito, recordar a Freud (al que recordaré unas cuantas veces más a lo largo de esto) de una manera ambigua: porque el psicoanálisis no era una ciencia, era en cierto modo lo contrario de la Ciencia: era una disolución: era algo que ponía en peligro precisamente esa integridad o estructura del alma humana (o del yo, con un nombre más moderno), mientras que ya desde el propio Freud esa disolución o descubrimiento peligroso se acompaña de intentos más o menos afortunados de volver a la asimilación, a la domesticación. En ese sentido, pues, recuerdo un precioso ensayo de sus últimos años que se llamaba «Análisis terminable e interminable», en el cual

muestra de una manera muy clara cómo después de haber levantado las capas sucesivas impuestas por la sociedad y por las convenciones, al fin se llega a lo que él dice la roca viva, que es la animalidad, aquello que está por debajo de todo eso. Pero esa roca viva es en verdad un mar, el mar sin fondo; y en cambio, esa roca viva que pretende ser la animalidad, la vida, cualquier nombre, en verdad no es más que la Biología. Lo que encuentra Freud debajo de todo eso se llama la vida o la animalidad, pero es, en verdad, la Biología: lo que encuentra es la Ciencia: lo que el psicoanálisis piensa encontrar cuando ha agotado su labor negativa, destructiva, creativa, de levantamiento de ocultaciones y convenciones, esa roca viva, suelo firme que piensa encontrar, sólo lo es gracias a que no es en verdad el mar sin fondo, ni la vida, ni nada de eso, sino Biología, Ciencia. Lo que ahí debajo encuentra Freud es otra vez la Ciencia y la fe en la Ciencia. Él cree saber algo de aquello porque la Ciencia se lo dice, porque hay una Ciencia (Biología, Anatomía, Zoología y demás) que le explica bien qué es eso del animal, qué es eso de la vida. No es sino un caso de la falsificación constante, por la cual, dado el dominio social de aquello a que se alude como Naturaleza, para nosotros la tierra se convierte en Geografía, y así también el cuerpo en Anatomía, y así también la vida en Biología. Y cuando pensamos encontrar algo firme, es gracias a que encontramos, no ello, sino el saber de ello, el saber científico.

Vengamos, pues, a ver qué diablos es esto a lo que suele llamarse en nuestros días sexo. Querría que la figura que aquí tomáramos fuera justamente el revés de la figura de los sexólogos, abundantes en nuestra época. Sexólogo encierra en el segundo término la alusión al lenguaje y a la razón y como primer término, el sexo: se trata, en verdad, de desarrollar una ciencia, un saber, no un razonamiento, sino una ciencia, un saber, acerca de lo que el primer término tiene denominado como sexo. Querría que aquí, por el contrario, fuera otra vez el sexo el que fuera lógos, que fuera la irracionalidad, lo desconocido que está por debajo, lo que de alguna manera, al tomar voz de razón, destruyera todas las logías, todas las ciencias o saberes pretendidos acerca de ello.

La historia de la palabra es realmente muy interesante, y en medio de la infinidad de tesinas inútiles que se hacen todos los días entre nosotros, tesinas y tesis, he aquí una que sería, a mí parecer, verdaderamente útil, que sería estudiar un poco más detenidamente de lo que yo he podido hacerlo la historia de esta palabra. Esta palabra latina empieza, evidentemente, queriendo denominar las clases fundamentales, los dos sexos y la oposición entre ambos sexos. En latín antiguo la palabra no tiene otro sentido más que éste: *sexus* quiere decir 'uno de los dos sexos', o, como el otro término, *secus*, que a veces aparece en los autores arcaicos (*muliebre ac uirile secus*), el sexo, es decir, la división o clase, viril y mujeril, masculina y femenina. Inútil buscar en la antigüedad más usos de la palabra.

Si me permitís por un momento un paréntesis lingüístico, pienso que es bastante razonable pensar que podemos arreglarnos con una sola raíz, que se escribiría *seH* (-H para designar una aspirante perdida desde la prehistoria, una de las que a veces se llaman laringales), para explicar al mismo tiempo el prefijo de separación «se» que se usa en latín, y al mismo tiempo el adverbio *secus*, que quiere decir «por separado», «separadamente», y también, lo que para mí sería lo mismo (un uso nominal de ese adverbio), el nombre *secus* a que antes he aludido y el otro derivado, que es el que ha tenido éxito en nuestras lenguas, *sexus*. Todos vendrían de lo mismo, de la idea de 'separación'.

En la época moderna, la palabra, pienso que a mediados del XVIII (pero aquí, repito, llamo a la realización de esa tesina o tesis útil, que no está hecha), el nombre empieza a usarse para aludir precisamente a una de las dos clases, como si una de las dos clases fundamentales de la Sociedad fuera el sexo por antonomasia, el sexo por excelencia. En autores del XVIII y todavía en el XIX, franceses especialmente, podréis encontrar que «le sexe» es el femenino, naturalmente. El sexo es lo femenino; y así debió la cosa seguir funcionando, al menos durante un siglo, hasta que sólo — pienso yo — después de mediados del siglo pasado empiezan las primeras apariciones con este significado que hoy queremos darle a la palabra.

Evidentemente, este significado de 'sexo', 'sexualidad', que a nosotros tanto nos suena hoy y bajo cuya bandera venimos a este seminario, es una derivación de ese estadio intermedio en que sexo quiere decir el sexo femenino: el sexo, la sexualidad, son, naturalmente, como esta incursión etimológica nos muestra, las mujeres: es lo femenino lo que es el sexo y lo que es la sexualidad. Y esto, naturalmente, es independiente de cualquier forma que las relaciones humanas puedan adoptar: homosexuales, heterosexuales, da igual: sigue siendo válido en general que el sexo no es otra cosa que lo femenino.

Naturalmente, este último significado, esta última evolución semántica de la palabra sexo, sólo se explica como correlativa del previo desarrollo de la palabra amor en el sentido que podemos distinguir como 'Amor con mayúscula'. Solamente apoyándose en esta evolución de la palabra (desconocida, por supuesto, de los antiguos) que separa un Amor con mayúscula, el amor de verdad, el amor de toda una vida, el amor único, etc., etc., podemos explicarnos que la palabra sexo llegue a tener un sentido que es rigurosamente contrapuesto y complementario: quiere decir 'hacer lo mismo, que le pase a uno lo mismo que en el Amor, pero sin Amor', sin Amor verdadero.

Así es como sigue valiendo la palabra en nuestros días. Seguimos llamando sexo con más o menos asco o con más o menos exaltación a aquello que precisamente es lo mismo que en el Amor, pero sin Amor de verdad. La evolución semántica es paralela a aquella que hace que la noción misma de 'cuerpo' se desarrolle, empezando esta vez ya desde los antiguos, como correlativa e inmediatamente después de que se ha desarrollado la noción de 'alma': veis bien el paralelo y no tengo por qué insistir en ello. Así como el cuerpo se desarrolla por imitación de y en contraposición con el alma, así esto que llamamos sexo hoy día se desarrolla en contraposición con y por imitación de aquello que se llama el Amor verdadero.

Entre los dos se arreglan para impedir cualquier aparición de eso desconocido que querría que estuviera hablando por mí. El pecado contra el amor sin mayúscula ni minúscula es justamente la separación; y en este pecado estamos incurriendo todos los días: esta insistencia en la separación entre lo que es Amor de veras y lo que es sexo es justamente el fundamento de todas las nuevas y más poderosas formas de represión. Permitidme que emplee, aunque sea un poco entre comillas, este término, «pecado». Ese es el pecado contra el amor, que quiere decir el pecado contra lo desconocido, contra lo imprevisible, contra la vida.

Hay un pasaje de una de las cartas de Freud a Fliess, a los últimos años del siglo, o los primeros de éste, que ha atormentado a los editores bastante, y a los comentadores; es un momento en que aparece el nombre de lo femenino: aparece lo femenino en la carta, y Freud en el manuscrito de la carta lo dota de tres cruces seguidas. Estas tres cruces son las que han sido objeto de mucho comentario y tormento para los editores: ¿Cuál es el sentido de esas tres cruces que acompañan a lo femenino? Algunos de los editores dicen, con razón, que Freud se hace cruces. No es imposible: es normal que un signo de tres cruces represente gráficamente el persignarse (ya sabéis, así, con las tres [el orador se persigna]), y que esto se dé en un judío no sería tampoco un inconveniente grave; probablemente la gesticulación del persignarse y su simbología es independiente del carácter de judío o no que Freud tuviera. En todo caso, hay ahí una especie de signo supersticioso para alejar el maleficio, para alejar de alguna forma algo que se siente como demoníaco, como amenazante. En el momento de trazar esas tres cruces Freud es bien consciente de algo que después, durante largo tiempo, hasta los últimos años, va a olvidar, que es eso de lo desconocido y, por tanto, peligroso, que pueda haber detrás del término de 'lo femenino'.

Vamos a fijarnos un poco en qué es entonces eso desconocido, peligroso, amenazante, que en lo femenino pueda haber, siendo lo femenino, como antes he mostrado, el sexo propiamente dicho, siendo de aquello que ahora llamo femenino de lo que se alimenta la nueva noción de 'sexo' entre nosotros. Tenemos que conocerlo a través de su forma de presentación histórica; esto desconocido,

esto peligroso, se nos presenta como dominado: por tanto, entre las otras formas de dominio, como sabido o pretendidamente sabido; ya que no hay forma de dominación que no se acompañe de o esté fundada en la pretensión de saber. No hay poder sin mentira; no hay poder sin ejercicio de esta falsificación del saber.

Las mujeres, pues, lo desconocido, son en su aparición histórica el sexo dominado. Son el primer ejemplo de la dominación. Os voy a decir unos cuantos tópicos que no por serlo dejan de ser verdaderos. Son el primer ejemplo, el primer caso de dominación. Son la primera forma de dinero, es decir, el intento más flagrante de reducir la cosa desconocida, incontable, innumerable, a concepto, a representación abstracta de las cosas, que eso es lo que es el dinero; y las mujeres son, evidentemente, la primera forma de dinero; como la contraposición de los dos sexos es la primera lucha, la primera forma de la lucha de clases, es decir, de esa separación bajo la cual trata constantemente de ocultarse la amenaza de lo desconocido.

En una obra de teatro que saqué hace unos años que se llama *\_\_Iliupersis\_\_*, donde se cuenta (se cuenta no, porque es una obra de teatro: se hace, se representa) la noche de la caída de Troya, con Eneas y demás y sus mujeres, y donde el coro es el coro de las muchachas troyanas danzando entre las llamas del incendio, hay un momento, una parábasis o interrupción de la acción, en que las muchachas troyanas se quitan sus disfraces, dejan de serlo, se convierten en lo que son, en las vicetiples, y se dedican a recitar unas cuantas cosas a propósito de esto. Os voy a repetir uno de los trozos de lo que estas muchachas o vicetiples dicen:

«Dijo el Inspector del Alma: "A toda hija de papá  
es la envidia de ser hombre lo que la hace ser mujer":  
que ella descubre que le falta el aparato del poder,  
que ella lo ve, que no lo tiene lo que se tiene que tener;  
conque se ve vacío ella y agujero y soledad,  
y en lugar de ser lo que es, es el revés de lo que es;  
y que por eso lo que busco es compensar y satisfacer  
con lo que sea mi vacío y falta constitucional,  
con repollo, con perifollo, con picaporte o sacudidor,  
con el amor del gran pispajo y, gozo final, con un bebé,  
tanto mejor si nace entero y apto para mear de pie;  
sólo con esos consoladores puedo vivir a medias bien;  
pero si no, ¿qué soy?: un pozo de odio, envidia, ingratitud;  
quiero capar a mis hermanos, como capada yo que estoy,  
y al que de todos más envidio a ése... lo amo de verdad.  
Eso decía el cipotillo, como cipote que era él,  
sin pensar que a mí tres pitos me interesa mi interior  
y que la fior de dentro y fuera toda florece a flor de piel.  
Pero al Doctor y al sexo fuerte les decimos ¿saben qué?  
Ea, niñas, ¿qué decimos a todo el sexo del Doctor?

[El orador, en nombre de las vicetíples, le hace al público cuatro veces el gesto de la higa.]

Fue la envidia en el principio: es verdad, y tan verdad  
que antes de esa envidia, hubo otra envidia del revés,  
más tenebrosa, más inmensa, más profunda que la mar.  
Y si me dicen "¿Quién envidia?", "El que puede", les diré;  
porque sólo los potentes impotentes pueden ser.  
Y si preguntan los señores "¿Y qué tenemos que envidiar?",

a esa pregunta, yo, señores, aunque pudiera responder,  
no respondo, por modestia, y por amor a la verdad.»

Voy a aprovechar un poco estos versos, estas recitaciones de estas mujeres algo desmandadas de la *Iliupersis*. La relación con el Poder, esta aparición histórica del sexo desconocido y peligroso como dominado y domesticado, no puede desconocerse nunca. La discusión durante largos años de Freud contra Adler a este propósito es algo que no puede desconocerse; pero en lo que no voy a insistir mayormente. Me interesa más mostraros un poco algunos ejemplos de cómo aparece entre los hombres el terror, o la angustia, o la extrañeza, o la aversión, frente al coño, frente a cualquier aparición más o menos descuidada de aquello desconocido, que pueda estarles diciendo, sin decir, algo por esa boca que no habla. Las apariciones son innumerables, y tampoco voy a pararme mucho a grandes distingos sobre esos sentimientos a los que he aludido con esa serie de palabras: aversión, terror, angustia y demás.

Una de las apariciones más triviales es la del fetichismo, esencialmente masculino, como sabéis. Frente a otras interpretaciones de Freud, que aquí desbarra mucho (él piensa siempre que en todo fetichismo se anda buscando de alguna manera o echando de menos el pene de la madre; no sabe uno para qué diablos podría a uno servirle el pene de su madre, pero en fin...), frente a eso, creo que una interpretación sana del fetichismo es lo que dice la expresión popular 'andarse por las ramas'. Este andarse por las ramas, tan característico de la masculinidad y que se muestra en formas algo más extremas en el fetichismo, es una de las apariciones indirectas, pero muy clara, de esa especie de terror, angustia, etc. de la que he hablado [Nota: En la (apasionada) discusión de tarde, la homosexualidad (masculina, por supuesto) se presentó también como un caso de fetichismo o 'andarse por las ramas', o sea de miedo al coño].

Piensa Freud, cuando el psicoanálisis trata de volver sobre la teoría, que el descubrimiento por parte del niño de las zonas genitales (por decirlo con el nombre más pedante que se me ocurre y más insultante) femeninas, y las de la madre en especial, es algo como el descubrimiento de una falta. El niño ve que no lo tiene, como dicen esas mujeres. Es falso, pienso. He recogido unos cuantos datos de niños a lo largo de estos años. Los niños, en primer lugar, descubren el sexo femenino no como una falta, sino como una herida, como una especie de hachazo. Uno de los niños, de 9 años, declara la repugnancia o aversión a mirar el coño de su hermanita, algo más pequeña, porque es, literalmente, «como una herida». Es precisamente como una herida.

Es curioso que esta herida, efectivamente, va a sangrar con la pubertad, va a realizar de alguna manera esa especie de temor infantil; y no hay probablemente entre todos los animales hembras que podamos imaginar ninguna cosa tan escandalosa como la menstruación humana; y que tantos latidos todavía de desconcierto pueda presentarles a muchos hombres, ¿no? Recuerdo todavía cómo mi buen maestro Tovar, una vez, criticando otra de las obras de teatro, el *Feniz*, se sentía, en medio de las alabanzas por la obra, muy escandalizado de una escena en que Feniz se reboza con la sangre menstrual de la mujer con la que está haciendo esa cosa que se dice hacer el amor. Ese terror de la sangre persiste. Fijáos en que la sangre es precisamente el elemento de Marte, es la guerra, pero aparece ahí, en las mujeres, de una manera típicamente contradictoria. Los niños, con la pubertad, por el contrario, van a dar leche; por el contrario, leche.

Me conformo con esto para la aparición como herida, y paso a otra cosa que, en cambio, aparece mucho más desarrollada en el psicoanálisis tradicional, en Freud: es la aparición como Medusa. El coño, y especialmente velloso, apareciéndose como un objeto de descubrimiento terrorífico para el niño, tiene, como la cabeza de Medusa, la virtud de dejar a los hombres petrificados cuando aparece: aquello que después encuentra una especie de redención cuando Palas Atenea se la coloca sobre el pecho, formando parte de la égida, de la armadura de esa virgen guerrera, de esa hija



perfecta de Zeus, que es Palas Atenea. Todo esto, efectivamente, es un simbolismo muy rico del que sólo voy a sacar algunos hilos. Evidentemente, la aparición del coño velludo, especialmente del de la madre, es traumática para el niño, es profundamente terrorífica, se lo confiese o no (la represión puede ser más temprana o más tardía), en primer lugar, porque la mujer, el otro sexo, es esencialmente la desnuda, la carente de vello, es el caso justamente más alejado de la animalidad en la visión corriente, porque carece mucho más, está mucho más avanzada, diríamos, en el progreso de alejamiento de la animalidad que los hombres del sexo masculino en cuanto mucho más carente de vello, habiendo perdido mucho más el pelo de la dehesa, como se dice. Por tanto, la aparición del coño velludo es la aparición del vello del animal, pero precisamente en la desnuda, en el caso que se siente como más avanzado de humanidad.

Cuando Freud se ocupa de los contornos de Medusa, de esos vellos, naturalmente, según la aberración inevitable, piensa que los puede equiparar a pequeños penes que andan danzando por ahí; también los pelos se convierten en penes. Esto es una mentira, pero, como muchas de las de Freud, una mentira muy útil, muy ilustrativa. Es evidente que uno puede comparar más bien ese contorno de Medusa, aterrador, con una multitud de clítoris agitándose (recordad la aparición de anémonas en el mar y otras apariciones semejantes, ¿no?): penes, vergas masculinas, pero rodeando al centro, al que no llegan. Comparad con esto la imagen de los manuales de Biología que nos acompañan desde pequeños, la imagen del óvulo único rodeado de millones de espermatozoides que intentan entrar allí. Órganos como clítoris, perpetuamente fluctuantes en torno, o como pequeñísimas vergas que tratan de entrar, sería más bien la interpretación del terror, de la angustia, que ante esa visión puede surgir.

En todo caso, esto nos coloca cerca de otra de las apariciones de las formas de terror más tradicionales, que tiene mucho que ver con ello: es el gesto de hacer la higa, que ustedes me han visto hacer ahora mismo al recitar el trozo de la *Iliupersis*. Es un ejemplo bueno de cómo la aparición del terror, siendo ya ella un disimulo, siendo un conjuro, trata a su vez de disimularse y confundir. Hay un texto de Rabelais, que creo que Freud mismo recoge y usa, en que un diablo huye delante de una mujer que se levanta las faldas y le muestra el coño, sin más: el coño directamente aparece como un motivo de huida para el demonio; y si ese demonio es un demonio masculino, es un representante, es decir, del terror masculino, entonces la imaginación de Rabelais es muy exacta en ese caso.

En todo caso, hay una mala interpretación respecto al gesto de hacer la higa. Su forma más corriente es ésta [el orador hace el gesto, con el dedo medio agitándose sobre los otros replegados por el pulgar]. Muchos de vosotros puede que hayáis caído en el error, es decir, pensar que esto representa un poco ridículamente un pene que trata de mostrarse en erección, amenazando. Es muy claro que no es así: esto, lo mismo que esta forma [hace el gesto con la punta del pulgar asomando entre índice y medio replegados] que aparece algunas veces también, es una representación del coño, y la cosa aparece mucho más clara cuando se le opone al gesto de corte de manga, que éste sí, evidentemente, éste sí [hace corte de manga] que es un gesto fanfarrón y vanaglorioso, representación, del pene en erección y amenazando. Frente a esto, este otro es una representación del coño, y ambos gestos vienen desde siglos inmemoriales presentándonos así los actos de la guerra de los sexos.

Pero es importante que hombres y mujeres desconozcan una cosa tan sencilla como ésta, hasta el punto de que aseguraría que una buena parte de vosotros no lo había visto así, siendo tan evidente. Esto es una representación del coño con un clítoris temblante, y, por tanto, amenazando en el sentido que puede amenazar a los hombres la cosa.

Pero el disimulo del conjuro mismo es, como os digo, sumamente interesante también a nuestro propósito. He aquí, por cierto, otra tesina o tesis útil frente a las mil inútiles que se podrían hacer. Esta ya la recomendé una vez a un muchacho, que no la pudo llevar a cabo por motivos verdaderamente trágicos y terribles, pero vuelvo ante ustedes a recomendarla; no creo que nadie se haya molestado en estudiar estos gestos tan importantes, incluso la confusión que aparece, por ejemplo, en aquella escena del *Libro de Buen Amor* en que el patán se enfrenta al predicador para

hacer por gestos una discusión teológica, y en donde muchos de los gestos que aparecen, evidentemente, pueden reducirse al gesto de hacer la higa.

Esto se llama hacer la higa, es decir que la relación con el higo es clarísima, por otra parte, y es evidente que el higo, como la granada, son símbolos tradicionales del coño, y no de otra cosa; es, por tanto, tanto más sorprendente que la verdadera esencia de este conjuro no se haya puesto más claramente de relieve.

Pero el terror masculino frente al coño, naturalmente, no se refiere sólo a las apariciones formales o pictóricas, sino a las funcionales sobre todo: el terror masculino es el terror a la cuantía innumerable.

El sexo dominante sabe que es el dominante precisamente gracias a su limitación. El ser se funda en el número. En eso que llaman las señoras hacer el amor se sabe muy bien que hay una desigualdad tremebunda entre los sexos en principio: los hombres son limitados, numéricos; el más atlético de todos los que se pongan a hacer el amor, queda, por así decir, encerrado dentro de números que se cuentan con los dedos de la mano, y generalmente sobran casi todos. Frente a esto, en el otro lado no es que haya mucho sólo: es que no hay ningún motivo de limitación: se siente que no hay ningún motivo de limitación más que, en todo caso, el puro agotamiento, que no se podría llamar cansancio, porque el cansancio parece correlativo del trabajo, y se supone que en este caso no se trataría de trabajo.

Este terror de la innumerabilidad del placer, o como se le quiera llamar, de la otra parte es, evidentemente, una de las constantes que más aparecen del terror masculino. Recuerdo Mesalina presentada por Juvenal: «Al fin, cansada, pero no rendida [se refiere a una noche de Mesalina —estas fantasías masculinas—, que se había ido a hacer de prostituta por algún sitio], pero no saciada de hombres», que dice, si no recuerdo mal, el hexámetro de Juvenal. Pues esta aparición bajo múltiples formas de la innumerabilidad es, efectivamente, uno de los motivos más claros de terror.

Esto tiene mucha relación con otra aparición del objeto de terror en que querría pararme un momento, que se refiere a las formas de la masturbación y a las formas de la imaginación en los dos sexos. La masturbación femenina es típicamente una masturbación ciega, sin relación con imaginaciones, al menos precisas, de escenas ni de órganos ni de partes del varón. Esta masturbación femenina, ciega, a lo mejor ha sido precedida en la primera infancia por una masturbación no ciega de la niña (no he tenido tiempo de repasar un ensayo de la primera época de Freud que se llama *‘Pegan a un niño’*, donde 'pegan a un niño' aparece como una especie de fantasía masturbatoria de niñas; no lo recuerdo con mucha exactitud, pero sé que era, más o menos, así). Haya estado o no precedida de esa fase, la masturbación femenina se presenta de ordinario, bajo múltiples testimonios, como ciega. Eso deja a los hombres fuera. Algo de eso sienten: se les excluye del verdadero momento de placer, o de abandono, o de arrobó, o de delicia, o de delirio, o de pérdida en la vida, que a las mujeres les pueda corresponder y que se daría precisamente ahí.

Esa exclusión, ese desprecio, ese dejarlo fuera a uno, se siente muy bien, sobre todo, porque, como se sabe, la masturbación masculina es esencialmente imaginativa, tenazmente presa en la imagen de una mujer, de órganos femeninos, etc., ¿no?: pictórica; de manera que la contraposición no puede menos de sentirse por parte del sexo dominante como una exclusión.

En general, la imaginación en el sexo dominado (y ésta es tal vez una de las formas más escandalosas en que aparece la dominación) es una imaginación sumergida, por así decir, una imaginación dormida. Para cumplir con las funciones que dentro de la Sociedad Patriarcal se le asignan (y toda sociedad es patriarcal, no lo olvidéis) como sexo dominado, la mujer tiene que carecer de imaginación respecto a lo erótico, respecto a lo amoroso. Es curioso que esta sumersión de la imaginación femenina sea precisamente la preparación para el «Al que quiero es a ti», es decir, para la llegada del Amor verdadero y del centrarse justamente en uno solo. Otra vez la imagen biológica del óvulo con los espermatozoos, el momento en que de los infinitos espermatozoos hay uno solo que

entra, que adquiere una muerte privilegiada, una muerte distinta de la de todos los demás y que, así, queda sometido a las tareas de procreación junto con el óvulo; esto lo digo a propósito de cómo la imaginación indistinta, vaga, inasible, que no puede dar lugar a imagerías visuales conscientes (esto es lo que quiere decir «sumergida»), es precisamente la preparación para el establecimiento de la imagen única, férreamente impuesta en el alma femenina, del verdadero Amor, del único al que se ama.

Todo esto frente a la imaginación masculina, que, fijáos bien, es una imaginación consciente, por supuesto, y ya dedicada más bien a trozos: se goza, también en el llamado coito, pero sobre todo en la masturbación, con trozos de ella; se la separa, se la analiza en la imaginación. Es la forma de imaginación más contrapuesta que se puede imaginar a la femenina sumergida.

La imaginación femenina está acompañada de una especie de amnesia. Sobre esto volveré ahora. En todo caso, deseo que quede bien claro esto: es el hecho mismo de que el placer sea ilimitado en principio, sin fin, lo que lo excluye de una imaginaria consciente, la cual implicaría ideas, y, por tanto, limitaciones. Es, por tanto, en esta percepción de lo vago, indefinido, por tanto sumergido, de la imaginación femenina, donde encuentro otra de las fuentes de terror para el sexo dominante y que es dominante precisamente por ser limitado.

Ceso aquí en la enumeración de apariciones diversas de terror, angustia, aversión, repugnancia, etc., frente al coño que a los hombres pueda amenazar. Quiero contraponerlas con lo venial, banal, ridículo, del correlativo que podría ser el terror femenino ante la picha o la verga, o cualquier cosa que se quiera llamar el órgano del poder, el aparato del poder.

La cosa es, en comparación, ridícula, venial y superficial, y a este propósito, como veis, entro en una discusión con toda aquella teoría de la envidia penis, que rige una buena parte del análisis freudiano también.

Testimonios: por ejemplo, una niña de 4 años sentada en la cama con una amiguita algo mayor, y señalando la verga del padre dormido, la verga medio flácida, dice: «Pitito, ¡qué guapo! Yo quería tener uno, pero... » (encogimiento de hombros). Esto es todo lo más terrible que he encontrado en cuanto a envidia penis en el análisis de niñas que he podido recoger por todas partes; más allá de eso no he llegado: «Pitito, qué guapo! Yo quería tener uno, pero... ». Esta es la cosa.

La actitud se parece a la del chiste de las dos monjas —perfectamente inocentes— que ven al jardinero meando contra una tapia, de forma que una de ellas le dice a la otra: «Mire usted, hermana, qué cosa tan práctica». Esa es la alabanza y la envidia que se puede sentir. Efectivamente, es una cosa práctica.

Es una cosa práctica para efectos de la micción y para otros efectos más terribles, que son aquellos a los que antes he aludido al hablar de 'hacer el amor', es decir, la transformación de aquello desconocido, incontrolable, imprevisto, en un acto, y, por tanto, en un trabajo. Es, realmente, práctico: es un órgano práctico. Pero con esto van envueltas también formas de inversión con respecto a la picha o la verga, y a su tratamiento por los dos sexos opuestos, de las que tendré que hablar todavía más tarde.

¿Qué más hay en las mujeres que se pudiera equiparar, aparte de esa venial apreciación por lo práctico del aparato del poder, que se pudiera comparar con el terror masculino ante el coño? Bueno, de lejos, más de lejos, se podrían encontrar algunas cosas. Testimonio de Viviana, de 17 años: Una y otra vez, deseo de «volver a meterse dentro» (de la madre, se entiende; en su caso no había ningún amor especial por su madre en concreto): deseo de volver a meterse dentro de la madre. ¿Qué era ese terror? Es un terror, evidentemente, de este mundo: es un terror del destino que le espera. Es decir, el destino de la sumisión al imperio del sexo dominante, que es el establecimiento del Amor mayúsculo, con el cual, evidentemente, van ligadas todas las pérdidas del placer anterior a la entrada en sociedad, anterior a la madurez así llamada, la madurez social, que podían estarle ofrecidas a la niña y a la muchacha. Es terror, mas bien, ante eso.

Hay también una hipocresía de las mujeres: es la atribución al padre (por ejemplo, los cuentos más o menos justificados de violación por el padre, que también en los registros de Freud, y después, se encuentran en muchas ocasiones): es una atribución hipócrita: es un halago, al mismo tiempo que una inculpación; es característica, justamente, de la situación ambigua de la niña o la muchacha medio sometida. Efectivamente, por un lado halaga al poderoso: «Él es el que tiene la culpa de que yo me haya perdido o que yo sea desgraciada, o lo que sea», y al decir que tiene la culpa, naturalmente, le hago un reconocimiento de poder, una zalema.

Lo más importante, tal vez, es la amnesia respecto al placer, respecto al propio placer desconocido, innumerable y vago, a que antes he aludido. Una vez vi una película pornográfica con pretensiones. Se trataba de que una muchacha, Claudine Bécary, se había prestado a presentarse a sí misma como documento: entre muchas escenas verdaderamente poco graciosas y poco incitantes de coitos y así, había una magnífica y larga masturbación por parte de Claudine, después de la cual venía con el director una conversación, y entonces ella respondía..., primero, no volvía (en fin, los múltiples orgasmos; después volveré sobre eso del orgasmo), no volvía en sí; la llama el director: «¿Estás ahí, Claudine?», y dice: «Sí, pero ahora tengo que olvidarme». Tengo que olvidarme —quiere decirse— para el trato, para seguir hablando.

La amnesia respecto a los momentos de placer más peligrosos de infinitud que en las mujeres puedan darse es un hecho que uno puede recoger con frecuencia. Realmente se olvidan. Hacen como si no. Reconocen que aquello no es compatible con este mundo.

El propio Freud, en una de sus cartas a Fliess, recoge el caso de la muchacha de veinte años amante de un banquero de sesenta que tenía muchas de esas cosas, orgasmos, en una misma relación: cinco, seis, etc.; y por la cual el banquero le consulta a Freud; y le consulta, sobre todo, precisamente por el fenómeno de amnesia: ella tiene como desmayos o pérdidas, de los cuales una y otra vez se encuentra testimonio: en definitiva, huidas de la realidad, reconocimiento de la incompatibilidad de aquello con esto. Freud, por cierto, en esa carta profetiza de una manera muy malintencionada: dice: «Él la casará, y será anestésica (entonces no se decía "frígida" y cosas de esas) con su marido». No se da cuenta de que esa profecía solamente se cumplirá precisamente en el caso de que se trate de una sumisión al poder; que, efectivamente, el matrimonio y la sumisión al marido quiera decir una sumisión, con la cual es evidentemente incompatible aquello que todavía, por descuido, podía dársele en la relación extravagante con el banquero de sesenta años. Pero esa desviación de Freud en esa profecía es también reveladora, como —repito— casi todas las que en Freud podemos encontrar.

Esa especie de huida es lo más que puedo encontrar que revele también algo semejante al terror masculino, pero ya veis que, lejos de ser un terror frente a la picha, frente al aparato del poder, es, por el contrario, un reflejo de terror frente al propio sexo, frente al sexo de una misma, lo que aparece.

En lo que os voy a entretener ahora, para irme acercando a terminar, es en el fenómeno, muy importante, de las inversiones o de las vueltas del revés con las que muchos de estos fenómenos o apariciones se presentan en nuestra sociedad.

Por ejemplo, la relación del sexo con la procreación, con la genitalidad. Sabemos que el truco para conjurar el peligro del sexo amenazante de infinitud de las mujeres es ligarlo con la maternidad, convertirlas en madres, pensar de antemano: «Lo que desean realmente es un niño, lo que quieren es ser madres». El procedimiento es tan tradicional, tan repetido, que apenas tengo que insistir en él.

Bueno, pues ya veis cómo esto es la inversión de lo que se da de hecho. Es en el hombre en el que el placer está ligado así necesariamente con la genitalidad, con la procreación. Es en el hombre en el que el supuesto orgasmo se liga con la eyaculación y, por tanto, con la procreación. En cambio, el placer de las mujeres es gloriosamente inútil, no vale para nada. No sabemos si las hembras de los animales sienten algún placer (¿cómo vamos a saberlo?, claro, no estamos dentro de los animales. Sobre esto del espejo de los animales volveré más tarde), pero en todo caso, en las mujeres el placer es

inútil; y es curiosa la fábula, que dura hasta la Edad Moderna bien avanzada y que entre los antiguos recoge, por ejemplo, Lucrecio, del semen femenino, la creencia de que para la procreación tenía que darse una especie de confluencia de los dos semina, del semen masculino y del femenino; es decir, como si los flujos femeninos tuvieran que tener algo que ver necesariamente con la procreación, como los flujos masculinos.

Esta es, como veis, una necesidad de ocultación, de disimulo, que tiene que ver con la vuelta del revés de que hablo. Es, por desgracia para nuestro sexo, el masculino, donde la paternidad está ligada al placer, el placer condenado a la amenaza de la paternidad, mientras que en las mujeres el placer no está ligado a nada, no sirve para nada; es, parece, un lujo de la naturaleza.

Otra de las formas de inversión tiene relación con esto: es la del axioma jurídico de «Pater incertus, mater certissima»; lo que también se dice en español, con el refrán «Los hijos de mis hijas, nietos míos son; los de mis hijos, lo serán o no»: toda esa obsesión respecto a la verdad, o más bien realidad, de la paternidad que acompaña toda la historia del sexo masculino. El pater es incertus en el sentido de que, en efecto, los espermatozoides que rodean al óvulo son sin fin, en principio. ¡Cualquiera sabe cuál es el que llega a ser el verdadero culpable o responsable de la paternidad!, etc. Pero esto es un recubrimiento del hecho de que la esencia de ser pater es ser certus precisamente; el pater, la paternidad, es lo que es certum, es decir, definido, definitorio, limitado por tanto, como todo ser y toda definición exige; mientras que es la mujer la que es incerta, en el sentido de indefinida, ilimitada. He aquí cómo hasta en el esquema jurídico, pues, podemos descubrir una forma de inversión.

Inversión en el psicoanálisis: presentación del clítoris (clítoris, palabra, otra vez, medicinal; apenas hay en el lenguaje popular, por más que los busque, términos lo bastante extendidos: la pepitilla, decían algunas veces por allá en mi tierra, ¿no? No hay término popular: a ese troceamiento sólo el lenguaje medicinal y pedantesco puede llegar), interpretación del clítoris: es una verga pequeñita, es un pene raquítrico. Vamos a ver cómo esta interpretación consiste en una inversión de la verdad. Lo que en verdad puede compararse con la picha no es, por supuesto, el clítoris: es el todo, el cuerpo entero de las mujeres. Esta es la verdad: el clítoris es como un pretexto, una de las muchas posibilidades o puntos que pueden servir: pero lo que es objeto del placer o de la perdición en el placer es, evidentemente, todo el cuerpo.

Es decir que, como ya alguna vez se ha vislumbrado, el sexo masculino tiene un representante para el amor: la verga, la picha; tiene un representante suyo, y él está desdoblado. El hombre está desdoblado: el resto del organismo sirve, ya se sabe, para lo que está mandado, para el trabajo, para la guerra; está hecho para eso; y luego tiene un pequeño representante, un representante cuya insignificancia se mide por centímetros, y la fanfarronería masculina se aferra a esos pocos centímetros como si fuera una cosa del otro mundo, ¿no?; pero, del otro lado, no son unos pocos centímetros: es todo el metro y medio o más del cuerpo humano el que puede corresponder como órgano de placer, como órgano hecho para el amor.

La manera en que en la masturbación misma los hombres tratan a su propio aparato es una forma más de comprobar hasta qué punto la equiparación es entre eso y el cuerpo total de la mujer; y que, por tanto, la reducción del clítoris a pene es una falsificación interesante, reveladora.

Es curioso que con respecto a la verga se da una paradoja, que es que es, por un lado, el órgano aparentemente destinado al amor, destinado al placer, pero al mismo tiempo es el que por su propia constitución convierte ese placer en un arar, según la metáfora tradicional, en un trabajo, en un propiamente hacer el amor. Esas son las dos caras antitéticas que, de pasada, entre paréntesis, quería hacer notar con respecto a la verga, al sexo masculino, al otro sexo.

Pasamos a las nociones últimamente desarrolladas de orgasmos y demás, nociones verdaderamente traidoras contra el sexo femenino, raíz de mucha de su perdición en la mayor parte de las mujeres. Recuerdo el testimonio de otra muchacha (18 años) despreciando el placer de los

hombres, es decir, dando la vuelta a la situación tradicional, con otra inversión típica: «No sé cómo les puede gustar eso». Ella, implícitamente, comparando con el verdadero objeto de disfrute que podía ser la mujer, el sexo («No sé cómo les puede gustar eso. No sé qué interés pueden tener»), ella quería dar la vuelta a lo que está dado vuelta de ordinario: porque se supone que son los hombres los que buscan eso, los que buscan el placer. ¿Por qué? Pues porque lo pagan. ¿Qué testimonio hay más evidente de que es uno el que lo busca y el que lo quiere sino el que lo pague? Que lo pague con el matrimonio, que lo pague con el trato de la prostitución, es igual, pero lo busca y lo paga. Así es como se supone que son los hombres los que disfrutan de las mujeres, es decir, al revés de lo que esa muchacha quería decir dándole la vuelta a la cosa.

En realidad, la sumisión de la mujer a los orgasmos —únicos, plurales, sucesivos— es una sumisión a las formas de placer masculinas. Es ahí donde ha nacido toda esa noción de la frigidez que domina entre nosotros. El orgasmo se convierte, como muchas veces para los hombres, en algo que hay que perseguir, como un fin, como un premio, como una paga. Entonces, el placer está perdido; el placer desconocido, imprevisto, está perdido; aquello se convierte en un trabajo: la imposición de lo teleológico anula cualquiera de las posibilidades que el sexo por excelencia, el femenino, podía tener en sí.

Respecto al placer de las mujeres, vuelvo otra vez un poco sobre el espejo de los animales, porque esto es otra de las apariciones de la inversión, de la vuelta del revés, que me parecen interesante. La recordáis que hace unos siete u ocho años Mary Sherfey sacó un estudio acerca de la insaciabilidad de las monas, una cosa bastante insólita y un estudio —creo recordar— que era modestamente aterrador para los lectores masculinos, en cuanto que podían, efectivamente, ver a las mujeres en las monas.

Pero me importa aquí una inversión de ámbito mucho más amplio y de gran importancia, que es la inversión misma del tiempo, de la idea de evolución. ¿Qué es eso de los animales?, ¿qué es eso de la roca viva que al principio os decía que Freud pensaba encontrar debajo de las convenciones sociales?

Los animales son para nosotros objetos de la Ciencia. Las monas y los monos no nos son nunca conocidos directamente, sino como objetos de una Zoología, de una Biología; de ahí que pueda haber un engaño: ¿por qué tenemos que suponer que las monas, por ejemplo, eran insaciables y que luego las mujeres, con la evolución, se han hecho menos insaciables, más fácilmente sometibles que las monas de Mary Sherfey? Podemos, igualmente, con la misma razón, suponer del revés; podemos suponer que la mujer es el único animal verdadero, Eva en el paraíso, el único animal de verdad, el único animal capaz de la pérdida en el placer, en esa infinitud de la que vengo hablando; y que los animales son degeneraciones: los monos descienden de los hombres, las monas de las mujeres, y las monas de Mary Sherfey son un estadio ya muy degenerado de la capacidad de las mujeres para el placer sin fin; esa supuesta insaciabilidad no es más que un recuerdo en la degeneración, y las yeguas, y las burras y los animales cada vez más abajo, cada vez más degenerados, cada vez más alejados de esa posibilidad que al único animal verdadero, a la mujer, se le ofrecía. Tanta razón hay para esto como para la visión evolutiva normal que la Ciencia y la ideación habitual nos ofrecen.

Hay, probablemente, una inversión del tiempo en toda esa idea del progreso y de la evolución, y, por si sí o por si no, siempre conviene corregirla, al menos, dándole la vuelta, poniendo del revés lo que está del revés, para ver si así queda del derecho.

Ceso también con esto de las formas de inversión (podría encontrar otras muchas) bajo las que el hecho aparece: el hecho, es decir, esa amenaza constante del sexo de las mujeres, del sexo sin fin, ilimitado, sin un fin, incontrolable, imprevisible.

Terror primariamente para los hombres; secundariamente para las mujeres sometidas. Se plantea ahora la curiosa cuestión de por qué, diciendo esto que digo del coño, o más bien diciendo el coño esto que está diciendo por mi boca, si es que acierto, se da, sin embargo, que la mayoría de las mujeres, no sólo es que sean más o menos frías y que, como decía honestamente en su canción Georges Brassens, «el 95% de las veces la mujer se aburre follando», con un cómputo probablemente bastante razonable, no sólo que sean frías (y lo son por lo que antes he dicho, por la razón teleológica, por el establecimiento del placer como un fin, como algo que hay que perseguir; la sumisión, por tanto, a la ley del trabajo), no sólo que sean más o menos frías, en contra de todo lo que vengo diciendo del infinito sexo femenino, sino que además sean, en general, también bastante gilipollas, tanto más o menos como los hombres, Y con frecuencia superando la cuota; no tal vez, en general, tan pedantes ni brutales como puedan ser los tipos de este sexo, pero gilipollas sí.

A lo mejor la noción de 'gilipollez' no os parece lo bastante técnica. Voy a precisarla dentro de lo posible. 'Gilipollez' quiere decir asimilación de las ideas impuestas desde Arriba, pero asimilación en el sentido de que se las toma como ideas y gustos personales de cada uno. Esto pienso que es una definición de la gilipollez bastante acorde con el uso habitual. Y es evidente que de la condena a esto no se escapan ni las mujeres ni los hombres.

Pero este misterio de cómo es que, siendo el sexo femenino esa cosa que ha estado él mismo diciendo todo este rato, las mujeres en su mayoría sean así, no es mayormente tampoco misterioso. Como Heraclito dice respecto a que, por un lado, la razón es de todos, pero, por otro lado, hoy por hoy, los más, la mayoría, es como si no tuvieran razón, porque piensan tener cada uno la suya, lo mismo que de la razón se dice, se puede decir de esa cosa misteriosa, irracional, del sexo.

La mayoría de ellas, la mayoría democrática de las mujeres, en efecto, no participan de todo lo que el coño viene diciendo acerca de sí mismo. Pero ¿por qué? Precisamente por lo mismo, porque lo tienen, porque ellas lo tienen, porque es de ellas; es decir, es una posesión, es algo sometido al alma: es (¿habéis visto cómo dicen en los trenes «objetos personales», que no debe uno dejarse olvidados?), pues es un objeto personal, es precisamente esa cosa maravillosa que es un objeto personal. Y, claro, evidentemente, puede ser las maravillas y las infinitudes que sea el coño, pero, convertido en un objeto personal, la verdad es que acaba por no tener mucho interés ni librar a la propietaria de ninguna de las condenas que son comunes a la humanidad.

Es precisamente en eso, en la sumisión a la personalidad, donde pienso que se desanuda esa paradoja de que, siendo el coño lo que él dice, las mujeres, en la mayoría de los casos y en la mayoría de los momentos, ni ellas mismas puedan reconocer la verdad profunda de lo que aquí se está diciendo, tratando de razonar la irracionalidad.

Me acerco a terminar (casi termino) haciendo constar que, a pesar de lo que pase con la mayoría de las mujeres, sigue siendo razonable esto que el sexo de por sí, el femenino, está diciendo de sí mismo: es una amenaza de infinitud, de indefinición, de pérdida, para el Poder, para toda la sociedad establecida.

¿Es una aparición de la muerte? No: otra cosa. Esta dialéctica conviene analizarla. Fijáos bien en que 'muerte' hay que escribirlo siempre propiamente entre comillas simples; 'muerte' es una idea, siempre, necesariamente, puesto que la muerte es futura: otra no se conoce. La muerte es futura: la verdadera, la de uno, es futura siempre. Por tanto, es una idea. Ahora bien, frente a la idea de 'muerte', no se puede contraponer la idea de 'vida' entre comillas simples, porque la idea de 'vida' es lo mismo que la idea de 'muerte': ambas son ideas y, por tanto, muerte.

Frente a la idea de 'muerte' o de 'vida', que da lo mismo, lo único que se contrapondría sería la vida, sin comillas, la vida no sometida a nombres, no definida. Esto es lo que amenaza en el sexo: no la muerte, sino precisamente esa pérdida en la infinitud; no la muerte de la vida, sino la muerte del ser,

es decir, el derrumbamiento de la seguridad de cada uno en sí mismo y, por tanto, de todo el Estado en general.

Eso es lo que ahí aparece, y eso es lo que el coño os tenía que decir, pensando que en todo lo que haya algo de revelación, de levantamiento de los disimulos o formas de engaño establecidos por el Poder, hay una simiente de acción, de rebelión. La revelación es necesariamente rebelión. Y ya supongo que sabéis contra qué, aunque sigáis, como yo, sin saber muy exactamente qué es aquello otro que se levanta contra el Poder.



## La rotura del Sujeto. (Acerca de la tragedia)

Trascripción de la conferencia que tuvo lugar en el Congreso de Jóvenes Filósofos, en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el 8 de abril de 1999.

“Lo trágico”, sin distinguir por ahora entre su uso primero, en el arte, en el teatro y luego en la literatura, y su aparición, por imitación, en la vida cotidiana cuando se habla de “una tragedia”, es inseparable de la rotura, implica una rotura. No puede uno pensar que una vida, por ejemplo, es trágica. Una vida es, tal vez, desgraciada, triste, pero para que haya algo trágico tiene que haber un suceso rompedor. Sin esto no hay tragedia: ni en el teatro, ni en la vida cotidiana. Romper es como esa cosa maravillosa que sucede todos los días, que es que por ejemplo el agua rompe a hervir en un momento; o lo mismo, se queda congelada, en un momento; o resulta que los cristales de sal tienen aristas, donde, en la continuidad de la cara, se produce una rotura que hace saltar a otra cara. “Catástrofe” es un término teatral que hace muchos años el profesor René Thom utilizó para una teoría y una formulación matemática a propósito de estas discontinuidades, de estas roturas de la continuidad. Es, pues, la rotura, la catástrofe, la vuelta repentina del revés (que es lo que *katastrophé* quiere decir), necesaria para entender esto de lo trágico. Hay un momento que, como veremos, es el momento de la verdad: un momento de revelación. Por tanto, en un sentido preciso, un momento de crisis, no olvidando que esto de crisis quiere decir en primer lugar juicio, y decisión del juicio. Esto respecto al término “rotura” del título de mi intervención.

El otro término es de naturaleza muy distinta. “Romper” y “rotura” pertenecen al lenguaje corriente y popular, al lenguaje de verdad, pero “sujeto” nos viene de arriba. “Sujeto”, ni en su uso gramatical, ni en el lenguaje de la Filosofía ni en el Psicoanálisis domesticado, es decir, convertido a su vez en Filosofía o Ciencia (que da lo mismo decir lo uno que lo otro), dice algo claro. Es más bien una confusión, un lío, un amontonamiento de cosas que no tenían que haberse amontonado, un cúmulo de contradicciones. A lo mejor donde está más claro el término es en su uso político (que en español no se usa mucho, pero sí en otras lenguas): “sujeto” como equivalente de “súbdito”. Esto por lo menos es relativamente claro. Un sujeto, como un súbdito, es uno de los que forman una población sometida a un poder. Un poco más claro que en los otros usos desde luego está.

Pero el terminacho este, que viene de la Cultura, que viene de arriba, ha tenido mucho éxito en español. La gente lo emplea, y esto ya es otra cosa. Y conviene que os fijéis un momento en cómo lo emplea la gente. Sabéis lo que quiere decir cuando uno oye por la calle “un sujeto”: pues eso es lo que de verdad quiere decir en la lengua verdadera. Así es como la gente lo ha adoptado y en ese sentido lo usa. Es decir que está claro que un sujeto es un mal sujeto. Así es como se usa. Pero todos somos unos malos sujetos, cada uno de nosotros y todos en conjunto, en el sentido que voy a intentar aclarar ahora.

Por lo pronto, si todos somos unos malos sujetos, cualquier consideración moral no tiene sentido, y no hace más que estorbar, lo mismo en el estudio del teatro, la práctica del teatro, que en el estudio y práctica de la vida corriente. Eso de haber malos y buenos no sucede en la tragedia: eso sucede en las películas del Oeste, en los peliculones sentimentales, en toda literatura degenerada, que es la inmensa mayoría de la literatura de nuestro mundo, que es precisamente la traición y muerte de, por ejemplo, el teatro o la épica. Con motivo de los prolegómenos de mi versión de la *Ilíada*, tuve que hacer costar no hace mucho cómo en la *Ilíada* (que no es una tragedia, porque todavía no se había inventado el teatro, pero que tiene toda la estructura de un drama trágico) todos son malos. No hay ningún héroe en el sentido en que la cosa después empieza a asomar y a envenenarlo todo. Lo hay ya en cierto sentido en la *Odisea*, donde puede pensarse que Ulises es un bueno, un héroe en el sentido en que se dice eso, pero en la *Ilíada* no. En la *Ilíada*, como en cada una de las tragedias bien hechas que

después se han producido, no hay nadie bueno. No hay ningún lugar para la moral, para el juicio en este sentido perverso y bajo que es el del juicio moral. Todos somos unos malos sujetos. Y en el teatro, cuando está bien hecho, eso se nos tiene que mostrar claro, y, si no, es que se está contribuyendo al embrollo por distinción, que distingue precisamente entre malos y buenos, y que da lugar a la justificación y a la administración de la Justicia y a todos los demás horrores que conocéis igual que yo.

Somos unos malos sujetos en el sentido en que estamos mal hechos. Lo que sucede es que el llamado sujeto, si lo comparáis con eso que, con la domesticación del Psicoanálisis sobre todo, pero ya desde los filósofos anteriores, ha dado en llamarse “el yo”, para no decir “el alma” como se decía en otros tiempos (el yo, lejos de ser yo, es lo contrario de mí: el yo es la sustantivación de mí. Yo no soy “el yo”), el sujeto, el yo, el alma, está precisamente roto, mal constituido en ese sentido. Esto es el descubrimiento precisamente del Psicoanálisis (disolución del alma, como la palabra dice de por sí), antes de que se domesticara y se integrara, dedicado a la disolución del alma, es decir, al descubrimiento de que uno no era uno en verdad. Uno está roto: uno era uno y otro, uno y otros, y estaba en una perpetua contradicción consigo mismo. Antes del Psicoanálisis otras voces ya nos habían venido sugiriendo esto. Por ejemplo la de Sócrates en la medida en que nos llega: “Nadie hace mal creyendo que hace mal”. Por el contrario, cada uno hace lo que hace convencido de que es lo mejor que puede hacer. Y Cristo en la cruz: “No saben lo que hacen”. Se puede decir que Freud y la obra del Psicoanálisis primera es una elaboración de ese descubrimiento: uno que cree que sabe lo que hace en verdad no sabe lo que hace. Si no os colocáis ahí, no vais a entender nada de lo que quiere decir “trágico”, en el sentido en que lo estoy presentando, como ligado con la ruptura del sujeto.

Uno no es uno; uno está mal hecho; uno está roto. Pero esa rotura está tapada, porque cada uno está obligado a creer que sí es uno, el que dice su Documento de Identidad, a identificarse consigo mismo. Ésta es la orden del Señor, la orden del Dinero, la orden de toda la organización social. Uno tiene que ser uno, de forma que su rotura está necesariamente tapada, en la situación normal y querida por el Poder. La rotura consiste, en el teatro y fuera del teatro, en que viene algo, sucede algo, y destapa, revela la rotura o contradicción que hay en uno, que uno no era uno, que eso era mentira. A eso es a lo que aludía antes con lo de que llega el momento de la verdad, el momento de la catástrofe. Algo viene a destapar la creencia normal necesaria de que uno es uno.

Qué es lo que lo hace, qué es lo que viene a producir esto, en el teatro y fuera del teatro, tiene para mí una importancia segunda. Puede llamarse de muchas maneras. Se le puede llamar, como a veces se hace, “destino”. Y “destino” es una cosa que, si se identifica con “el futuro”, ese futuro con el que el Poder reduce nuestras vidas a tiempo, no puede hacer nada: un Tiempo ya establecido es inerte. Si se le identifica con “azar” es simplemente desconocimiento. ¿O preferís que lo que lo produce sea la propia conciencia? Hay para elegir.

Voy a recordaros algunos de los ejemplos de las buenas tragedias antiguas, de las bien hechas. Por ejemplo, se diría que, efectivamente, el destino (hay hasta oráculos) es el que produce la catástrofe o rotura en el caso de Edipo. Como le canta el coro, “el tiempo te ha descubierto”. “Destino” ahí no quiere decir más que el tiempo, pero sobre qué es eso del tiempo volveremos después todavía, porque sólo de una manera muy aparente está clara la formulación. ¿Preferís que sea la propia conciencia del sujeto la que lleva a producir la catástrofe? A veces funciona de esa manera. Ahí tenéis por ejemplo a Macbeth y a Lady Macbeth, que a lo largo de los años de tormentos de conciencia acaban por venir al momento de la catástrofe, al momento del descubrimiento fatal. Pueden ser cosas más triviales. Pueden ser, por ejemplo, el mero desprecio de la sociedad. Ahí tenéis al pobre Ayante de Sófocles, después de la guerra de Troya: es una locura la suya que está producida por el desprecio, la falta de aprecio, que los otros seres le han demostrado; y, efectivamente, la locura, cuando no es el asesinato, cuando no es el suicidio, es una de las formas en que la catástrofe, la rotura, se manifiesta.

Todas son manifestaciones más o menos diferentes de algo fundamental, que es esto a lo que llamo rotura, que al mismo tiempo es catástrofe y crisis. Un posible motor puede ser el mismo desprecio, como en el caso de Fedra, es decir, una mujer que se atreve a sentir y a declarar su sentir para con un muchacho y que queda despreciada. Fedra tampoco puede soportar el desdén del amado dada su condición social. Pero puede darse de muchas otras maneras: ahí tenéis al Agamenón de Esquilo volviendo victorioso de la guerra de Troya. Ha salido indemne de nueve años de guerra, llega a su casa, y, enseguida, va a morir en la paz. De forma que es aquí el salto de la guerra a la paz lo que ha servido como motor para la rotura. Clitemnestra, Egisto o los demás son instrumentos, como son todos los otros instrumentos en la tragedia, pero lo esencial es el momento de la verdad: ahora te vas a enterar de lo que es guerra de verdad: la paz, esta paz en la que has caído. Otro motor puede ser el tiempo, no de la vida, sino el tiempo en un sentido que para nosotros es mucho más familiar: el del progreso de eso que llaman “la Humanidad” y que yo me guardo mucho de saber lo que es. Por ejemplo, en *Las Bacantes* de Eurípides, Penteo es víctima de eso, es un rey que no sabe cambiar de régimen con la rapidez suficiente, no sabe dar cabida a la nueva religión, a la religión de Dioniso. Eso le cuesta la vida y el descuartizamiento. No ha sabido estar a la altura siquiera de su madre y de las ménades, que han acogido, adelantándose, la nueva religión. Se ha quedado atrás, y eso es otro de los motores que pueden acabar con rotura.

El caso es que en una buena tragedia lo que mueve la cosa no es ninguna cuestión moral, ninguna cuestión de justicia. Lo que la mueve son cosas como estas de las que os he dado ejemplos, que no tienen nada que ver con eso.

Ahora tengo que preguntar, dejaros que os preguntéis, por qué estas cosas tenemos que saberlas primero en la ficción, en la escena, en el teatro, y sólo secundariamente en la vida, en nuestras vidas, aunque yo he tratado de confundir hasta aquí bien lo uno con lo otro. Pero es normal que sepamos primero las cosas por literatura, por la ficción, por el teatro o por el cine, y es normal, por tanto, que el término “tragedia” y la noción de “trágico” aparezcan primero en la ficción teatral, y que sólo después se trasladen a la vida corriente, a la llamada realidad, para reconocer, por analogía, por imitación, también en la realidad (que nunca está igual de bien construida que una obra de teatro) esa incisión del momento de verdad que rompe el tiempo y que descubre su mentira y que hace decir: “¡Qué trágico es esto!”.

Eso es normal, pero además hay motivos especiales para la tragedia para que tengamos primero que reconocerla sobre la escena, en su fórmula teatral. Eso Aristóteles lo dice bien en la *Poética*: glosándolo, es que tienen que ser personajes grandes, de una estatura por encima de los hombres y mujeres reales. Esta condición del personaje trágico que ya apuntaba Aristóteles es fundamental, y muchas veces se deja pasar desapercibida. Tienen que ser grandes, reyes, preferiblemente un rey, porque el rey es una representación y al mismo tiempo una burla del caso del sujeto particular. Cada uno tiene que creerse que es rey, desde el momento en que se cree y le hacen creer que él dirige sus acciones, que sabe lo que hace, como se supone que le pasa a un rey. Entonces cada uno es rey, y, por tanto, los personajes trágicos tienen que tener esa condición, que, como digo, al mismo tiempo que representa la condición de cada uno, hace burla de ella por el propio mecanismo de la tragedia. A propósito de esto hay un fragmento del libro de Heraclito, *Razón Común*, donde dice que los que tienen mayores parte, cargos, son los que tienen mayores muertes. A mayores cargos, a mayores suertes, corresponden mayores muertes. Y esto se puede usar como glosa de lo que estoy diciendo respecto a los héroes de la tragedia.

Efectivamente, la suerte que ellos representan es la suerte de cada quisque: nadie se escapa de entre los individuos que están en el público. Pero la presenta así, como se debe, en grande, porque mayor suerte quiere decir mayor muerte también, y aunque desde luego la muerte es la muerte, conviene que se distingan de momento muertes mayores, muertes más graves y más notables para que el público entienda un poco mejor qué quiere decir eso de su muerte, que se cree que sabe lo que es,

pero que no lo sabe por lo mal hecho que él está. Así se entiende la participación del público en una tragedia teatral bien hecha. Así es como san Agustín todavía, cuando ya apenas en los teatros romanos se representaba teatro en el sentido propio, nos cuenta en sus *Confesiones* que lloraba con las suertes, las muertes, las pasiones de los héroes del teatro, y se reprocha ante Dios haberse dejado llevar por este encantamiento del teatro, de la tragedia tal como él la conocía.

Espero que ahora se vaya entendiendo un poco mejor qué es eso del proceso de descubrimiento, de revelación, el momento de la verdad en que la tragedia consiste. Es el momento en que se puede tal vez aplicar un verso de Lucrecio que, según una conjetura que en mi edición he hecho, a los comienzos del libro tercero del *De Rerum Natura*, tendría que decir: “[...] eripitur persona ibi ab ore”: “Se arranca la máscara allí de la cara”, “Allí, en aquel momento, se arranca de la cara la máscara”. Emplea la palabra “persona”, que, como todo el mundo sabe, es de origen teatral y que sólo por imitación y analogía, como el propio nombre de lo trágico, ha pasado después a emplearse para los seres de esto que llamamos realidad. Es como si el momento de revelación consistiera en esto: se arranca la máscara, queda la cara. Pero resulta que la máscara es la persona, es decir, la máscara es uno mismo en la medida que está bien hecho. ¿Qué es lo que queda cuando a la persona se le arranca la persona? Porque de nada menos que de eso se trata. Todavía el actor (no el personaje) sobre la escena puede tener un arranque y quitarse la máscara, como pretendiendo que, si el personaje era falso, al quitarse la máscara, queda debajo él, el actor, que es de la misma carnaza que las personas del público, y que ése es verdadero. Pero si bajamos de la escena y aplicamos el procedimiento, ¿qué es lo que queda cuando a la persona se le arranca la persona?

No os voy a contestar a esa pregunta, pero, desde luego, ésa es una descripción del momento de revelación en que coloco lo trágico. Por sus pasos, por su proceso, por los que la tragedia y la vida tienen que llevar, se llega al descubrimiento. En el caso de Edipo, que es una tragedia (la de Sófocles) muy bien hecha precisamente por eso, porque es una tragedia de descubrimiento, de investigación, el protagonista, Edipo, por sus pasos llega a descubrir que, primero, era el que no es. Esto es ya mucha rotura de la persona. Después, que, por tanto, no es el que es, no es el que él creía hasta ese momento que era. Y, como incapaz de ver esto (de verlo, propiamente ciega el alma), se arranca los ojos. Esto es un momento de descubrimiento. Tenéis a comienzos del acto quinto del *Macbeth* a Lady Macbeth en su sueño insomne mirándose las manos ensangrentadas. Se está mirando las manos: ¿dónde está su persona?, y ¿a quién pertenecen las manos ensangrentadas, que ella ve ensangrentadas, pero que, desde luego, no pueden ser de ella? Ahí tenéis cómo la persona, también en este caso, se ha desgarrado: ha descubierto que no era una. Estas manos, desde el momento que las miro, ya no pueden ser propiamente mis manos. Las mira como no suyas, y es el momento en que estamos llegando a la catástrofe del *Macbeth*, el momento de la tragedia.

Como consecuencia de estos descubrimientos, a veces, en la tragedia, pero no de una manera predilecta, el personaje se mata, no sólo se ciega como Edipo. Esto, por ejemplo, en la tragedia de Sófocles lo hace Yocasta, sólo que fuera de la escena, no al descubierto. Deja que el mensajero lo cuente. Se mata. El suicidio, que, como digo, no es muy frecuente en momentos de catástrofe trágicos, parece que es también la manifestación de esa imposibilidad de reconocer de repente que uno no es uno, que la persona real con la que contaba era mentira, era una persona falsa. Puede que efectivamente, como en ese caso, el suicidio aparezca, pero aparece de otras muchas maneras. En el caso de Medea, por ejemplo, la incidencia de la catástrofe consiste en algo tan trivial como el descubrimiento de la infidelidad. Una mujer, aunque sea una reina, y además una maga, obedece a la ley de las mujeres normales de la sociedad: tiene una entidad segunda, como el Señor lo ha mandado, que depende de la entidad de un primero al que está pegada, de manera que, si el primero falla, falla igualmente la propia entidad del sujeto de una. En ese caso, como sabéis, no hay suicidio, hay un asesinato, un asesinato múltiple, una manera de hacer daño a Jasón a través de los hijos, pero es igual. Cuál sea la reacción nos importa menos. Lo que quiero es señalar las diferentes maneras en que la

catástrofe, el descubrimiento, puede manifestarse. Lo esencial es el descubrimiento de la falsedad de la realidad de la persona de uno mismo.

Esto tiene que ver con el tiempo, al que ya aludí al recordar las palabras del coro a Edipo: “El tiempo te ha descubierto”. “Tiempo”, en griego, a diferencia de las lenguas europeas, se decía todavía de dos maneras distintas e incompatibles. Una era *aión*, que es más o menos lo que en latín dice *aeuom*, de donde se deriva “evo”, “eternidad”, o sea el tiempo todo (el tiempo, desde luego, sometido a unos límites; porque, si hay todo, hay límites), un tiempo en el que no pasa nada, puesto que todo está pasado. Y frente a eso está *khronos*, que es un tiempo más bien del baile, de la danza, del ritmo, un tiempo de la sucesión de momentos. El progreso ha hecho que todas las lenguas europeas hayan tenido que confundir los dos tiempos, puesto que todas no tienen ya más que una palabra con la que hablan de lo uno y hablan de lo otro, lo cual garantiza una confusión tremebunda, que abarca desde el filósofo hasta el vulgo y que todos habréis sufrido lo bastante bien.

Si tratamos de cavar en lo que el coro le dice a Edipo, tenemos que entender que el Tiempo ha descubierto su propia falsedad. Su propia contradicción, que he tratado de poner de relieve con el juego de las palabras, y, por tanto, su propia falsedad. La falsedad de Edipo y la catástrofe de Edipo es inseparable de la falsedad del Tiempo y de la falsedad del descubrimiento del tiempo, porque la falsía de que uno es uno está fundada en la fe en el Tiempo, y, por tanto, el descubrimiento de que no era verdad eso que yo creía del mundo, del tiempo, del dinero, la realidad, está implicado y al mismo tiempo implica el descubrimiento de que yo no era el que creía, de que yo no era uno, de que yo era más bien un lío, una contradicción, una guerra conmigo mismo. Lo uno va con lo otro.

Tengo que recordar a este propósito una costumbre muy absurda que los áticos tomaron para la representación de sus tragedias, que es que en muchas de ellas, tal como se nos han conservado, al final, aparece una moraleja. Esto, desde luego, no pertenece de ninguna manera a la estructura primordial de la tragedia, pero aparece. Son moralejas en las que el coro viene a decir de diferentes maneras lo que se dice en nuestro refrán: “Ya habéis visto lo que ha pasado. Hasta el fin, nadie es dichoso”. Fijaos en el absurdo, la manera en que aquí se ha traído la muerte como una especie de solución, también en nuestro refrán. Es decir que dichoso es el que se ha pasado toda su vida hasta el momento de la muerte sin descubrir nada de su falsedad: eso es lo que viene a decir la moraleja añadida a las tragedias antiguas, de manera que resulta que “felicidad” (o cualquiera de los términos con que se dice en esas moralejas) consiste en una necedad, en un no-descubrimiento, en que no se haya producido a lo largo de la vida de uno computada como tiempo ninguna catástrofe, ningún descubrimiento. Como si la muerte misma, que se coloca al final, no fuera el origen mismo de todas las catástrofes y de todos los descubrimientos. Como si hubiera que contar con ella como una especie de redentora o guardadora de la felicidad en lugar de como productora de todas las catástrofes que se puedan producir o no a lo largo de la vida.

Volvamos, para acercarnos al final, al Psicoanálisis, es decir, a la práctica de la disolución del alma. Volvemos, dejando ya atrás literaturas y filosofías. Uno está roto. Roto en un sentido muy elemental, por lo pronto, porque uno por un lado es real, tiene su entidad real, uno es el que dice su nombre propio. ¿Cómo no voy a ser yo don Agustín García si me han puesto ese nombre, si está en mi Documento de Identidad? A la fuerza. Ésa es una necesidad. Por otra parte, yo no soy ése. Ésta es una fórmula que descubrí el año pasado y que me viene sin duda de un recuerdo de cuando era niño antes de haber quedado convencido por los adultos de que tenía que ser el que es. Imagino el momento en que los mayores llevan al niño, con ese traidor amor de los adultos y de las familias, delante del espejo bien arregladito, con su trajecito nuevo y le dicen: “Mira, Tinín: ése eres tú”, y en ese momento se queda delante del espejo y todavía dice eso: “Pero ése no soy yo”.

Esto tenéis que enlazarlo con lo que antes a propósito del verso de Lucrecio os dije: ¿Qué le queda a la persona cuando se le arranca la persona, cuando se le arranca la máscara? Ahí está

la contradicción fundamental: uno es real, se sabe quién es, él sabe quién es, los demás saben quién es; uno es rey de sus acciones, de la manera más neta en la Democracia desarrollada, puesto que el Régimen está fundado en la fe de que cada uno sabe qué quiere, qué vota, etc., de manera que uno es rey de su voluntad, de sus facultades superiores. Y, al mismo tiempo, es evidente que hay algo más, que ése no soy yo, que eso tiene efectivamente la condición de persona, de máscara. Y esto nos queda a pesar de que ya nos hayamos dejado hacer muy adultos, nos queda siempre latiendo por lo bajo el sentimiento, que es razón, de que yo no soy ése. Eso será todo lo real que se quiera, pero no es verdad. Yo estoy siempre más allá, me escapo, estoy en otro sitio, me escurro. Este “yo”, evidentemente, no es un Yo personal, porque personal quiere decir de la persona, de la máscara, por tanto del Yo real. Este otro que se niega a ser el Yo real evidentemente no es personal. Tal como la lengua, la bendita lengua que no es de nadie, no las jergas de los científicos, filósofos, periodistas, políticos y demás, sino la lengua de verdad, nos lo demuestra, porque todas las lenguas de Babel no pueden menos de tener en su centro una palabra que dice “yo”, y esta palabra que dice “yo” funciona sin distinción ninguna de clases ni sexos. “Yo” es literalmente cualquiera. Del mismo modo que el lenguaje verdadero es también de cualquiera, aunque reina la pretensión de que es de uno, y no aparece en la realidad el lenguaje común, sino los idiomas. Esa contradicción entre “idiomas” y “lengua verdadera” es la misma que entre mí y mi Yo. La tragedia sobre la escena, y luego por imitación delante de la escena, consiste en que esa contradicción que está normalmente oculta, tapada, por alguna de las circunstancias, de las incidencias más o menos tremebundas a que antes he aludido, produce el descubrimiento: deja al descubierto la rotura; y eso es el verdadero momento de la tragedia. Podemos decir: “La realidad es falsa”, por supuesto, constitutivamente falsa. Pero no está nunca bien hecha del todo. La de uno mismo tampoco. Es constitutivamente falsa, pero por otro lado nunca acabo de estar hecho del todo, nunca acabo de ser el que soy. Entonces podemos decir que en el momento trágico la verdad incide sobre la realidad, aprovechando justamente sus roturas, sus resquebrajaduras. Es el momento en que la verdad hiere en, incide sobre la realidad. Es lo que creo que podemos considerar como la virtud de la tragedia.

La realidad está presentada, tiene que presentarse, a lo largo de la hora y media que dure la tragedia o la trilogía, en grande, la fe de uno en sí mismo, por ejemplo, en forma de *hybris*, sobre lo que se ha hecho mucha literatura. *Hybris* quiere decir el creerse uno mismo de una manera extraordinaria. Cada uno se cree, pero hay algunos que lo hacen desmesuradamente. Entonces hay que poner el caso de la *hybris*, la presencia del Poder, de la identidad de la Persona con el Poder (antes hablábamos de la figura del rey), tiene que presentarse, ir presentándose poco a poco, la equivocación, la falsía de la realidad.

En definitiva, tiene que aparecer sobre todo la culpa, porque, sin culpa, ¿quién soy yo, real? Culpa, ¿de qué? Se puede decir, como en *La vida es sueño*, aunque con bastante torpeza: culpa de haber nacido. No es la culpa de haber nacido, sino propiamente la culpa de ser el que uno es. La culpa de ser quien es. Eso de nacer ¿qué tendrá que ver con nosotros? De eso no sabemos nada. Son cosas que nos pasan. Pero, en cambio, el ser uno el que es, eso sí que nos toca, y eso es la culpa. Es la culpa de ser el que uno es, es decir, el que en verdad no es. Es la culpa de la realidad, y, como comprendéis, sobre la escena puede presentarse la culpa, pero en la verdad la culpa queda, con todo el resto de la realidad, eliminada, porque se trata del descubrimiento de la verdad. La culpa sólo era necesaria para el establecimiento de la realidad, para tapar la verdadera rotura que había por debajo de todo eso. Por debajo de todo eso, en el teatro y en la vida corriente, sigue fluyendo el tiempo que no es el Tiempo, el tiempo que no se sabe lo que es. Sigue fluyendo el sinfín, que puede uno llamar tranquilamente la verdad, una vez que (espero que lo bastante radicalmente) se ha separado la verdad de la realidad. Por debajo de todo el Tiempo real, de los calendarios, de las horas y todo eso, sigue fluyendo de verdad el que no se sabe qué es. La verdad sigue fluyendo, dispuesta a aflorar en el momento de la verdad.

Hay en la tragedia, pues, una revelación: por eso es por lo que una tragedia bien hecha da alegría. Prefiero (en vez de todo lo que se ha dicho desde Aristóteles de la *kátharsis* y cosas de esas para hablar de los efectos de la tragedia sobre el público) decir que una tragedia bien hecha es una alegría, y relaciono esta alegría con lo del momento de revelación.

Ha de contraponerse, para que no surja el engaño, sobre todo con la compasión, la conmiseración que el Régimen os dicta y a la que obedecéis, porque ¿quiénes de nosotros, como seres reales, no somos seres más o menos compasivos, solidarios con los prójimos? Tenéis que separar completamente el sentimiento trágico de toda esa laya de sentimientos reales y bastardos que son la compasión, la conmiseración, la solidaridad y demás. Con los héroes de la tragedia no hay ni compasión ni conmiseración. No caben, si la tragedia está bien hecha. Hay compasión, conmiseración de los héroes literarios, de los héroes de las malas tragedias, de los héroes de las novelas malas, de los héroes de los peliculones televisivos que hacen llorar a las señoras. Ahí lo que está funcionando es, efectivamente, una especie de conmiseración, este sentimiento que trato de separar completamente de lo otro. No hay diferencia entre la conmiseración respecto a las víctimas de las desgracias del teatro y la conmiseración que las mismas señoras, o señores, delante del televisor pueden sentir por las víctimas de tales guerritas por las márgenes del Desarrollo, o de tales hambrunas, de tales pestes, o cualesquiera que la televisión os quiera poner delante de las narices para convenceros día tras día de que la realidad es la realidad y se acabó. Ya sabéis. Para con todas esas víctimas lo mismo que con los héroes de la tragedia mala, lo que se da no es más que eso: conmiseración, compasión, solidaridad. Y eso es triste y aburrido. Pero hay una verdad que deja al descubierto la rotura, la herida, en una tragedia bien hecha, y la verdad es alegre, es una alegría, a diferencia de todas las diversiones y de todos los falsos placeres vendidos como placeres con que os entretienen la vida cada día.

La realidad es falsa, triste, aburrida, pero, en cambio, es alegre el descubrimiento de su falsedad. Esto es lo mejor que de la realidad puede decirse: que, aburrida y triste como es, sin embargo, por su propia imperfección, se presta a la alegría del descubrimiento de su falsedad. No os voy a decir quién es el que se alegra en ese momento, o quién es el que al mismo tiempo llora, porque en estos raptos de alegría de la verdadera tragedia muchas veces hay una alegría con lágrimas en los ojos. Ahí se han anulado las divisiones habituales de los sentimientos. No os diré, pues, quién es el que se alegra, el que llora al mismo tiempo, pero desde luego lo que podría asegurar es que no es el Yo, que no soy yo en cuanto ser real, sino que tiene que ser alguien que no conocemos: tiene que ser yo, es decir, el desconocido. Yo, que es cualquiera, y que, por tanto, no se sabe quién es. Eso que entre el público de la tragedia hay, que está ahí todavía de verdaderamente comunitario: común, comunitario, como es común y comunitario yo, que no soy nadie, que es cualquiera.

Si alguien en el público se alegra y hasta llora al mismo tiempo, en lugar de ser las personas reales, es yo, el común, el desconocido.

## El Estado y yo

Del libro **¿Qué es el Estado?** Ed. Gaya Ciencia, 1977.

Para ver la estrecha relación ( que monta a tanto como a una identidad) entre el Estado y Yo, baste con recordar que Yo, en cuanto soy una Persona, no puedo menos ya de ser un Sujeto o Súbdito del Estado: esto es, que como el Estado es esa forma de Orden político que pretende constituirse en un conjunto cerrado o Todo, correspondientemente Yo no puedo ser otra cosa sino elemento del Conjunto, el Uno de ese Todo. Ahora bien, es sabido que cada elemento de un conjunto finito es de algún modo el conjunto entero, en cuanto que todos los elementos han de ser en verdad el mismo, intercambiables el uno por el otro, a fin de poder contarse, y además, por otro lado, siendo Yo un elemento de un conjunto definido, en Mí se centran todas las relaciones con cada uno de los otros elementos componentes y Yo estoy constituido como centro de esa red de relaciones; de manera que con verme a mí se está viendo al Estado todo del que formo parte. Ni el Estado puede tener una realidad palpable sin contar con que la vida sea Mi Vida y esté Yo constituido a su servicio ni puedo Yo ser el que soy si no es como un súbdito del Estado , que es el que me garantiza una identidad bien fija y definida. Es así como, sin exageración ni inexactitud alguna, aquel "El Estado soy Yo", que dicen que pronunció el Rey Sol en un momento crítico del establecimiento del Estado, puede oírse como simple constatación de una verdad (de una tautología), con sólo tomar la precaución de completarlo, dándole también la vuelta para que diga "Yo soy el Estado". Pero será también ilustrativo a tal propósito recordar cómo el desarrollo del Estado y el de Mí mismo han sido estrictamente paralelos: que en otros tiempos, cuando no había propiamente Estado y sólo formas más imperfectas de Patria dominaban a las gentes, tampoco Yo era propiamente todavía este Yo que soy ahora, sino que sólo se hablaba aproximadamente del Alma, que era lo que servía por entonces para reducir mi cuerpo a un cierto Orden y a ser una Idea de sí mismo ( pues antes, cuando no había siquiera Alma, está claro que no había tampoco Cuerpo), y así reinaban en estrecha correlación la Idea de Alma con la de Patria, sirviendo una y otra a confirmar, desde distintos lados, la muerte de uno solo o de los miles de cuerpos que ya como miles de almas se contaban en las ciudades de la Patria. Sobre esta situación, vino el momento en que se decidió decir de Mí, como de Dios, que EXISTO, y así se constituyó, en lugar del Alma, esa forma más perfecta y aparentemente definida de la Persona y de la Fe en Mí Mismo que llegó a llamarse el Yo, haciendo nombre sustantivo del pronombre, insustantivo como lo era. Pues bien, a tal institución de Mí mismo corresponde punto por punto la institución del Estado propiamente dicho de la Era Moderna y casi ya más bien Contemporánea. Y la correspondencia se refleja bien en la de los símbolos respectivos que a tal propósito hubieron de desarrollarse: pues si de un lado la Bandera Nacional, a partir de los usos vagos y conflictivos de enseñas o pendones anteriores, vino a fijarse y constituirse como la faz visible del Estado, al mismo tiempo del otro lado el Documento Nacional de Identidad vino a fijarse y establecerse obligatoriamente, como símbolo propio de Mí Mismo y garantía conjuntamente de mi propia seguridad y de la del Estado. De cómo asimismo la forma correspondiente de Dinero, definida como Capital, necesitaba al mismo tiempo del desarrollo de la Masa estadística, del desarrollo de la Personalidad individual puede ilustrarnos sin más el rememorar los refranes de la Propaganda, que es la que suele decir a voces las más profundas verdades y secretos del Señor. Así que, en fin, mostrado - espero -, aunque con rapidez, con cierta claridad, cómo funciona la identidad entre el Estado y Yo, puede el lector sin más deducir de ahí lo irrisorio de la demanda de aquellos bienintencionados que contraponen al Estado con el Yo y que piensan rebelarse contra la esclavitud del Estado en nombre de la libertad del Individuo o la Persona sin percatarse de que lo uno y lo otro son las dos caras necesarias de Lo Mismo. ¿Cómo podré de veras Yo, que constituyo el Estado, enfrentarme al Estado que me constituye? Son esos militantes la contrapartida y complemento de aquellos otros que, por el



procedimiento de las llamadas reivindicaciones, reclamaban la libertad y el gozo de la vida al Capital y al Estado mismo, que sólo tienen su esencia y razón de ser en la muerte de sus vidas y en la prisión de sus libertades.

## Locura de la Ciencia

Y, si el Régimen está loco, tan enajenado de sentido común como en la entrega anterior os recordaba con algunas muestras, ¿cómo no va a estar loca la Ciencia que rige el Régimen (léase en los 2 sentidos) que nos da cuenta de la Realidad? Siempre, desde que hay un mundo que tiene que saberse, dar cuenta de sí mismo, toda Teología o Filosofía o Ciencia han estado necesariamente locas: no puede ser por menos, ya que tenían que encargarse, una tras otra de razonar la Fe que sostiene la Realidad (sin Fe no hay Realidad que valga; bien lo sabe nuestro Régimen, que cada día, por T.V. y demás medios, se dedica a hacerles ver a las poblaciones que la R. es la R., no sea que se olviden y pase algo), y el empeño de razonar la Fe es una obsesión y un sinsentido.

La gente, con lo de sentido común que les queda por debajo de sus Personas, se ha venido siempre apercibiendo de eso, y murmurándolo a veces por lo bajo; pero ¿quién va a decir en voz alta "Es falso, es una locura esto que nos cuentan: el Rey está desnudo", quién va a alzar la voz contra el Mago de la Tribu, los Curas de Almas, los Doctores de la Iglesia, ni menos en nuestros días contra la Ciencia que les suministran por vulgarización a todo trapo, cuando sabe que detrás del Mago, de los Curas, de los Científicos está, con todos su sables y cañones a punto, el Señor, Estado o Capital, dispuesto a defender la Fe por cualquier Medio, a eliminar descreídos por degüellos, fusilamientos, batallas, guerritas de una Fe con otra (para que no se descubra que son la misma) y cuando, peor todavía, cada quisque para el sustento de su propia Persona necesita la misma Fe?

De las locuras de las viejas Ciencias o Religiones, el mundo reposando en la concha de una tortuga que nada sobre las aguas de abajo, las llamas eternas del Infierno, las huríes que Alá les guarda a los fieles que mueran por la Idea Santa, ya os habréis reído a veces (es fácil, desde la Fe cierta que la Ciencia les proporciona), pues bueno, reíos ahora un poco de la que les toca y hoy domina (en buen consorcio, por lo demás, con los restos de magias y creencias que medran a su amparo), reíos, si podéis, de las últimas locuras de la Física o Ciencia de la Realidad más avanzada, la de los Quanta, que se empeña en casarse con la Relatividad General que el genio del pasado siglo nos legara; por ejemplo, el intento, viejo desde Demócrito y Epicuro por lo menos, de buscarle a este mundo, aparentemente tan desordenado, una ley o regularidad por remisión a los elementos mínimos, que por combinación darían en las vastas irregularidades y complejidad de la realidad palpable, mientras ellos tendrían estructuras y leyes simples y matemáticas, ha progresado hasta nuestros días en el sentido de trascender, de la observación más o menos indirecta de los elementos subatómicos, a la prosecución del cálculo más allá, hasta dar en tiritas o culebrillas que serían trillones y trillones de veces más pequeñas que un átomo de hidrógeno, inasequibles a toda observación (al cálculo no hay quien le ponga límites: para eso ha incluido lo de 'infinito' en su aparato), pero que servirían para superar el dilema de pensar el elemento o como onda o como partícula, y así hallarían (es, al fin, de lo que se trata) el punto de conexión entre razón matemática y realidad física.

El intento se hunde en un abismo de locura; pero eso no quita que los vulgarizadores más vendidos lo traduzcan en términos concebibles y reales, y les hagan tratar con esas culebrillas o, para el caso, con los agujeros negros del cielo como si fueran unas cosas, partes de la Realidad. "Pero es que" me dirá: alguno "fundándose en tales cálculos o teorías, se pueden preparar experimentos y predecir los resultados". Sí, señores: el criterio de veracidad es el éxito en la predicción; o sea aquello de los medievales de la verdad como 'adecuación a la cosa'; como si no supiéramos por acá que la Realidad es, en efecto, bastante congruente consigo misma; y, mientras los problemas se planteen dentro de la Realidad y de sus términos, son muy altas las probabilidades de éxito, lo mismo en Física

que en Finanzas (el éxito es un premio de la FE): ahora, si la Física viene a dar en la locura de explicar el Todo, de concebir (¿desde dónde?) la Realidad misma, ahí se le abre el abismo de la verdad sin fin. Otro día contaré lo que está pasando con la luz.

# Conciencia

Sábado 12 de junio del 2004

Andábamos el otro miércoles, en la tertulia política del Ateneo de Madrid, averiguando en torno a la necesidad de «causa», que en las últimas formas de la Física sigue imperando, cada vez más en contra de los descubrimientos de la propia Física, y volvíamos por ahí a cómo esa necesidad la promueve la necesidad de «culpa», sin la cual no hay Persona de uno (uno es su culpa), lo mismo que no hay Realidad sin causa, tan mentira la causa como la culpa, pero tan poderosas; y recaíamos en el Génesis hebraico, cuando Adán, descubierto, le echa la culpa a la mujer, y la mujer, a su vez, a la serpiente. Pero en lo que hoy deseo detener un rato a los lectores es el momento anterior, cuando Dios, al salir al jardín a tomar el fresco por la tarde, no viendo por allí a Adán, vocea «¿Dónde estás?», y entonces sale Adán (con Eva detrás ¬se entiende¬) de su escondrijo entre los matorrales, y confiesa: «Al ruido de ti que oí por el jardín, me entró vergüenza, como desnudo que yo estaba, y me escondí». Con lo cual, ya tiene la Justicia de Dios el camino abierto: «¿Quién te ha hecho saber que estás desnudo? ¿Es que has comido...?». Etcétera. Es el momento del saber-de-sí-mismo, de la conciencia: en el saber de su desnudez, nace la Persona, que hasta ese momento no ha nacido. Preguntemos pues a nuestra vez nosotros qué es eso de la conciencia. Que se nos ha metido con el éxito arrollador del término latino *con-scius*, que significaba a la vez algo como «cómplice» (con otros; en algún malhecho, naturalmente) y ya «cosciente» (consigo mismo, y, naturalmente, de su culpa). Y ¿lo que eso ha venido a dar de sí! Ya saben: hay «conciencia»; que es moral mayormente, y «cosciencia» que quiere no serlo tanto: ¿cómo si pudiera haber una Ciencia separada de la Moral y la Política! Cosciente el alma, cosciente, por lo tanto, el átomo. Lo que no se dice tanto es que hay también mucho sub-cosciente y mucha sub-conciencia, que se refiere a las cosas que hace uno sin saber lo que hace, como por ejemplo hablar una lengua que no ha inventado él, ni nadie, que no es personal (ni estatal, por tanto), sino común, de nadie. Y hay todavía, más abajo (aunque por lo general lo confundan con lo sub-cosciente), hay algo que no se cabe (no digan nunca «existe»: eso para Dios; ni lo llamen «incosciente», que entonces ya lo saben ustedes, y es mentira), algo que queda siempre más allá y por fuera de toda conciencia, y de la Realidad; que es falsa justamente en cuanto pretende ser todo lo que hay. Así el remordimiento de conciencia ha creado tantos y tan potentes fantasmas de la triste Historia, no sólo los tinglados jurídicos (hay que saber exactamente quién ha asesinado a la Marquesa: si no, ¿adónde iríamos a parar?), sino los psiquiátricos (el Yo, ay, donde yo muero) y los científicos, donde, por más que la averiguación misma la ponga en incertidumbre, tiene la Causa que seguirse manteniendo, así sea reduciéndose a un cálculo de probabilidades de relación entre los hechos físicos y las ideas que nos hacemos de ellos; porque, sin Causa, no hay Realidad, ni física ni psíquica; y, sin Realidad... El Señor, en Su progreso hasta nuestros días, no ha hecho sino perfeccionar de más en más el truco que tan buen resultado le diera desde el comienzo de la Escritura, de Su dominio: que cada uno esté preso de la conciencia de sí mismo, y por tanto dedicado a saber cómo se llama la enfermedad que tiene, a procurarse un Puesto en el mundo real y velar por su porvenir hasta la muerte, a averiguar cómo se llama uno de verdad, saber quién es el que sabe, a asegurarse de si te quiero o si eres tú al que quiero, etcétera, etcétera, y que así, ocupado con el cuidado de sí mismo y preocupado con su futuro a corto y largo plazo (hasta las imaginaciones de ultratumba), debatiéndose por hallar, en religión o ciencias, cualquier idea que reafirme su Fe y le esconda el descubrimiento de lo falso en lo que tiene que creer, no pueda nunca hacer nada más que lo que está hecho, previsto por su Dios y por su miedo, y siga así sirviendo fiel al Señor, al Estado y Capital o con la cara que se le presente, y se aleje del peligro y la tentación (siempre abierta, sin embargo) de hacer algo que no sea lo que está hecho, algo no previsto, que no se sabe más que haciéndose.

## Dios cree en la ciencia

Por un reportaje de Arcadi Espada publicado en el diario «El País» el 7 de marzo, me entero de que ha producido revuelo y gran indignación entre los matemáticos y científicos del país la publicación de un artículo de don Baltasar Rodríguez Salinas, catedrático jubilado de Análisis Matemático en la Complutense, «Sobre los big bangs y el principio y el final de los tiempos del Universo», en la «Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales», donde, mediante un razonamiento fundado a la vez en la teoría de conjuntos y en ciertas proclamaciones de físicos actuales acerca de «universo» y conceptos relacionados, demuestra la existencia de Dios, confirmando la 2ª de las 5 vías de Santo Tomás.

Lo que aquí nos importa no es el estrepitoso artículo del Dr. R. Salinas (del que ya me había llegado noticia gracias al Prof. Caramés, que suele tenerme al tanto de estos avatares de las ciencias), sino esa reacción que ha desencadenado entre algunos doctos indignados de que nada menos que la Revista de la Real Academia haya podido dejarlo pasar como una pieza de matemática seria y publicarlo. Ese escándalo es bastante revelador de cómo anda la matemática y sus relaciones con la Ciencia de la Realidad en nuestros tiempos. Pues cada día se publican y divulgan, a nombre de científicos reconocidos y laureados, de Hawkins para abajo, especulaciones acerca de un modelo de universo o de pluralidad de universos, acerca del principio y del fin del tiempo (sin que el sinsentido de que el tiempo empiece les arredre para nada), acerca también de «el Hombre», o sea de la aparición de la conciencia entre las obras de la realidad y las posibilidades de otras formas de conciencia en otras regiones del cronotopo, y otras tales ideas o imaginерías que alcanzan a la difusión entre los creyentes, pero se pretenden fundadas en cálculo riguroso; y que no se diferencian en nada importante de las del Dr. R. Salinas, salvo que no suelen sacar a relucir el nombre de Dios de una manera tan descarada y ajena a los usos del dialecto científico dominante. Y esas formulaciones de creencias se hacen en medio y a pesar de la situación en que de verdad se encuentran las teorías físicas; de la que, más que por los libros, puede uno apercibirse por las muchas comunicaciones que cada día envían a la Red algunos físicos o matemáticos relativamente honestos y libres del servicio a la ortodoxia, llevados por la pasión misma de los problemas: dudas y contradicciones, lo primero, sobre si el aparato matemático de la Física cuántica puede, según Einstein aún lo deseaba, referirse a la Realidad y dar cuenta de ella, o si debe renunciarse a tal pretensión y reconocer que esa Ciencia, de tan gran poder de acierto en sus predicciones y consiguiente formidable éxito en sus aplicaciones técnicas y especialmente informáticas, no tiene mucho que ver con el descubrimiento o revelación de la Realidad; dudas de qué son las probabilidades (el lenguaje esencial de esa Ciencia), si debe atribuírseles una condición física, como propiedades de los elementos subatómicos o de los campos, o si son lógicas sin más (epistémicas dirá alguno), pertenecientes al lenguaje y no a las cosas de que habla; y otras muchas que a cada paso surgen, sobre la posibilidad o no de una «cosmología cuántica», sobre cómo abordar la cuestión pendiente de la, por así llamarla, gravitación universal, o nuevas formas del problema de la intervención del observador en lo observado, que llevan a la cuestión de «conciencia» (esto es, capacidad de recibir y de interpretar información), que muchos piensan consecuentemente que debe atribuírseles a los fotones mismos, de los cuales, en el famoso experimento, uno (si aquí tiene sentido decir «uno») debe a la vez pasar por los dos orificios y a la vez por uno solo de ellos, como un peatón cualquiera.

De todas las cuales apasionantes dudas está claro, para quien se deje, que no pueden rigurosa o legítimamente deducirse esas proclamaciones acerca de universos o tiempos o materias y

antimaterias y demás que se divulgan entre la gente. Más habría tal vez valido que los científicos serios que se indignan de la intromisión del Dr. R. Salinas y de Dios en los campos de la Ciencia se hubieran molestado en denunciar los fallos de rigor y trampas, que se dan sin duda, en su cadena de teoremas, demostraciones y corolarios, y que nos explicaran en qué se diferencian de los saltos mortales que se dan, sin duda, igualmente en las especulaciones de los físicos serios y honorables. Al fin, se trata de dos maneras de Fe. En su comentario Arcadi Espada cita oportunamente, a nombre de la bióloga y académica Margarita Salas y otros firmantes, el reciente Pacto de Estado por la Ciencia, del que reproduce, acerca del (poco) desarrollo de la Ciencia en España, el siguiente párrafo: «Sólo la producción de ciencia de calidad puede equilibrar los indicadores, hacer más competitiva una economía basada en el conocimiento y dar el salto cualitativo que precisa para situarse en la vanguardia.

## Cómo hacer vivir a los muertos

Pienso hacer dos cosas: primero presentar algunos puntos teóricos acerca de la cuestión de la traducción entre lenguas, y luego meteros un poco en el taller, digamos, a propósito de cosas con las que ahora ando, como son una traducción, que más que traducción es un hacer vivir a los muertos, en este caso con La Ilíada y luego con un pequeño poema de Catulo, es decir, jugando con el griego y el latín y el espofcont, más o menos modificado para el caso, con la lengua en la que os estoy hablando.

I. Respecto a las cuestiones de traducción, voy a centrarme solamente en unos puntos que no están recogidos en los trabajos que se ha tenido la amabilidad de citar o que se han desarrollado después de una manera considerable.

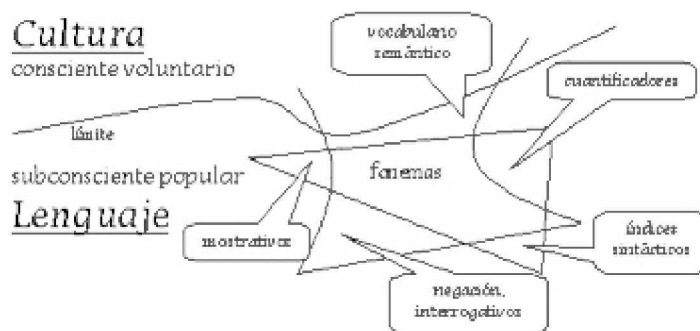
Hay que partir de esta noción de que una traducción es propiamente imposible. Las lenguas son incomunicables. Cada lengua es un mundo. Todas estas cosas se han dicho muchas veces. Son tópicos que no se pueden aceptar en general, pero que, desde luego, algo tienen que hace recomendable partir de la imposibilidad, para, en seguida, ver cómo esta imposibilidad es gradual, más o menos posible según y cuándo.

Y he aquí una observación general que os voy a dar: la traducción es tanto más posible cuanto más las lenguas están -en la lengua de que se trate o el texto lingüístico de que se esté tratando- en los planos más cercanos a la conciencia y a los manejos voluntarios, cuanto más se alejan de los niveles más profundos de la lengua que son literalmente subscientes, a los que no llegan manejos de la voluntad ni la conciencia explícita.

De manera que cuanto más una lengua es culta, académica, científica, o por lo menos el texto lo es, tanto más fácil y evidente es la traducción. Y en cambio, cuando descendemos a las zonas más propiamente subscientes, cuando se trata de un texto lingüístico muy alejado de los niveles de la Cultura, muy profundo, muy metido en el subsciente, es decir, una conversación en estilo muy coloquial, una poesía del tipo de poesía que está máximamente alejada de la cultura y trata de acercarse más a ese corazón subsciente -la lengua-, entonces la traducción se va haciendo cada vez más imposible y la sensación de traición del traductor cuando hace el intento se hace más viva, tiene más fundamento.

Una frase del espofcont como sería, por ejemplo, "las más vehementes aspiraciones de los súbditos de un país no debidamente regido por instancias gubernamentales están condicionadas por una multitud de factores que las hacen más o menos realizables en cada ocasión", un trozo de jerga perfectamente culto, como podría aparecer en un periódico o en un tratado cualquiera, es tan traducible que uno tiene la impresión de que en todas las lenguas más o menos se emplearía la misma jerga, disfrazada con otro disfraz idiomático, pero que todas vendrían a ser literalmente equivalentes. Y la sensación de traición es mínima. En cambio, si uno se encuentra con una novela realista o tiene que traducir "Pues, anda que el otro", sólo con eso, el trabajo para volver al inglés o al chino una frase semejante se hace interminable y la sensación de que uno nunca acaba de encontrar la equivalencia es tanto más viva.

Lo de los niveles de la lengua en relación con esto de la traducción, lo ilustro gráficamente con un esquema de este tipo:



Una pirámide pentagonal aplanada, pero imperfecta, abierta por uno de sus lados, es el tipo de esquema que empleo una y otra vez para representar un sistema de lengua cualquiera. Coloco los fonemas en el centro, dedico uno de los lados a los mostrativos y deícticos, otro lado a los cuantificadores incluidos los números, otro lado a los elementos fundamentales de toda lengua que son la negación y los interrogativos, y dejo la cara abierta para el vocabulario semántico, para las palabras con significado, que son propiamente infinitas. Todo el resto del sistema de la lengua es finito, cerrado, incluyendo el caso muy especial de la serie de los números, que no es propiamente infinita, sino sólo interminable. Mientras que aquí, donde están el sol y la luna, están las vicisitudes y la longanimidad, todas las cosas que tienen significado, esto no constituye conjunto, esto es en cualquier lengua una infinitud, porque la creación y modificación del significado de los vocablos está influida por cada acto de habla: ahí está la raíz de la inestabilidad de cualquier sistema lingüístico. Eso es propiamente infinito.

Generalmente pinto este cuadro del lado del revés: aquí está pintado con la cara del vocabulario semántico para arriba, para hacer comprensible lo de los niveles que os estaba diciendo. Ése sería el límite, en principio, que separara la lengua subconsciente en el sentido preciso que he dicho, inasequible a la conciencia personal de los hablantes y a los manejos voluntarios de hablantes o de instituciones, mientras que por encima tendríamos lo que llamaré en general cultura, que se caracteriza por una serie de instituciones y de objetos que sí son conscientes, que sí están sujetos a los manejos individuales y por ende a los manejos del Poder, a los cuales la lengua en sus zonas subconscientes es inasequible: ni al individuo, ni al estado ni a los comerciantes es asequible el aparato de las lenguas en sus zonas más subconscientes, pero la cultura sí.

Esta parte de la lengua, la parte de las palabras con significado, está en el esquema colocada de tal forma que salta el límite. Y este salto del límite entre lo uno y lo otro es lo que querría que viérais. Así como la gramática propiamente dicha, la organización del sistema de los fonemas, el sistema de los deícticos personales y no personales, la organización de los cuantificadores, las reglas de uso de la negación y de los interrogativos, todo eso es profundamente subconsciente, inasequible, por tanto, a los manejos, en cambio, el vocabulario semántico es bastante asequible, como lo prueba el hecho de que, si cualquier no culto se pregunta por su lengua o las lenguas, a lo único que llega es hasta a fijarse en algunas, en un grupito de palabras con significado, y apenas pasa más allá. Lo demás es inasequible. Y no un ignorante, sino también cultos que no sean gramáticos muy avezados, cultos que se preguntan por las lenguas y sus relaciones, generalmente no pasan de aquí. Se fijan un poco en el vocabulario semántico. De forma que hasta ahí suele llegar la atención: por tanto, estamos saltando al reino de la conciencia y la voluntad, al reino de la cultura.



Supongo que ahora, volviendo con mis ejemplos, os estrañará menos lo que os decía respecto a la traducción. Son las partes de la lengua y las manifestaciones lingüísticas más cercanas al nivel consciente, más dominadas por la semántica, aquellas que entre las lenguas resultan fácilmente trasvasables. Mientras que frases como el tipo de "Pues, anda que el otro", donde juegan elementos muy abstractos, donde lo semántico casi no aparece para nada, y que por tanto pertenecen a las zonas más subconscientes, éstas parece que se nos vuelven intraducibles de una lengua a otra.

Significado semántico es el de palabras de las que en un diccionario pueden encontrar una definición, aunque sea siempre arbitrariamente cerrada. Porque en un diccionario, la palabra 'esto' o la palabra 'cinco' o la palabra 'qué' no tienen ninguna manera de encontrar una definición. Siendo infinito el vocabulario semántico, cada uno de los ítems que lo constituyen es necesariamente no cerrado, abierto, influido por cada acto de la lengua. Todo lo que se refiere a los elementos que he citado, mostrativos (esto, yo, me), cuantificadores (algo, mucho, todo, tres, cuatro, cinco), lo que he puesto más profundo de todo, la negación (no) y los interrogativos (qué), junto con lo que está en la base de la pirámide, el sistema de los fonemas, se supone que es perfectamente subconsciente, que todo el mundo conoce y maneja perfectamente, gracias a que no se dan cuenta. A diferencia del vocabulario semántico.

Esta información respecto a la relativa traducibilidad os debería con razón dejar pensando que he hecho algo de trampa; porque hay algo muy evidente que se desprende de lo que he dicho: ¿cómo es que, cuanto más arriba las manifestaciones lingüísticas, cuanto más culturales, son más traducibles? Esto parece suponer que la cultura, a diferencia de las lenguas, es una, en el sentido de que es la misma para un grupo, para muchas o, tal vez, para todas las lenguas. Porque si no, no tendría sentido lo que he observado. ¿Por qué las locuciones más cultas, más de la jerga del tipo del ejemplo que os he dado, iban a ser más traducibles? Sólo contando con la condición de que la cultura es la misma por encima de las diversas lenguas.

Esto es así propiamente en el caso al que asistimos todos los días, es decir, en el caso de encontrarnos dentro de la cultura invasora que ha acabado por hacerse casi global, abarcando bajo sí a todos los pueblos y por tanto a todas las lenguas del globo. Es esta cultura (digamos, la cultura fabricada de una manera firme en torno a los estados griegos y después estendida con el Imperio, y hoy abarcando al mundo), es ésta la cultura que amenaza con ser una, La Cultura. Y entonces, en esta situación, lo que os estoy diciendo es bien cierto: puesto que la cultura es la misma, es normal que las manifestaciones más cultas de cada lengua sean más traducibles, encuentren más fácilmente su equivalente en ruso, en chino, en groenlandés -en la medida en que los esquimales hayan entrado también al mundo de la cultura, porque ésta es la condición.

Esta situación es la que permite que haya en el mundo cosas como traductores simultáneos en los congresos. Se confía ciegamente en que en un congreso a nadie se le va a ocurrir decir "Pues, anda que el otro", que no va a ponerse a hablar de esa manera, con lo cual crearía un verdadero atasco en el proceso, sino que va a emplear continuamente la jerga culta, y va a encontrar su equivalente, en la medida en que las tribus correspondientes, y las lenguas correspondientes con ellas, hayan entrado bajo el dominio de la cultura universal (ésta es la condición) y hayan aceptado la cultura griega como global, como acabando con todas las demás.

Naturalmente, si quedan restos de alguna otra forma de cultura derrotada, restos de la vieja cultura china o hindú, todo eso puede producir líos, porque, a su vez, esas culturas durante siglos tuvieron también su expansión y se extendieron por encima de muchas lenguas diversas, la china o la

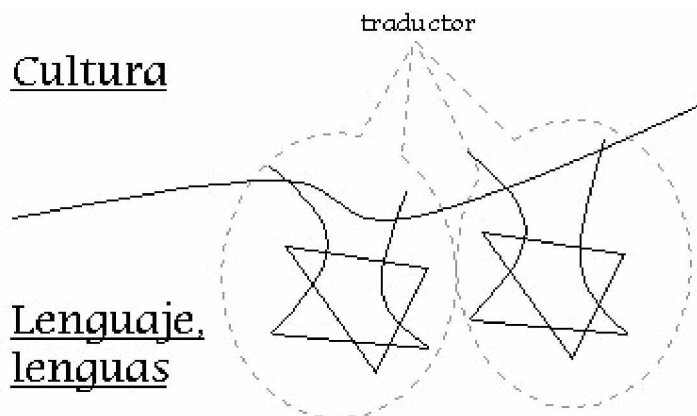
hindú, por ejemplo. Pero en la medida que también ellas han quedado derrotadas y los pueblos correspondientes reducidos a la cultura única, ya no hay problema, ya puede haber traducción simultánea por todas partes. Esta es la condición esencial.

De forma que sólo con esta condición histórica que os acabo de presentar se explica bien que sean las manifestaciones lingüísticas producidas en las zonas más conscientes del individuo y más asequibles a las instituciones aquéllas que encuentren inmediatamente su traducción, mientras que las coloquiales, las poéticas en uno de los dos sentidos que voy a precisar, se muestran sumamente inasequibles a la traducción.

Quiero ahora presentaros una contradicción: con esto que os he dicho ( las lenguas son entre sí traducibles en la medida en que están sometidas a la cultura única) está en contradicción el hecho de que en la gente baja, preferiblemente no leída, reina una especie de, no convicción, pero confianza ciega en que "hablando se entiende la gente". Con esto quiere decirse que, en cualquier lengua que uno se encuentre con los vecinos más extraños, se va a producir alguna forma de entendimiento, por lo menos en los intercambios más coloquiales, sin entender propiamente los mecanismos gramaticales, pero como si se hubieran entendido, saltándose las barreras lingüísticas, es decir, haciendo como si lo de Babel no se hubiera producido en este mundo, como si no hubiera pasado. Esto lo reconozco como una confianza típicamente popular y está en neta contradicción con lo otro que hemos presentado. De manera que es en esas dos observaciones diametralmente opuestas en lo que os quería hacer parar por ahora.

Es evidente que la gente, en sus intercambios más inmediatos, sentimentales, sensibles, con cualesquiera tipos de vecinos, no sólo es que tenga esa confianza, sino que la cumple, que consigue que efectivamente se produzca, dentro de unos límites, un entendimiento que no pasa por la adquisición consciente del aparato de la otra lengua, es decir, literalmente un recuerdo de antes de Babel que la gente corriente trata de imponer a pesar de todo, a pesar de que cada uno tiene que reconocer la situación como babélica, el hecho de que hay lenguas diferentes y unas más diferentes que otras.

Esta es la confianza popular a la que os quería llamar la atención. Evidentemente, cuando nosotros, gente culta, queremos acceder a entender otra lengua, hablada o literaria y practicar esto de la traducción, no nos queda más remedio que dar esta vuelta: estamos en la cultura, y entonces de aquí el futuro traductor tiene que proceder a recoger lo que no es consciente, elevado con más o menos fidelidad a planos de consciencia y, una vez que tiene consciencia de la gramática y del vocabulario de la otra lengua, proceder a buscar las equivalencias.



Proceso de elevación a conciencia en la traducción lengua a lengua

Sólo en el caso de que el que aprende una lengua extraña llegue a aprenderla de verdad bien (es decir, que llega a olvidarla de conciencia: el criterio para haber llegado a hablar bien una lengua extranjera), sólo en ese caso se produce una devolución a la subconsciencia. Normalmente, la situación de un traductor se pára en una elevación a nivel de conciencia de lo que es subconsciente, para poder hacer la comparación con el aparato de su lengua. Fijáos bien en el proceso de aprendizaje: es preciso tomar conciencia de cómo son, por ejemplo, el grupo de los mostrativos, personales y no personales, y qué reglas de uso tienen, cómo funciona la negación y cuáles son las reglas de orden de la negación, cuáles son los interrogativos, al mismo tiempo que aprendemos vocabulario, que es la parte más cercana a la traducción; tenemos que tener conciencia de todo lo demás, y entonces nos permitimos ya intentar buscar equivalencias. Naturalmente, si alguien llega a hablar inglés de verdad, el caso de la lengua materna se reproduce: se llega a hablar bien en la medida que ya borra uno, olvida, todo el proceso de aprendizaje.

Esa recuperación de conciencia de la lengua generalmente se hace muy mal, porque ni los traductores ni los fabricantes de manuales tienen por qué ser muy buenos gramáticos, y hacen esta recuperación de lo subconsciente de una manera tosca, para la finura de la gramática.

A esto os contraponía la actitud popular que pretende que, sin pasar por ese proceso, la gente se entienda. ¿Cómo puede alguien creerse que por ahí abajo, sin pasar por el conocimiento o reconocimiento del aparato de la lengua, puede haber entendimiento? Porque se confía en algo que es rigurosamente verdad y que los gramáticos hemos tenido que ir reconociendo poco a poco: se confía en que, por debajo de todas las diferencias idiomáticas de las lenguas de Babel, hay algo y hasta mucho de común a todas. Efectivamente, las reglas de la negación pueden ser distintas en inglés y en vasco y en espofcont, de acuerdo, pero la negación con unas reglas generales implícitas es la misma en cualquier lengua. Se reconoce que el manejo de los cuantificadores puede ser muy distinto de unas lenguas a otras, pero que está ahí, que una distinción de cuantificadores definidos e indefinidos es común a cualquier lengua; que pueden ser muy distintas las formas de los pronombres o adverbios, mostrativos, o personales, pero que se confía en que están ahí, de una manera o de otra, y así con los elementos más profundos de la lengua. De manera que eso justifica hasta cierto punto esta confianza de "hablando se entiende la gente", sólo en ese sentido.

Evidentemente, para cualquier exigencia medianamente culta, el entendimiento que sobre lo común de la gramática se consiga es muy escaso, demasiado genérico, pero ahí está, justificando hasta cierto punto eso que he presentado como confianza popular.

*¿No se puede aprender una segunda lengua sin pasar por el nivel consciente?\**

Imposible. En la medida en que uno quiere llegar a dominar una lengua, tiene que repetir, evidentemente mucho más torpemente, el proceso del aprendizaje de la primera, de la lengua materna. Tiene que empezar tomando conciencia de cómo es la gramática de esa lengua, y durante un tiempo, que es lo normal, hablando mal, es decir con interferencias entre la lengua materna y la que está aprendiendo, con torpezas de todo tipo, que revelan que todavía estamos en el plano consciente. Sólo cuando se llega a hablar bien la otra lengua, eso, a su vez, como la gramática de la materna, se borra, y queda otra vez sumido en lo subconsciente, y entonces ya hablamos bien. Pero hay que pasar por ese trance, no hay otra manera.

*Un pastor vasco que se ha ido a EE.UU., aprende más o menos bien el inglés y creo que lo hace sin pasar por el nivel consciente, sin aprender la gramática de esa lengua\*.*

Hay que examinar el caso particular y el "más o menos", porque evidentemente hay un tipo de comunicación del tipo de los animales a los que se les hace aprender (los perros mismos, que aprenden una serie de nombres de estos convencionales), hay un tipo de aprendizaje que es aprendizaje para un entendimiento práctico en el sentido más rastrero, para el cual no hace falta entrar en la otra lengua: hace falta haber aprendido a repetir, un poco al modo del loro, unas fórmulas que se sabe que están relacionadas con una situación determinada. Esto cabe, y no creo que sea en general lo que sucede con los pastores vizcaínos en América. Yo supongo que se llega, como en el caso de muchos inmigrantes no cultos en Alemania o en Francia, se llega realmente a aprender algo de la lengua y, naturalmente, no digo que haya que hacer filosofía del lenguaje, pero que hay que tomar conciencia de algunos mecanismos. Por supuesto, está claro que, en la medida en que se llega de verdad a hablar algo de inglés o de alemán, en esa medida, sease culto o no, ha estado uno obligado a tomar conciencia de algo de la gramática de la lengua. Claro, si uno cae en Alemania, donde (en la base de la pirámide) el sistema de vocales no coincide, todavía (porque hay vocales centrales) durante mucho tiempo el inmigrante se lo pasará convirtiendo todas las "ü" y "ö" en las vocales, digamos, del espofcont que le suenan: todas las "ö" son "e", todas las "ü" son "i". Ahora, si sigue con el aprendizaje, llegará un momento en que tendrá que aceptar que en Alemania hay siete vocales (u ocho, con ä/a) en lugar de cinco, aunque no las cuente; hay palabras que se diferencian por tener "ö" o por tener "e".

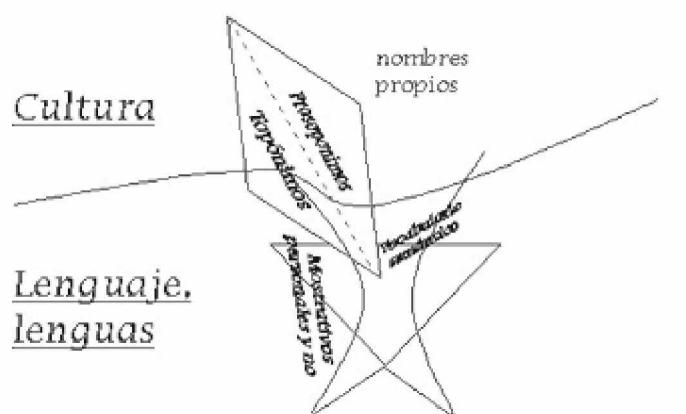
He pintado en principio el sistema de una lengua. Sin embargo, como he dicho que es un sistema de una lengua cualquiera, he dicho implícitamente que esa pirámide aplanada con una cara abierta sirve para cualquier lengua. La organización de cada una de las caras y demás es idiomático o babélico. Por debajo de esas diferencias gramaticales está algo común. No hay que confundirlo con el hecho de lo más superficial, de lo semántico, del vocabulario. Eso, paradójicamente, es menos característico de una lengua, precisamente porque pertenece a la cultura; y sin embargo, uno, en la atención normal, tiende a atribuirle la característica de la lengua en cuestión.

Esta es la paradoja sobre la que al principio os llamaba la atención. La parte semántica, en la medida en que ha saltado el límite y es ya cultura, no caracteriza tanto a una lengua determinada como la diferencia en la organización de sus índices deícticos o cuantificadores. Sin embargo, la tribu se aferra, antes que nada, a su vocabulario, porque es justamente aquello a lo que llega. Hasta tal punto que se puede llegar a decir que el vocabulario semántico es lo mismo que la realidad.

La organización de los elementos gramaticales, las reglas de fonémica o de sintaxis, lo más importante y más subconsciente, no tiene que ver mucho con la realidad del mundo, ni por tanto con las

ideas de la tribu, pero en cambio el vocabulario semántico es la realidad del mundo para la tribu en cuestión. Evidentemente, en el sentido profundo, es menos característica de una lengua que cualquier otra deformación babélica del aparato común. Pero en el otro sentido, en cuanto que la lengua sirve a una tribu determinada, en cuanto característica de esa tribu y conformación de su realidad, otra vez el vocabulario semántico viene a ocupar el primer puesto.

**II. Observación previa:** en el esquema no han tenido cabida los nombres propios, un escollo con el que muchos os tropezaréis con frecuencia. Los nombres propios, tanto topónimos como prosopónimos, no pertenecen al esquema de la lengua. Habría que pintarlos en una situación como ésta.



Situación de los Nombres Propios respecto a lengua y cultura

Son ilustrativos, porque, si el vocabulario semántico está muy cerca ya de ser cultura más que lengua, ya comprendéis que los nombres propios se puede decir que son plenamente cultura; y esto se demuestra en que el ámbito de un nombre propio no coincide con el ámbito de una lengua, puede ser mucho más amplio, abarcar muchas lenguas, como en el caso de New York o Nueva York, o en el caso de Brigitte Bardot, que, como veis, son nombres que están por encima de las lenguas. O también en el caso de Pepita Ramírez, que es conocida en su familia y los vecinos del barrio, un ámbito, por tanto, mucho más restringido que el de una lengua. Son plenamente cultura. Os lo recuerdo porque hay una cantidad de barbaries, en las luchas lingüísticas actuales, referentes a los nombres propios que conviene aclarar. El no tener conciencia clara de cómo esto está situado lleva a cosas como ésta: como lo más superficial es lo que la tribu toma como característica propia, es normal que a los nombres propios se aferre la tribu y también tenga que creer, en contra de eso de que saltan las fronteras, con más o menos modificación fonémica, que sin embargo tienen una forma verdadera, que es su forma dentro de la tribu. Todas esas tonterías del tipo de *Girona* y *Gerona*, a las que asistís todos los días, están relacionadas con este error fundamental, y son representativas de toda una serie de errores, de falsas conciencias de la lengua, en las que por desgracia hoy no podemos entrar.

\* \* \*

Para que podamos entrar, aunque sea un poquito, en esto que es meteros en mi taller, no os puedo dar ahora más voces.

Los dos objetos son, como veis, poesía, es decir, un lenguaje formalizado. Están sujetos a una regulación del ritmo. No puedo entrar tampoco en la cuestión de cómo esta regulación, más o menos

artificial, ocupa también una situación paradójica respecto a nuestra pretensión. La regulación del tiempo de la producción (el ritmo) está paradójicamente en contra de la rutina del trabajo de la Administración. Si la poesía tenía alguna virtud, era primariamente gracias a esta regulación que, paradójicamente, es una liberación, un poco al estilo de la paloma de Kant que todos recordais; de forma que, cuando la poesía, en la forma de la cultura más avanzada, se libera de la regulación rítmica, naturalmente está contribuyendo a caer dentro de la esclavitud. ¿A qué cosa se llega? A que se piensa que también en poesía se dicen cosas, y que un traductor lo que tiene que hacer es enterarse de lo que dice allí y ponerlo en la otra lengua. El resultado es normalmente desastroso, pero más de una vez he tenido que observar que gracias a eso de traducir a los poetas en prosa (por no decir de cualquier manera) desde mediados del siglo pasado, se vino introduciendo entre nosotros la costumbre de hacer poesía de creación sin regulación rítmica ninguna. El fundamento eran las traducciones de la poesía de Rilke o de cualquier otro, que se leían en español, por ejemplo, pero sin ritmo ninguno, porque el traductor se había liberado de las cadenas del ritmo.

La *Ilíada* no es ninguna épica primitiva, sino un producto literario muy elaborado, muy artificial, que únicamente coincide que es nuestro primer producto literario, del mundo de la cultura dominante. En las dos páginas de la edición Oxford, nos encontramos con el viejo Príamo, que al fin ha tenido que decidirse a emprender una excursión nocturna con una carreta de regalos y yendo él en otro carro, para ir a suplicar a Aquiles, al matador de muchos de sus hijos y finalmente de Héctor, a pedirle que le deje por lo menos el cadáver de Héctor para hacerle las honras fúnebres. Es en esa excursión en la que estais, en el momento en que (versos 477 y siguientes) se está contando así (os doy toda la prosodia del idioma antiguo: el ritmo, por fuera de la lengua, y después las prosodias gramaticales):

[Lectura del testo]

τοῖς δ' ἔλαθ' εἰσελευσὶν Πρίαμος μέγας, ὄγχι δ' ἄρα σταῖς  
 χερσὶν Ἀχιλλεύῳ λάβει γούνατα καὶ κύσει χεῖρας  
 δεινὰς ἀνδροφόνους, αἳ οἱ πολέας κτείνοιν υἷας.  
 ὣς δ' ὅτ' ἂν ἄνδρ' ἄτρη πυκνῇ λάβῃ, ὅς τ' ἐλὼ πάτρην 480  
 φῶτα κατακτείνας ἄλλων ἐλίκετο δῆμον.  
 ἄνδρὸς ἐς ἀφίναρ, θάμβος δ' ἔχει εἰσορόωντας,  
 ὣς Ἀχιλεὺς θάμβησεν ἰδὼν Πρίαμον θεοῦδέα  
 θάμβησάν τε καὶ ἄλλοι, ἐς ἀλλήλους δὲ ἴδοντο.  
 τὸν καὶ λυσόμενος Πρίαμος πρὸς μῦθον ἔειπε 485  
 "μῆσαι πατὴρ σῶο, θεοῖς ἐπικύκλι' Ἀχιλλεῦ,  
 τηλέκου ὧς περ ἐγών, ὁλοῦ ἐπὶ γῆρας οἴδω  
 καὶ μὲν που κἄνον περνασέτα' ἀμφὶ ἐόντες  
 τέρουσ', οὔδ' ἐστὶν ἄρην καὶ λαγὼν ἀμύνειν.  
 ἀλλ' ἦτοι κείνός γε σέθεν ζώοντος ἀρούων 490  
 χαίρει τ' ἐν θυμῷ, ἐπὶ τ' ἔλπεται ῥήματα πάντα  
 δάεσθαι φίλον υἱὸν ἀπὸ Τροίηςθεν ἰόντα.  
 αὐτὰρ ἐγὼ πανάποτμος, ἐπεὶ τέκον υἷας ἀρίστους  
 Τροίῃ ἐν εὐρείῃ, τῶν δ' οὐ τινα φημι λολῆσθαι.  
 πεντήκοντά μοι ἦσαν, ὅτ' ἦλυθον υἷες Ἀχαιῶν 495  
 ἐννεασάδεκα μὲν μοι ἦν ἔκ νηϊός ἦσαν,  
 τοῖς δ' ἄλλοις μοι ἔτακτον ἐλὼ μεγάροισι γυναῖκες,  
 τῶν μὲν πολλῶν θυῖρος Ἄρης ὑπὸ γούνατ' ἔλυεν·  
 ὅς δ' ἐμοὶ ὄλος ἔην, εἶρωτο δὲ ἄστυ καὶ αὐτοῖς,  
 τὸν σὺ πρῶτην κτείνας ἀμυνόμενον περὶ πάτρης, 500  
 ἔκτορα τοῦ νῦν εἵνεχ' ἰκάνω νῆας Ἀχαιῶν  
 λυσόμενος παρὰ σπείῳ, φέρω δ' ἀπερείσι' ἀποικια.  
 ἀλλ' αἰδέοιο θεοῖς, Ἀχιλλεῦ, αὐτόν τ' ἐλέησον,  
 μνησάμενος σοῦ πατρὸς· ἐγὼ δ' ἑλεηνότερός περ,  
 ἔτλην δ' οἱ οὐ πῶ τις ἐπιχθόνιος βροτὸς ἄλλος, 505  
 ἄνδρὸς παρδρόνιο ποτὶ στόμα χεῖρ' ὀρέγασθαι."

Mi intención era que cogierais el ritmo: esta regla consiste en que cada verso tiene seis golpes, seis tiempos marcados, que alternan con los intervalos y, luego otra regla respecto a la relación de esto con la separación de palabras; es lo fundamental.

El intento en el que estoy metido es hacer que la *Ilíada* suene, es decir, no enterarnos de lo que dice, que no tiene importancia ninguna, sino hacerla sonar en el sentido que el título de esta conferencia dice: *Hacer vivir a los muertos*, naturalmente, a los que nos parece que merecen la pena; porque hay muchos muertos que más vale no oírles hablar; eso se da por supuesto: no tiene por qué ser necesariamente glorificador el hecho de estar muerto. Lo digo contra la nefasta noción de 'clásicos', que venera cualquier cosa por el hecho de estar muerto. Simplemente sucede que entre los clásicos ('clásicos' es una palabra ominosa, está cargada: hace referencia a la infantería de marina y *classis* quiere decir la organización de los niños en especie de escuadras escolares, e incluso hasta que el mejor de la clase se ponga a la cabeza, *ducere classem* como dice ya Quintiliano; los autores son por tanto los autores que se emplean para esa labor de regimenter a los niños) hay algunos muertos que tal vez merecen la pena de intentar ver cómo suena. Este es mi intento con la *Ilíada*.

Lo que el texto dice, si se lee una traducción en prosa, realmente no suena a nada; nos estamos enterando por curiosidad literaria.

Lectura

de

la

versión

rítmica

(a) no vieron entrar, y parando  
que Príamo grande se les escapó al entrar, y cercano  
de Aquiles, a sus rodillas se asió,  
poniéndose a Aquiles, tomó su rodilla y dió beso a las manos

hombrisangrientas, que tantos le habían hijos matado;

y tal como (a) un hombre al que apresa la ciega culpa, que, cuando

hombre  
ha muerto a un vecino en su tierra, se llega a pueblo de extraños

que  
a casa de un rico, y los que lo ven lo miran con pismo,

tal se pasmó al ver Aquiles a Príamo par-de-los-santos,

y se pasmaron los otros también, uno a otro mirando;

palabra le hablaba así suplicando:  
que Príamo suplicante le habló por este dictado:

«Piensa en  
«Recuerda a tu padre, Aquiles, tú, de los dioses dechado,

duro  
de tal edad como yo, en el umbral del fin de los años;

y bien que a él los pueblos vecinos de sus aledaños

ni  
lo agobian, y no hay para él de (tal) peste y ruinas amparo,

con todo, al oír de tí, que vives tú sano y salvo,



se alegra en su corazón, y está día a día esperando  
 ver a su hijo querido que <sup>es</sup> está de Troya <sup>tornado;</sup> tomando;  
 mas yo, malhadado sin fin, <sup>pues</sup> frás que hice hijos gallardos  
 en Tróade ancha, y no cuento <sup>ni uno</sup> ninguno que me haya quedado:  
 cincuenta tenía, por cuando los hijos de Aqueos llegaron:  
 me habían los diecinueve de un mismo vientre granado;  
 y fueron los <sup>los otros</sup> los otros mujeres <sup>pariéndome</sup> en (el) palacio;  
 me fueron <sup>pariéndolos</sup> pariendo los  
 de tantos que eran, su vida cortó el dios Ares bravo;  
 y el solo que <sup>había,</sup> (me) era, y guardaba la plaza y a los Troyanos,  
 tú poco ha lo mataste, a su patria en lucha guardando,  
 a ése lo has muerto tú poco ha por su patria luchando,  
 a Héctor, Por él aquí a los Aqueos llevo y <sup>sus</sup> los barcos,  
 a rescatarlo de tí; y <sup>presentes sin cuento</sup> sin cuenta paga te traigo.  
 Ah, mas respeta a los dioses, Aquiles, y sé apiadado  
 de mí, <sup>pensando en</sup> recordando a tu padre; que yo, aunque más <sup>desgraciado,</sup> lastimado,  
 he osado lo que otro ninguno en los hombres sobretierraños,  
 del matador de su hijo <sup>llevar a su boca la mano,»</sup> llevar la boca a sus manos.»

Cualquiera de las versiones posibles que aquí os ofrezco está metida dentro del esquema fundamental, en el esquema que no es esactamente el verso de Homero, sino, bueno, un verso que he estimado muy equivalente, un verso que empleé en el *Relato de amor*, hace años, y que más o menos es una especie de conflación entre el hexámetro homérico y la tradición de la poesía popular en romances en castellano.

[Lectura de la versión rítmica castellana]

Respecto a la versificación, ya veis que he tenido que tomar de la tradición de romances también la asonancia, que por supuesto en Homero falta, pero que en español tiene que estar (*ao* en este trozo) en compensación de una mayor libertad en cuanto a la estructura métrica del resto del verso, que sin embargo siempre sigue consistiendo en los seis pies fundamentales, como en Homero, aproximadamente.

Ésta es la parte del sometimiento a la regulación temporal que os presentaba paradójicamente como una liberación del sentido prosaico, del qué se dice, de lo puramente semántico, a que la Literatura nos condena. Es por tanto en este caso la traducción misma, el intento de versión rítmica, de hacer vivir lo muerto, un intento de rebelión contra el imperio de la Literatura, que en gran parte está fundado, como os decía, sobre la traducción con supresión del ritmo, desnudamiento de lo que era fundamental, incluso por debajo de la lengua, en aras del sentido semántico.

Me paro en un par de puntos, empezando por los más superficiales. Hay para la épica homérica una gran dificultad que es el empleo de los compuestos y los epítetos que suelen llamarse ornamentales, es decir, que no sirven para nada, pero que en la tradición épica que Homero recoge eran pieza clave, porque ello permitía que al rapsodo o al aedo antes, al aedo improvisador, le fuera dado, gracias a estas fórmulas de relleno, epítetos compuestos, ornamentales, poder continuar con la marcha de su ritmo sin grandes dificultades; éstas son muletillas. Naturalmente en Homero ya no son eso, porque Homero es una producción literaria, la primera. Pero él, naturalmente, ha conservado esa tradición anterior de los aedos y emplea constantemente compuestos y otros epítetos ornamentales, de los cuales aquí nos han salido algunos ejemplos. ¿Qué tienen que hacer con la traducción en prosa? Pues que si sale algo como *epichthoníon anthronon*, hay que decir "los hombres que están sobre la tierra", o si sale *cheiras androphónous*, "las manos que han matado hombres". Y, claro, cuando a un epíteto ornamental se le hace esto, se le convierte en algo sumamente impertinente, de lo que nuestras traducciones de la *Ilíada* están llenas. ¿Cuál es el recurso, ya que en español no puedo contar con una tradición semejante? Inventarme la tradición, hacer como si estuviera, atreviéndome a decir cosas como las que habeis oído, como "las manos hombrisangrientas", y "los hombres sobreterreños". Son muy pocos los atrevimientos en este trozo. A lo largo de la *Ilíada* hay pasajes en que aparecen muchas más cosas: no puedo ni siquiera decir "las huecas naves" o "las curvas naves", porque eso parece que está diciendo algo de las naves, pero no es verdad: lo cierto es que se está citando a las naves por nombre y apellido, y por tanto tengo que crear palabras que no están en español, pero que me parece que ocupan una función análoga; muchas veces las naves están citadas como "las cuéncavas naves". Es una dificultad muy especial del lenguaje épico, pero que sin embargo también puede tener más trascendencia para otros tipos de traducción.

Los nombres propios están... Ya sabeis que el griego antiguo es una lengua flexiva; es decir, un nombre propio también está sujeto a declinación, por tanto es *Achilleús*, *Achillea*, *Achillei*, *Achilleos*. En mi traducción juego con los nombres propios dándoles múltiples versiones, de manera que una misma cosa sea unas veces *Agamenón*, otras veces *Agamémnon* y uno mismo sea *Aquiles* y *Aquileo* y *Oduseo*, *Odiseo* y *Ulises*, de forma que está en mi traducción cambiante. ¿Por qué lo hago así? (si es que me atrevo a publicarlo de esta manera por fin, ya que requiere bastante atrevimiento): pues para luchar contra la mala tradición académica. Hay una tradición de los nombres propios de los antiguos, que inmediatamente, con solo aparecer, suena como acartonada, a 'clásicos', en el peor sentido que os decía. Introducir un poco de revuelo hasta en los nombres propios me parecía fundamental.

Los nombres propios ocupan esa situación fuera del sistema y son ya todo ello cultura. Entonces, la *Ilíada*, Homero, todo el mundo antiguo, ha llegado hasta nosotros a través de una tradición literaria, antigua, medieval, renacentista y actual. Por tanto, sus nombres propios han tomado formas, más o menos fijas. Muchas veces, la pedantería de los hombres de estos siglos pasados y actuales ha llegado al extremo de que los han transcrito mal y se ha transmitido una mala transcripción. Por ejemplo, la gente está acostumbrada a decir *Proserpina* en lugar de *Prosérpina*; un pedante del siglo XVIII creyó que se decía *Proserpina* y con eso hemos cargado. O *Pegaso* en lugar de *Pégaso*, y *Helena* en vez de *Hélena*, o al revés, *íberos* en vez de *iberos*, *Arístides* por *Aristides*, *Andrónico* por *Andronico*, *Trasíbulo* por *Trasibulo*. Pero aun sin llegar a eso, lo cierto es que los nombres han adquirido una forma típicamente académica, escolar, clásica, que a mí me suena acartonada. En esta traducción (si la llego a sacar, tendré que explicarlo en el prólogo) me aprovecho de que el griego antiguo es una lengua flexiva y la nuestra no, y gracias a la flexión, el nombre propio en Homero es fluctuante. Me aprovecho de eso, y hago que los nombres aparezcan, primero, con formas que no son las académicas, de forma que se atreva uno a decir *los troes* en lugar de *los troyanos*, y que transcriba la *u* homérica con *u*, en lugar de con *i* (*Oduseo*, en lugar de *Odiseo*), o que utilice ocasionalmente una

deformación latina y diga *Aquiles* o *Ulises*, alternando con las otras. Tendré que sacar una lista de las fluctuaciones de los nombres propios de la *Iliada* que en mi versión van a aparecer. Pero este juego tiene una cierta justificación como un intento de romper el nombre acartonado; y cuando un oyente literato diga "¿Aquiles? ¡ah, ya sé quién es Aquiles!", "Pues no, no sabe usted quién es: ya ve cómo cambia de nombre con pequeñas variaciones. Estaba usted equivocado". Es una invitación a oírlo como por primera vez, a la renovación de los oídos.

En contraste con esto, aparte del ritmo, lo que he procurado es una fidelidad al movimiento sintáctico, que a veces puede llegar a ser un poco atrevida, pero que sin embargo cuento como verdadera fidelidad, en el sentido de hacer hablar a los muertos. No sé si alguna de las cosas que habeis oído puede pareceros sintácticamente rara, por ejemplo en la comparación con el pasmo del que ha matado un hombre y se va al extranjero (versos 480 y siguientes). Éste es el tipo de organización sintáctica que me parece reproducir la homérica con mucha exactitud.

Por supuesto, la forma más inmediata de hacer vivir a los muertos es aprendérselos de memoria, una y otra vez, incluso cuando se trate de lenguas que no se entienden o que no se entienden bien. Es una práctica en nuestro mundo muy inusual. Pero, como estamos bajo el reino de Babel y hay lenguas diferentes, pero al mismo tiempo como el pueblo confiamos en que todas son la misma por debajo, podemos llegar a prácticas como éstas: intentar hacer vivir y preparar para hacer aprender de memoria y recitar, saltando a otra lengua, confiando en que el ritmo, por supuesto, puede pasar de una a otra, y también mucho de la gramática. Y en lo superficial, vocabularios, como el caso especial de los compuestos y epítetos homéricos, y el de los nombres propios, presentan dificultades por su propia superficialidad, pero también permiten los juegos, y eso es lo que esta versión de la *Iliada* intenta.

[Lectura detenida de unos pocos versos de la versión, haciéndolos notar]

*Francesc Parcerisas decía que Robert Frost dice que la poesía es lo que se pierde al traducir un texto, y él contraponía esto diciendo que al contrario, la poesía es precisamente lo que se conserva al traducir un poema\*.*

Mi actitud está muy cercana de la primera y pienso que Francesc respondía a lo que nos domina, es decir, a la Literatura. A fuerza de oír a Rilke sonar en prosa en español, se ha llegado a pensar que, "claro, como Rilke es un poeta, aquello no sonará a nada, pero será poético lo que dice". Y así hemos llegado a tener una noción de lo poético reducida a lo meramente semántico. Todo el intento que os estoy mostrando es justamente una lucha contra esta situación, un darse cuenta de que, por debajo de la semántica, hay cosas mucho más profundas, subscientes y populares, y que en una poesía cabe, con grandes dificultades, hacerlas sonar. Pienso que lo que en una poesía, por ejemplo en el poema homérico, se dice, privado de la marcha de la regulación temporal, no es prácticamente nada. Satisface a la curiosidad del estudioso, del literato que se entera de lo que dice, pero hacer (no 'decir', no 'significar'), no está haciendo nada. Se supone que un poema lo primero que tiene que hacer es hacer, no contar cosas, sino hacer. Producir efectos muy determinados. En ese sentido va mi intento.

\* \* \*

El poema de Catulo. Estamos en una situación, dentro del mundo antiguo, muy distinta, en pleno mundo helenístico, un mundo ya plenamente literario, muy parecido por tanto al nuestro, en cuanto a la sumisión que he dicho. Ha habido, además, un trasvase de lengua: la lengua latina nos

ofrece el primer caso de traducción literaria, como puse de relieve en el ensayo "Apuntes para una historia de la traducción", y aquí estamos ya en una literatura traducida.

Catulo, por ejemplo aquí, ha tomado un esquema métrico que era de Safó, era de la canción viva de Safó de Lesbos. Es la estrofa sáfica. No tal como en nuestra horrible literatura se ha transmitido la estrofa sáfica, sino como era de verdad, que suena de esta manera:

Lectura	del	testo	latino	
CATVLLVS				
11				
Furi et Aureli, comites Catulli, siue in extremos penetrabit Indos, litus ut longe resonante Eoa Tunditur unda, siue in Hyrcanos Arabasue molles, seu Sagas, sagittiferosue Parthos, siue quae septemgeminus colorat Aequora Nilus, siue trans altas gradietur Alpes, Caesaris uisens monimenta magni, Gallicum Rhenum, horribilem usque in ulti- mosque Britannos, omnia haec, quaecumque feret uoluntas caelitem, temptare simul parati, pauca nuntiate meae puellae non bona dicta. cum suis uiuat ualeatque moechis, quos simul complexa tenet trecentos, nullum amans nere, sed identidem omnium ilia rumpens; nec meum respectet, ut ante, amorem, qui illius culpa cecidit uelut prati ultimi flos, praetereunte postquam tactus aratro est.	5	10	15	20

Con más o menos torpeza, esto es lo que aquí dice en una traducción [se da una traducción en prosa], lo que es bastante horrible, y hace falta bastante buena voluntad para decir: "¡ah, la poesía de Catulo!" Sin embargo, probablemente se le puede hacer sonar. En mi intento, por supuesto, se mantiene la estrofa sáfica, con la misma regulación: por tres veces un endecasílabo, enteramente inusual para el castellano, con marcas en 1, 3, 5, 8 y 10 y luego el remate con la prolongación de las 5 sílabas del adonio. Aquí no se trata de una métrica de pies, como en el verso homérico, sino de una métrica de estrofa de canción bien regulada. Me aprovecho de que en este arte la unidad es la estrofa, la pequeña estrofa y que los versos en realidad no tienen una separación notable. Me aprovecho, por ejemplo, para el atrevimiento de decir *i/réis*, repartiendo entre el primero y el segundo verso, tal como hace Catulo con la palabra *pra/ti* en el antepenúltimo, que tiene la sílaba *pra* y *ti*, elidido, en el siguiente. Esta es la técnica de la propia Safó, que, practicando esta estrofa en vivo, cantada al son del bárbito, no reconoce más unidad que la de la estrofilla y los versos son simplemente componentes suyos.

# Lectura de la versión rítmica

Furio, tú, y (tú) Aurelio, que con Catulo i-  
 réis, así se meta a los lueñes Indos,  
 donde bate en playa auroral la onda en largos estruendos,  
 o hasta los Hircanos o a Arabia muelle  
 o los Sages y saeteros Partos  
 o hasta los esteros que tiñe a siete bocas el Nilo,  
 o aun si, tramontando las altas Alpes,  
 pasa a ver las huellas del grande César  
 hasta el Galo Rin helador y los remotos Britanos,  
 eso y todo cuanto los cielos manden  
 prestos a tentar a la par conmigo,  
 un recado breve a mi niña y poco bueno llevadle:  
 que lo pase bien con sus jodedores,  
 que abrazando a ciento a la vez, ni a uno  
 quiere, pero el <sup>vientre</sup> saco de cuando en cuando a todos <sup>revienta</sup> estruja,  
 ni que <sup>de</sup> ya a mi amor, como <sup>cujde</sup> antes, mire,  
 que por culpa de ella cayó, como una  
 flor del prado al borde, de que al pasar la roza el arado.

Corresponden a las preguntas realizadas al ponente a lo largo de la conferencia

## Cuerpo y enfermedad

Algunos de vosotros acabarán estudiando Medicina o viniendo a colocarse, como enfermero, como farmacéutico, como investigador de laboratorio, como empleado de la Seguridad Social, en alguno de la miriada de puesto que la enorme industria de la Enfermedad establece y sostiene por el mundo. O, bueno, si no, por lo menos, caeréis en la trampa de la enfermar de algo o de creer que tenéis tal dolencia o tal otra de las que la Industria y su Ciencia tienen mejor o peor clasificadas, siempre dejando el camino abierto a la reclasificación y a la invención de nuevos males.

Así que no parece haber nada más invasor y general, nada que más nos toque a todos; hasta el punto de que bien puede decirse que "La Enfermedad es el Hombre. O, si no, no se sabe que es el Hombre".

Pues bueno, en cualquier situación o condición que ello os toque, lo que me importaba es que tratárais de tener presente esto: que nadie le eche la culpa al cuerpo. Porque eso es lo que os querrán hacer creer por todos los medios y los trucos: querrán haceros que sepáis que es 'el cuerpo' (eso que tiene su gloria y su gracia en que no se sabe, y es siempre mucho más allá de lo que se sabe), para de esa manera poder achacar a sus fallos, debilidades o deformaciones las enfermedades que a uno le ataquen o lo maten; de la misma manera que se procura saber el carácter u catadura moral del sospechoso, para que entonces pueda la Justicia declararlo reo, autor y culpable de cualquier asesinato, desgracia o miseria que haya caído entre la gente.

El otro día, por ejemplo, comentando y condoliéndose un amigo de un fallo de salud que yo mismo había cometido, me decía "Ah, ya ves: así que el cuerpo existía". Verdad y mentira según como se entienda: mentira, si ahí se implica que el fallo o pecado contra la salud que se había cometido procedía del cuerpo, y que era con esa faena con lo que manifestaba su presencia. Verdad, si ahí 'existir' quiere decir la maldición que he mencionado; que se sepa que eso da 'el cuerpo', que haya venido a ser una de las cosas existentes o reales; esa existencia es justamente su enfermedad, o sea, como se decía antes, si Alma, o se el Yo, constitutivamente enfermo. Lo que no se sabe, no puede hacer daño; lo que se sabe, sí.

Hay dos técnicas contra la enfermedad; una es la reina, que consiste en estudiar los mecanismos del cuerpo y comprobar, por experimento en poblaciones amplias, los efectos que sobre ellos producen unos cuantos factores externos, por ingestión de alimento, por formas de trabajo u otros ejercicios; de todas las cuales observaciones, dejando aparte y como base las condiciones genéticas que puedan igualmente ser determinantes, se deducen unas conclusiones estadísticas, con cálculo cada vez más fino o complejo, que se toman como saber, y a su vez, al llegar al diagnóstico, pronóstico y terapia, se aplican al caso del enfermo particular que haya caído, y sirven para establecer las causas, qué es lo que ha estropeado esos mecanismos, y los cuáles han de ser los remedios correspondientes que, en virtud asimismo de observaciones estadísticas, pueden lo más probablemente conseguir, en ese caso, anular o contrarrestar los factores nocivos que se han declarado causantes y culpables. Es la técnica dominante bajo el Régimen, y parece tener éxitos frecuentes, también estadísticamente computables.

La otra consiste en confiar en el cuerpo (en eso que llamamos cuerpo, creyendo saber qué es) y en sus recursos desconocidos y siempre misteriosos, y dejarle así que haga lo que pueda, que se defienda como él sepa de las tentaciones de la enfermedad; en fin, confiar, o sea no desconfiar, no intervenir tanto, no creer en que uno y la Ciencia saben más de ello que ello mismo; no creer, ya que creer es lo contrario de confiar.

Esas dos técnicas no son compatibles: cada vez que me da por preocuparme y cuidarme de los órganos y funciones de esto que llaman mi cuerpo, y que lo que está deseando es no ser mío, estoy con ello estorbando la despreocupación que sería lo saludable; cada vez que me dice alguno (y nunca lo he oído decir tanto) con la mejor intención y como muestra de interés y aun de cariño "Cuidate. Cuídate mucho", me dan ganas de responderles que me ponen triste, que lo que debían más bien hacer es ayudarme a descuidarme o a desearme al menos algo más de descuido, de olvido de mí mismo.

Era ya un poco sospechoso que los romanos, para despedida, en vez de usar un Optativo o frase de deseo, como la de "¡Salud!" que usamos muchos de nosotros, usaran el Imperativo "¡Vale!", como si a uno se le pudiera ordenar estar sano o tener salud; y eso es lo que viene a hacer más descaradamente el "¡Cuídate!", que, al entregar el pobre cuerpo a mi voluntad, es casi como si lo entregase a Dios (como en la despedida consagrada "¡Adiós!") o, vamos, a la Ciencia, que es lo mismo, en vez de animarme al descuido, al olvido y la confianza en lo que no sé; a lo cual siempre os falta animarlo a uno, que miedo ya tiene uno de por sí bastante.

Descuido, olvido, es la salud, ya que "enfermedad" no es otra cosa que conciencia del propio cuerpo. Ya otro día discutiremos, si vivimos y lo deseáis, de cómo lo dicho vale para los varios tipos de enfermedad, contagiosas o heredadas. Entre tanto, no olvidéis que la expulsión del paraíso y arranque de la historia desgraciada, la pérdida del olvido y la confianza, ha sido y es cada día la toma de conciencia y de posesión del cuerpo, que, en verdad, por debajo de la historia, ni siquiera sabe que se llame cuerpo ni que sea mío.

LAS NOCHEBUENAS SE VIENEN,  
LAS NOCHEBUENAS SE VAN;  
Y NOSOTROS NOS IREMOS,  
Y NO VOLVEREMOS MÁS

Parece que la gente tiene por costumbre aprovechar el final de un calendario para ponerse a meditar un momento sobre el Tiempo. El Calendario, a la verdad, está hecho para entretenimiento de los contribuyentes, para el trabajo y para la diversión complementaria. Las fiestas del solsticio y del fin del año son por eso especialmente importantes: que se diviertan, que se entretengan, que no se den cuenta de lo que pasa. Y sin embargo, no pueden evitar que, aunque se a por ráfaga o vislumbre, esas celebraciones de la Sociedad Constituida o del Capital en marcha dejen unos resquicios por los que acaso asoma a los ojos de algunos el descubrimiento de que se está viviendo sobre un engaño, sobre un industrioso entarimado montado sobre el abismo : el descubrimiento de que, por debajo de los negocios y las diversiones, allá abajo, la muerte es infinita.

*(Que no, que no)*

"Por otra parte, los inventos típicos de la Edad Moderna se inscriben bien en esta fase del proceso: así, la reproducción por imprenta, al escindir definitivamente en tres la noción de 'libro' ('una obra' / 'una edición' / 'un ejemplar'), ha de favorecer enormemente el proceso de ideación de las obras escritas (y por analogía, de las otras obras), que será justamente lo que vaya progresivamente dificultando el ejercicio tradicional de la lectura: cuando se conoce en abstracto un libro, en cierto

modo se lo ha leído uno, sin necesidad de andar leyéndolo; si se lee luego, será ya de modo secundario, por escrúpulo de conciencia de llenar el conocimiento previo."

"Saber lo que se sabe y no percibir cómo se va sabiendo será el lemacada vez más cierto de la cultura y la educación moderna." (p.49).

"Ello se ve en las materias mismas de enseñanza, donde la transmisión tradicional de técnicas, como la lectura misma, el cálculo, las artes, se ha venido reduciendo a una de dos cosas: las técnicas estimadas útiles para el sistema de producción dominante, como algunas formas de Matemáticas, se mantendrán encaminadas a esa servidumbre y no se permitirá resquicio para el cuestionamiento de sus propios principios: cuestionamiento al que un cálculo, libremente desarrollándose, llevaba por sí mismo; en cuanto a las otras técnicas, como la misma de la lectura y la escritura, se las remplazará por la Historia de las respectivas actividades, Hª de la Literatura en vez de ejercicio de lectura y escritura, Hª de la Filosofía en vez de ejercicio del pensamiento, y así con todo, unas veces bajo nombre declarado de Historia, otras sin él." (p. 56)

"Hasta cosas tan de técnica y práctica como podrían ser una Psicología o una Gramática, se verán remplazadas, cuanto más mejor, por una acumulación de noticias sobre las ideas, las posiciones y opiniones de las diversas escuelas psicológicas o lingüísticas contemporáneas (siendo 'contemporáneo' 'histórico' para esta fase."

"El preguntar qué es la cosa se ha divertido hacia la cuestión de cuáles son las ideas sobre la cosa, ideas que son las únicas cosas por las que al estudiante le será permitido preguntarse: pues lo otro ¿cualquiera sabe adónde podría conducirnos!"

"Accesorio es, pero ilustrativo, que esos Planes de Estudio vengan preferiblemente desde arriba, esto es, de la Autoridad, representada p. ej. por funcionarios ministeriales, que son por tanto los ejecutivos encargados de saber lo que tiene que saberse; no que ellos tengan que saberlo, por supuesto: a la Autoridad le basta con saber que lo que hay que saber es lo sabido; de lo sabido, hay índices, repertorios y modelos que dan cuenta; y lo que al Plan compete es proponer los títulos, de tal modo que la actividad de estudio se consagre a llenar y cumplimentar lo que los títulos indican." (pp.57-58).

*(Historia contra tradición. Tradición contra Historia.)*



## De la lengua, el pueblo y pedantes

Me da que se habla mucho estos últimos tiempos en los medios de información o formación de masas sobre cuestiones de lenguaje: he llegado incluso a coger al vuelo por las ondas o a mirar en la Prensa de reojo algunas opiniones de señores acerca del asunto; y tal es la ira y tedio que me entra de ver repetirse errores inveterados sobre las relaciones entre el lenguaje y la gente, sobre la corrección lingüística, sobre las normas de la lengua y las de las academias, tan estólicas y sangrientas pedanterías de los que tienen ideas sobre el lenguaje (y por tanto, si se descuidan, sobre el pueblo y los pueblos), que ello me mueve a sacar aquí, lo que puedo, un par de folios de un "Antipedante", que bien me gustaría que fuesen un tomo gordo, para darles con él en la cabeza a los doctos y letrados, más o menos ilustres o vulgares, que siguen por ahí dictaminando sobre el bien hablar y lo que está bien o mal dicho, y así de paso, en vez de intentar esclarecer las confusiones que ya necesariamente reinan entre la gente simple (nunca lo bastante simple para librarse de ellas) acerca de lo que sea esto del lenguaje, espesándolas y retorciéndolas con sus opiniones, tanto más cuanto más cargadas de autoridad caen de allá arriba, de donde el Poder y la Cultura.

Pues ello es que la lengua no es ningún hecho de cultura: está justamente por debajo de todos ellos, como instrumento de cualquiera, desde la construcción de un arado o de una casa hasta la demostración por vía matemática de la adecuación de un modelo físico y hasta la elaboración y promoción de un... (¡tema!: ¿no es así como lo llaman ahora ellos?) de un tema para murga de estadio y megafonía. Y por lo tanto, no le pasa a la lengua lo que a los hechos culturales, que son asequibles a la conciencia y a la voluntad, y por consiguiente manejables por individuos, por instituciones, por el Poder y la Banca, de cuyos manejos es la Cultura recurso y pieza fundamental.

No así el lenguaje, que no viene de arriba, sino de abajo, que no es consciente y voluntario, sino subconsciente (más aún: es preciso, para que el lenguaje funcione bien, que no haya conciencia de su aparato ni mecanismos), que es de ese plural indefinido al que malamente llamamos 'gente' o 'pueblo', o sea que no es de nadie (pues esa gente no es ningún número de almas, ni ningunas personas o persona), gracias a lo cual es para cualquiera, el solo don humano que se le da de veras gratuitamente a cualquiera que nace en el ámbito de una lengua, aparte del don de una previa gramática general que traiga él incorporada por herencia, no jurídica ciertamente, de sus innumerables antepasados.

Así que en la lengua no manda nadie, más que el pueblo, que no es nadie, y que para mandar en ella (en su repertorio de fonemas, en sus reglas de prosodia o de sintaxis) es preciso que, como una especie de senado subconsciente, no sepa lo que hace ni quiera hacerlo: al revés de los manejos políticos o culturales, a los que es inherente la pretensión al menos de que se sabe y se quiere hacer lo que se hace, como se ve también en el hecho de que se habla de ello, en los discursos de las Cámaras Altas y Bajas, en los artículos de críticos de Arte o entrevistas con artistas. Pero de la lengua no se habla (es ella la que habla de las otras cosas), si no es por pura equivocación y pedantería. No hay Poderes constituidos, no hay Individuos geniales, no hay Academias de la Lengua que puedan disponer ni cambiar nada en el cuerpo esencial del aparato de la lengua, ni inventar ni suprimir un solo fonema, ni mudar una regla de acentuación de las palabras, ni dictar una ley de construcción de sintagmas determinativos ni modificar por decreto la función de los mostrativos o de los cuantificadores que haya en el sistema de una lengua.

Y sin embargo, es error inherente a las almas de los cultos y poderosos el desconocer esa evidencia y el creer que sí que se le pueden, desde arriba, dictar normas a la lengua, creencia en la que arrastran de ordinario al vulgo semiculto, que para eso tiene la costumbre de prestar fe a las

Autoridades. Es a esa intervención inoportuna de la conciencia y voluntad en los mecanismos de la lengua a lo que aquí denomino con el término técnico y preciso de 'pedantería'.

Ven ellos que pueden con cierto éxito (y cuán desastrosamente a menudo, por la ignorancia que a los cultos les acarrea sus saberes) reglamentar sobre la ortografía, sobre la escritura, que ésa sí que es un hecho cultural (en la escritura se pone con fundamento el comienzo de la Historia), que pueden hasta dictar normas de puntuación (y aquí el desastre es más notorio todavía y más revelador de la ignorancia culta), y que pueden, a través de la escritura, ejercer algún influjo, en las zonas más superficiales de la lengua, sobre las capas semicultas de las poblaciones (periodistas, literatos, funcionarios), llegando a veces a imponerse al público en general, por ejemplo introduciendo algunas palabrejas en el flujo del vocabulario (resurrección de "azafata", con éxito; fabricación de "explosionar", con algún adepto, vive Dios, entre las almas en que puede más la autoridad que la repugnancia de los abortos) o tachando otras de barbarismos ("basket-ball", con éxito a costa del engendro sustitutivo de "baloncesto"; "foot-ball", sin éxito), y algunas otras menudencias por el estilo; y ya con eso, con tales intromisiones a través de la escritura, se creen y hacen creer que están guardando el tesoro y manejando el aparato de la lengua.

Apenas sí en nuestros días los gramáticos más penetrantes, más inocentes (pues el mandato del buen gramático no es otro que el de Jesucristo: "hacerse como niños") van descubriendo fielmente algo de los tinglados maravillosos, la complejidad y precisión de los elementos de una lengua (y de la lengua), de sus funciones y normas, y laboriosamente lógicos tan ingeniosos como Montague y sus seguidores tratando de dar razón fragmentariamente, por medio de artilugios matemáticos, de algo de lo que son los mecanismos de una lengua, del lenguaje corriente y popular, fuente inagotable de técnica y sabiduría para quien supiera oírlo: como para que, en éstas, pretendan dictaminar sobre ello señores que además son generalmente muy malos gramáticos. Pero así ha sido la cosa siempre: cuanto más ignorante la Gramática, más normativa que se vuelve.

[...] Por ejemplo, no les gusta ahora que la gente haya cogido mucha costumbre de poner un "como" modificando predicados, cuantificadores, cualificadores y hasta nombres ("Está como parado", "Son como ocho", "Son como muchísimos", "Había una tela como verde", "Apareció un como capitán"). ¿Qué es lo que les molesta? Ese uso tiene su función: no es lo mismo "Es tonto" que "Es como tonto". Llenas están las lenguas de índices imprecisadores de palabras, las cuales a menudo se sienten demasiado definitivas y precisas: el ático antiguo, sobre todo en el uso coloquial que leemos estilizado en los diálogos de Platón, a cada paso emplea con tal fin un enjambre de partículas y giros; hasta nuestra lengua culta acude a otros del tipo "por así decir", que vienen a lo mismo; y las sufijaciones que torpemente llamamos de Diminutivo o de Aumentativo tienen esa misma función general ("Es tontito" semejante a "Es como tonto") de imprecisadores o desfiguradores de palabras. Entonces, ¿qué?

Les molesta también que en nuestros días la gente se haya puesto a emplear "de que" en lugar de "que" para subordinadas completivas (una tendencia que era antaño pueblerina y ahora parece que quiere hacerse urbana). Y bien, ¿qué pasa con eso, tíos? De momento, la doble forma de conectiva mantiene diferencias de sentido: no es igual "Me contó que" que "Me contó de que", ni siquiera "Le pidió al jefe que" que "Le anda pidiendo al jefe de que". Pero, aun supuesto que el "de que" se generalizase hasta el punto de que reemplazara simplemente al "que", ¿qué habría sucedido?: cuántas veces en la evolución de nuestras lenguas no se habrán renovado conectivas por acumulación de dos o más partículas. La lengua, como no acaba de encontrarse del todo contenta consigo misma, sigue cambiando todavía (aunque es cierto que, desde que hay un español oficial, unos cinco siglos, hasta la lengua coloquial muda mucho más lentamente) y cambiando según sus leyes, que no controla nadie, y así se ríe de lo que a los pedantes les guste o no.

La lengua popular y viva no puede nunca cometer faltas, por la razón perogrullesca de que es ella la que establece, allá en lo subconsciente, sus propias leyes.

Pero, en cambio, voy ahora a decirles lo que puede, con otro sentido y más propiamente, llamarse error o vicio de lenguaje: a saber, el que proviene, no del senado subconsciente de los hablantes, sino de la obediencia y temor del vulgo semiculto a las normas de bien hablar de las Autoridades (igualmente semicultas siempre) [...]

Así, a consecuencia de ese mismo asunto del "de que" que sacábamos ahora: se habrán fijado algunos de ustedes, en la cintita de avisos del TALGO, que en uno se dice "Deseamos informarles que este tren dispone...", en otro "Les informamos que media hora antes de la llegada..." y en otro, consecuentemente, "Les informaremos oportunamente la llegada...". Pero ¿de cuándo acá se dice en español "Les informamos que" ni les "Les informamos la movida"? Ya ustedes ven el intrínquilis de la cosa: como el semiculto que prepara los textos de la cintita está atemorizado con el "de que" tachado de vulgar y de incorrecto por los pedantes, se pasa un poco en la obediencia, y ahí tienen ese botón de muestra como resultado.

[...] Sólo a cosas tales merece tal vez la pena llamar errores o vicios de lenguaje: surgidos siempre de arriba y del temor a lo de arriba, de la impertinente intervención de la conciencia y la voluntad en el lenguaje, a lo que técnicamente denominamos pedantería; o por lo menos, a tales como éstos es a los que puede sentir deseos de llamarlos vicios y condenarlos el gramático que se ha asomado en relativa inocencia al tinglado de una lengua, y que desde entonces no puede menos de padecer un hondo enamoramiento del pueblo desconocido que en la lengua late; y sentir, por ende, un ferviente odio de los torpes señores de la Cultura, reconociendo que en la imposición del Dominio (Capital, Estado, Religión, Ideales, Masculinidad) es tan imprescindible la pedantería como las armas, más aún, que sin ella no funcionan fusiles ni misiles. La sangre, con letra sale; y el Capitoste lleva siempre un pedante a su lado; o dentro.

Pero en cambio, por la razón tautológica que antes enunciaba, la lengua, el pueblo, nunca se equivoca contra leyes que sólo ella misma dicta: se equivocan los individuos, que ocasionalmente tartamudean, o caen en anacolutos (o sea que se lían con una frase complicada hasta perder el hilo), y que también, lo que es más grave, intervienen a voluntad y a mala conciencia, por miedo de la escuela y la autoridad, en los mecanismos de su lengua. Pero los individuos no son el pueblo.

Y ahí está justamente lo malo para ese amor del gramático por el pueblo: que el pueblo no es nadie, que es incontable, indefinible, y para ser libre (al menos en su lenguaje), ha de cumplir la condición de no saber él mismo quién es ni qué hace. Puede que el lector no acabe de entender el tipo de política que late en todo esto; pero puede quedarse pensando un rato.

# Contra la paz

(Charla ofrecida en la Universidad de Barcelona el pasado 8 de marzo de 1991)

Hablaremos contra la paz. Por supuesto esto quiere decir que cuento en vosotros o por debajo de vosotros con una instancia que no está conforme con esto que se nos vende como paz. Si hubiera querido ser menos escandaloso el título, en lugar de "Contra la paz" hubiera dicho: "Contra esta paz", pero no había porqué andarse con tiquismiquis, porque, después de todo, la actualidad es la única forma de la eternidad que conocemos y esta paz es simplemente "La paz", la única que tenemos y la única con la que podemos contar.

De forma que vamos a hablar contra la paz en ese sentido preciso. Cuando vuestros compañeros me llamaron por primera vez, estaba todavía ocupando a los medios de información, a los medios de formación de masas, como se llaman con su nombre propio, aunque no sea el que ellos empleen, la cuestión aquella del Golfo Pérsico y todo eso a lo que han pretendido llamar guerra durante mucho tiempo. A estas alturas el curso mismo de los acontecimientos ya os ha mostrado la condición de farsa, la condición de falsedad que tenía ese montaje y cómo no era, de verdad, ninguna guerra, cómo era un invento y una chapuza sangrienta, cuya finalidad principal era tener entretenida a la gente. Tenerla entretenida y hacerle creer por ese falso contraste que, efectivamente, esto que tenemos aquí en el mundo desarrollado es una paz que se nos hace preciosa ahora, puesto que ha estado amenazada, según ellos, por la guerra. Como hay una guerra que amenaza siempre en el futuro, pues entonces esta paz tiene que hacerse preciosa. A ver cómo iban a hacerla tragar si no fuera por el desarrollo de esos contrastes, si no fuera manteniendo la idea de guerra de una manera constante. No es la primera vez que habéis sufrido este montaje, esta falsificación. Desde pequeños, a través principalmente de la televisión, pero también a través de los canales de la educación más seria, se os ha estado recordando por la reposición especialmente televisiva de grandes cantidades de películes de alemanes nazis y de japoneses de la última guerra; se os ha estado recordando esta guerra, haciéndoos que la viviérais, en cierto sentido, por lo menos en la pequeña pantalla y esto no era una casualidad; que vuestras cabezas estén llenas de aviones nipones o aviones alemanes danzando por el cielo y ensombreciendo este cielo de los aliados, no era ninguna casualidad, tenía su fundamento. De otra manera se ha estado metiendo la idea de guerra, atizando guerritas en las márgenes del mundo desarrollado, en esos sitios que ellos desde arriba dicen que están en vías de desarrollo declarando que tienen una convicción, una idea que es, en definitiva, una fatalidad: no hay más camino que este, que todos ellos están condenados a lo mismo.

## APRENDER A ATACAR EN ABSTRACTO

Solamente este mundo desarrollado es el que me importa, puesto que dicen que todos los demás son transiciones hacia este, están condenados a venir a este mundo. Sería inútil que esta charla la estuviera haciendo entre gente marginada, claramente oprimida, entre inmigrantes, entre gentes de esos países, porque ellos mucho más que vosotros, tendrían que estar presos de ese ideal que les han metido. Cualquier cosa que llamaran revolución estaría condenada a ser un medio para advenir a la gloriosa democracia de la que vosotros disfrutáis íntegramente, a la democracia y a la tecnología de este mundo. Sería inútil si tuviera que hablar como tengo que hablar algunas veces entre gente así, pues hablaría de otra manera; pero hablando con vosotros, que pertenecéis como yo a este mundo del desarrollo, puedo tranquilamente tratar contra la paz y contar que por debajo, como os decía, hay en vosotros una protesta sorda contra lo que todo esto tiene de imposición y de engaño sangriento. Por eso os invito a que con esa voz que viene de abajo, estéis hablando y diciendo también las dificultades

que encontráis para formular con precisión ese descontento, esa protesta. Lo primero, como habéis visto, ha sido quitaros la idea de que ésta con que se os ha estado amenazando y entreteniéndolo durante meses, era una verdadera guerra. Todo esto, lo mismo que los pelucos televisivos de la última guerra y lo mismo que las guerritas marginales, eran procedimientos para mantener en vosotros viva la idea de guerra. Este a su vez era el único procedimiento para haceros tragar esto como una paz. De esa manera, no podéis percibir directamente los horrores del mundo desarrollado en que estáis metidos, del que sois parte, que os constituye. Eso es pues lo primero: no hay, no ha habido ni guerra ni amenaza de guerra. No puede haberla. Hace mucho tiempo ya que el mundo desarrollado ha dejado de saber cómo se hace eso siquiera. La última ya lo hicieron muy mal, muy chapucosamente.

Recordáis por la historia cuando los EEUU intervinieron en las cosas de Corea y del Vietnam. Pero esta última ocasión ha sido como la flor, como la flor de todo el proceso. A los informantes les costaba cada día de trabajo sacar de cualquier cadáver de un desgraciado que cayera por allá, de cualquier frase imbécil que dijera un imbécil en el poder, algo como un titular que sirviera de noticia y que siguiera día tras día alimentando la noción de que estaba pasando algo. A esa miseria me refiero y a que la información de la guerra no es más que el espejo de la miseria general que tenéis que reconocer por debajo de la aparente abundancia o más bien despilfarro que caracteriza a este mundo desarrollado. No os engaños, ni creáis por un momento que yo estoy aquí exaltando la guerra, tal vez por el hecho de que tenga como libro de cabecera La Ilíada y que todos los días me la estoy viendo con la de Troya.

Guerra es una palabra gorda, es una palabra grande que aboca necesariamente a algo grandioso y ahí está la raíz del engaño: muchos de vosotros han clamado, incluso han salido con pancartas estos meses pasados diciendo "NO A LA GUERRA". Por supuesto, en el "NO", no os equivocáis. "NO", es la voz misma de la "razón popular", la voz de la protesta; pero en la otra parte de la pancarta sí os equivocabais al decir "NO A LA GUERRA". Se estaba ratificando la falsedad que os vendían desde arriba, la condición de guerra que os estaban vendiendo; esa equivocación no la cura ningún "NO". Cuando al decir "NO" se emplea como nombre aplicado a la negación, un nombre que de por sí es falso, a pesar de la negación, se está contribuyendo a mantener la falsedad, que es la forma misma del dominio. Es lo mismo que cuando os pasan por delante de los ojos las caras y los nombres de los personajes insignificantes de los que se creen ellos, y que os quieren hacer creer a vosotros que están rigiendo los hilos de la Historia. Todas esas caras de los personajes y esos nombres no son más que un elemento de distracción. Cuando los insultáis y decís: "cabrón fulano". Al decir "cabrón" la cosa va muy bien, pero al decir "fulano" ya no va tan bien, porque con el solo hecho de decir "fulano" estáis a su vez aumentando la importancia del personaje, que era una mera máscara insignificante del poder.

No hay personajes que rijan los hilos de la Historia. En la pirámide de los ejecutivos a que la administración está condenada, cuanto más arriba se sube, más imbécil tiene que ser el ejecutivo correspondiente. Cuando se llega al nivel de los presidentes de EEUU y así, no os quiero decir, hemos llegado a la flor de la culminación.

De forma que hay que aprender, aunque sea un poco más duro, a atacar en abstracto; precisamente lo más apasionado que pueda haber, lo que más despierte el hervor de vuestra sangre, tiene que dirigirse contra las cosas más abstractas. El poder es abstracto, el poder es ideal, el poder es la banca, el estado, el capital. Ese es el poder del mundo desarrollado y las caras bajo las que se presentan no tienen nada que hacer, son perfectamente intercambiables, da igual una que otra, y el intercambio de esas caras no sirve más que para engañarnos, para desviar la atención.

Fijáos bien que cuando esta chapuza pasada querían hacerla pasar como una guerra, hasta el pobre jeque ese que sirvió de pretexto colaborador con el mundo desarrollado para mantener el

engaño, lo querían exaltar a niveles de Hitler, a niveles míticos. Eso os debe resultar también significativo. Todo estaba dirigido en el mismo sentido, en el sentido de atribuir a esa chapuza una grandeza que no tenía, porque lo importante era que creyérais que estaba pasando algo importante. ¿Para qué? Para que no os diérais cuenta que mientras tanto en vuestras vidas cotidianas está pasando de verdad algo importante, está pasando esta paz, esta falsa paz que se mantiene con falsas guerras y contra la que estamos hablando aquí.

## LAS NACIONES, UN VIEJO INSTRUMENTO

Quién os habla de las caras y de los nombres de los personajes, pues, os habla también de las naciones mismas. Hace mucho tiempo que en el mundo desarrollado, los estados, las naciones, han pasado también de moda, igual que la guerra. Ya no es EEUU. Quien se pone antiyanqui, incluso en estas ocasiones, se equivoca: eso podía servir para los días siguientes de terminar la última guerra, cuando estaba en plena vigencia aquella falsa dualidad de la que os han alimentado, con la que os habéis destetado: de que había dos modos de dominación. Digamos el Estado - Capital y el Capital - Estado. Todavía eso podía tener algún sentido cuando estas supernaciones, los EEUU por su lado y la URSS por el otro, representaban esas dos formas de dominio. Desde la rendición de Rusia y demás, el modelo es único.

Ese engaño se ha terminado ya. No hay el menor pretexto para seguir creyendo tales cosas. Ya no hay tampoco EEUU. Este mundo desarrollado del que hablamos, y este que os ha estado engañando durante estos días no era EEUU, era el mundo desarrollado. Y el mundo desarrollado quiere, con absoluta indiferencia, decir: EEUU, Japón, Alemania, Francia y también Italia y España. Es la única forma dominante del Estado y del Capital que, por otra parte vienen a ser la misma cosa en este progreso. De manera que también los nombres de los Estados son un engaño. Fijáos bien que si me lanzo a lo más alto y os hablo de la mentira de los EEUU, qué tendré que deciros después a la mentira de España y a la mentira de Irak y a la mentira de Kuwait y cada vez más abajo. Por supuesto que sitios como los estatúculos africanos formados recientemente de manera geométrica, han sido mucho más costosos en vidas que en esta última farsa. Cuando nos acordamos de estos sitios creados desde arriba, por trazado geométrico, la mentira de los estados estalla de la manera más flagrante, pero los otros, los trazados desde más antiguo, no se escapan a la ley. Tampoco hay España. Hace mucho tiempo que no hay España. Es una mentira. No hay España ni hay Alemania ni hay EEUU. Hay este mundo desarrollado que es uniforme, que es único y que, nos pongamos donde nos pongamos, da lo mismo. Os acordáis de aquellos tiempos donde se pretendía que "España es diferente". Fue un eslogan que sacó el antiguo Ministerio de Información y Turismo, y lo sacó justamente a finales de los años cincuenta, osea, en un momento en que empezaba a ser mentira descaradamente. Ya bajo la dictadura, ya desde entonces, había empezado a desaparecer España.

De manera que imaginaos cuando la prensa os entretiene echando las cuentas de la participación en la pasada farsa de este país llamado España. ¿Ha sido grande o pequeña? Y si se le ha pagado bien o mal por esta participación. Imagináos la ridiculez con la que os están entreteniendo. Esto es una parte del mundo desarrollado y su contribución. La que corresponde a cada parte, ni más, ni menos, está regulada en una contabilidad en la que las divisiones nacionales nada tienen que hacer, como no sea para estos fines de dar algunos figurones la pretensión de que están haciendo algo.

Esta era la primera presentación. Voy a añadir otra segunda en la que se inicie la descripción más detallada de los horrores de esta paz, contra la que hablamos para que enseguida empecéis vosotros a hablar conmigo. Cuesta trabajo dejar hablar a eso que cuento que hay debajo de vosotros a lo que ahora aludo como corazón y por debajo de vuestras ideas. Ideas que son las de vuestros libros y

las de vuestros televisores. Cuesta trabajo dejar que eso que anda por debajo hable, pero nada más urgente que intentar dejarle que hable. Es la forma de acción primera que se os ofrece.

Los horrores de este mundo consisten en otra cosa que la guerra. La guerra ya no es el procedimiento que corresponde a estas frases de desarrollo. El procedimiento "guerra" correspondía a los tiempos de Napoleón, en último término a los de Hitler, es decir, la noción de nación y estado nacional tenía otro sentido. Cuando intentan algo parecido hacen chapuzas y no es porque se hayan vuelto inocentes como corderos. Ni por un momento con el desarrollo Estado y Capital, la nueva forma de Dios, la única verdadera puesto que es la actual, ni por un momento, han dejado de estar contra la gente, contra el pueblo. Su función es siempre la misma para toda la eternidad. Es la función de administrar la muerte. Unas veces la muerte se administra en forma de guerra: por medio de conscripción militar obligatoria, o por la formación de milicias mercenarias, es decir, por el acaparamiento en el momento del comienzo de la juventud de parte importante de la población que ya no va a servir para nada. Una vez hecho el servicio militar, con el cual cada uno se ha hecho un hombre como todos sabéis. El servicio militar está para eso.

Unas veces se hace por esos procedimientos, pero por supuesto no son los únicos. Todos reconocéis hoy que ha pasado de moda. ¡Hombre, no es que yo quiera decir que me parece muy mal que los insumisos sigan haciendo manifestaciones diciendo que son insumisos! Atacar al poder siempre está bien, sea como sea. Es una lástima que lo hagan a veces inoportunamente, por ejemplo, con motivo de esta farsa pasada. En todo caso el ministerio del ejército en el mundo desarrollado tiene una importancia escasa, secundaria, relativa; hay otros ministerios que tienen una importancia primaria, que son los que rigen y los que están destinados a la administración de muerte. El ministerio de cultura es uno de los más importantes y no olvidéis que es donde el Estado y el Capital invierten eso que ellos llaman dinero, y que os quieren hacer creer que es lo mismo que vosotros tenéis en el bolso para pagaros un café. No hay ningún gasto en el mundo desarrollado comparable con el gasto de la educación y la cultura, no hay nada que de lejos se le acerque. De forma que eso os da una idea que las cosas han cambiado un poco de sitio y que, mucho más directamente que los cuarteles, estáis padeciendo aquí mismo esta paz contra la que hablo.

Fijáos bien que los cuarteles abandonados se convierten en instituciones culturales. Fijáos como ya, desde antes, las iglesias de la decadente forma de religión ya pasada, catolicismo y demás, se convierten, abandonados en gran parte, en instituciones culturales. Todo esto os tiene que ser revelador. No es que la iglesia haya dejado de ser tan terrible, ni el ejército tan terrible. ¡No, no! Es simplemente que la iglesia y el ejército están donde estaban, es decir, en esos sitios, en esas iglesias y en esos cuarteles rehabilitados para las nuevas funciones de la verdadera religión desarrollada y el ejército en su forma desarrollada. Administrar la muerte quiere decir no inventarla, porque no voy a decir que ellos se han inventado la muerte. Eso sería atribuirles una grandeza que no les corresponde, eso es otra cuestión que hoy tengo que dejar de lado, aunque bien me gustaría sacarla.

### UNA NUEVA MILICIA: LA IDEA DE FUTURO

Demos la vuelta. No se trata de inventarla, sino de administrarla. Y administrar la muerte quiere decir cambiar cualesquiera posibilidades de vida, de disfrute, de inteligencia. El truco es sencillo. Resulta muy melodramático llamar a la muerte, muerte. En cambio, sea lo que sea llamarla "futuro". No se pierde nada con el cambio, sea lo que sea eso de la muerte. De lo que estáis todos convencidos, como yo, es que no hay más muerte que la futura. Sí, nuestros parientes se mueren y esos desgraciados militronchos yanquis, como las amas de casa de Bagdad, han muerto, pero son muertes de mentira, son muertes de fuera. La única, la verdadera es la mía, ésa es necesariamente futura, no hay otra, no hay más muerte que la futura. La muerte es necesariamente una condición ideal

futura y entonces este axioma se vuelve del revés sin ninguna falsificación. Todo aquello que se llama futuro es "muerte". "Futuro" no escandaliza a nadie y "muerte" sí. Imaginaos la que os están haciendo cuando a vosotros, la gente de veintipocos años, os dicen que tenéis mucho futuro. Una vez que habéis entendido lo que quiere decir la palabra, supongo que el truco os parece bastante claro. Tenéis mucho futuro, en efecto, tenéis tanta cantidad de futuro que no hay tiempo para vivir. Ésta es la descripción más o menos, de la administración de muerte. No hay tiempo para vivir, porque ese tiempo en el que a lo mejor podría suceder tal cosa, como "vivir", está íntegramente ocupado en la preparación del "futuro". Íntegramente ocupado en la preparación del futuro de todas las maneras que vosotros ya sabéis, desde las más triviales, desde el momento que os hacen estar pendientes de un examen fin de curso, desde ese momento, pues, ya véis cómo la administración de muerte se realiza. No tiene ninguna importancia que os examinéis, da igual, y esto lo comprobáis a cada paso. Al aparato le importa un bledo. Si hay algún profesor que está interesado en las cosas que trata es una excepción. Lo que importa es que tengáis un programa, un proyecto, un plan de fecha fija. Os quieren hacer creer que os estáis preparando para adquirir una formación que os permita debidamente integraros en este orden. Pendientes de un futuro y, efectivamente pues, llega el final de carrera, llega la oposición y lo que sea o el manejo por el que os colocáis; otros quedáis sin colocar, pero no importa porque también el paro está dentro del trabajo, es una parte de la institución, de forma que el parado sigue aspirando a colocarse y no se le ocurre disfrutar de su condición de descolocado ni por asomo. De forma que todos están preparados con eso. Luego están otros futuros: parece que tenéis que casaros, nadie, ni Dios sabe porqué, pero está ahí, está en el futuro, es una condición, llega un momento en que hay que casarse y da igual que no creáis en esto y en lo otro y os parezca que eso del matrimonio es una ceremonia, da igual, no importa. Lo importante es que es una cosa más que hay que hacer y que está en el futuro, y que después hay que preocuparse de unos niños y después pensar en los posibles cambios de residencia y colocación que entretienen mucho, y después en los planes de jubilación que la banca os proporciona para que os aseguréis la última parte del camino tranquila y podáis disfrutar así con futuros sucesivos que ocultan el mismo tiempo, que revelan la verdadera condición del futuro: esa muerte verdadera de la que estoy hablando.

El mundo desarrollado aspira a que las poblaciones no sean más que masas de individuos, cada uno íntegramente reaccionario, es decir, conforme con el estado y el capital que lo rige. Se confía por lo menos por la parte de arriba que cada uno sea necesariamente reaccionario, es decir temeroso de su futuro, preparador de su futuro. Se confía, por desgracia, con buen fundamento en que al menos la parte superior de cada uno, la visible, tenga esa condición. Gracias a esto confían que las votaciones de la mayoría sean siempre reaccionarias y conformes. Lo practican una y otra vez; están seguros de que el procedimiento va a darles lo que esperaban. Y así funciona la cosa, así forman estas "masas", cuando no es a través de las instituciones de educación directamente, es por los otros medios culturales, la televisión a la cabeza. Así se consigue que nunca pase nada para que siga esta paz. Esta paz que consiste en la inmovilidad, la inmovilidad recubierta de movimiento acelerado. Se mueven pero están quietos. Es como la flecha de Zenón: justamente consigue no poder arrancar nunca, gracias a estar moviéndose constantemente y tropezándose con la imposibilidad del movimiento. Ésta es la condición metafísica; esta conversión de la vida en historia implica al mismo tiempo la conversión de la gente en puras "masas" de individuos. No puedo explicaros mucho cómo lo uno implica lo otro; arreglarlos para ligar las dos cosas, pero no creo que sea difícil descubrirlo, lo uno va con lo otro y un individuo quiere decir alguien entregado enteramente a su futuro, perfectamente constituido por su muerte. Eso quiere decir mucho: se le enseñan falsificaciones individuales que corresponden al poder. Se le enseña a creer que aquello que es una aspiración a futuro, es un deseo. Que aquello que es un llenamiento del tiempo vacío es un placer. Que esa historia que le hacen pasar es una vida. Por desgracia el engaño es eficaz en el nivel individual. Raro es el que es capaz de dar voz y decir: "Yo distingo entre matar el tiempo y divertirme y pasármelo bien de verdad. Yo no estoy dispuesto a decir



que me lo he pasado bien tirándome tres horas delante de la pequeña pantalla, ni que me lo he pasado bien aguantando en la discoteca hasta las cuatro o las cinco de la mañana en esa competición de ver quién aguanta más bebiendo coca con ginebra. No puedo, no me consiento una vez más decir que me lo he pasado bien. He estado matando el tiempo, he estado eliminando una noche con trabajo penosamente. He estado sufriendo delante de la pequeña pantalla también. Me he estado aburriendo con esta condición, me he estado aburriendo sin darme cuenta que me aburría. La forma de aburrimiento más trágica y terrible. Aburrirse sin darse cuenta." Es raro que alguien pueda desde abajo lanzar esta distinción y decir "yo todavía sé, creo que sé, siento por lo menos qué es eso de vivir y sé que esto no lo es." Es raro, y de vez en cuando, y gracias a que no estamos bien constituidos del todo, cada uno como individuo, algo de esto brota, algo de esto se siente.

Es a esa mala constitución de cada uno de vosotros a la que estoy apelando aquí. No sé si os habéis dado cuenta. Sólo a vuestra mala constitución. Si yo pensara que estáis perfectamente constituidos, como cada vez están mejor constituidos los ejecutivos, según se trepa por la pirámide, si yo pensara en eso ni siquiera me hubiera molestado a venir aquí a hablar con vosotros. Confío en vuestra relativa mala constitución, no estáis todavía convencidos de este truco, no estáis convencidos de que "placer" sea eso, no estáis, por lo tanto, convencidos de que a esta paz merezca la pena llamarla "paz". Estáis dispuestos a percibir, tal vez de una manera que alguien llamaría intuitiva, pero dispuestos por tanto a formularlo después y razonarlo que ésta es la "guerra". Que esto que estoy describiendo es la "guerra".

## LA MUERTE NECESITA DEL DESPILFARRO

Aparte del futuro de cada uno os quiero hablar del futuro de la Humanidad. Os hacen creer que la Humanidad va a algún sitio donde las cosas cada vez van a marchar mejor. Sólo con haber vivido veinte años ya se ve que no, que no es verdad. Ya se ve que las cosas, por el contrario, marchan peor, ya se ve que los artilugios que se suponía servían para facilitar la vida, no hacen más que estorbarla. Desde pequeños hasta ahora habéis percibido aquí, en Barcelona mismo, que cada vez sucede que estamos más en obras, "perdonen las molestias". Obras para el mañana, "Barcelona 92", "Barcelona 2035", qué importa. Pero la Barcelona de hoy es una Barcelona en obras. "Y para su bien, le estamos arreglando el restaurante para que disfrute usted de un mejor servicio mañana." De momento me están llenando el restaurante de cal y de cemento por los resquicios de las mesas; ésta es la situación real, la que palpo. Esto es progresivo y obedece a una ley económica. La necesidad de fabricar inutilidades es esencial a la forma desarrollada de Estado y Capital, es uno de los procedimientos esenciales de esa guerra a la que llaman paz. Es con la descripción de esto con lo que voy a terminar y mostrar cómo está ligado con el perpetuo y progresivo estropicio de la vida.

Tienen que producir inutilidades. El Capital en su forma avanzada no tiene otra ley que la del despilfarro. A vosotros os lo ocultan, os quieren hacer creer que el dinero en las altas esferas se mueve para tal y cual cosa, se mueve y, ya véis, que da lo mismo para preparar la "Expo del 92" que para resolver la crisis del Golfo Pérsico. Es absurdo, lo importante es gastarlo. La única condición del despilfarro que es el movimiento del Capital, primero y por supuesto, que no se trate de un dinero como éste que os dejan a vosotros, un dinero de unos pocos miles de pesetas con el que se compra un café y lo más paga uno el alquiler del piso. El que vale es el dinero serio, dinero que está por encima de los miles de millones de dólares. Si no está en ese nivel no sirve, es la primera condición. Tiene que ser un dinero así y ese dinero no tiene relación con ése que os dejan a vosotros. ¡No! Tiene una relación muy indirecta ése que os dejan sino para el engaño, para el entretenimiento de la vida, para aspirar a ganar más, diez mil pesetas más el año que viene y así, para crearle futuritos a uno.

Las leyes del dinero verdadero, el de los miles de millones de dólares son otra cosa. Y ahí la única ley es ésta, el Capital tiene que moverse y esto quiere decir necesariamente despilfarro. La única condición es que sea de verdad "un despilfarro", es decir que la cosa que sirve de pretexto para el movimiento del Capital a la gente no le sirva para nada, que sea perfectamente inútil. Si hay algún peligro de que la cosa sirva para algo, entonces el Capital se echa para atrás, empieza a no gustarle. El Capital se lanza furioso a la promoción entusiasta, a la promoción de cualquier cosa que se le proponga con tal de que cumpla esta condición: que sea inútil. Por tanto si al Capital le proponen que en la Ciudad Universitaria de Madrid se vuelvan a restaurar las vías de los tranvías para resolver de una vez el atasco, del que casi no podéis haceros idea, ahora, al que hemos llegado allí. Una vez que ha tenido que venderle automóviles a los estudiantes, a los bedeles y a los hijos de maría santísima que van ha hacer allí algún cursillo de Informática catequística, cuando se produce algo de todo esto, el Capital se echa para atrás: "¿Voy a moverme yo para poner vías de tranvía y resolver esto? A ver quién le vende después automóviles a los chicos; cómo se le siguen vendiendo autos si se resuelve el problema de la circulación. Para atrás, inútil intentarlo, hay un riesgo de utilidad." En cambio les dicen: Vamos a montar una torre de 92 metros para conmemorar el 92; creen que el metro es el metro, creen que saben lo que mide un metro. Nadie sabe lo que mide un metro, pero ellos creen que sí que saben lo que mide un metro y que por tanto 92, son 92.

Una torre de 92 metros es una conmemoración del año 92, los números son los números. Vamos a montar una torre de 92 metros, ahí a la entrada de la Moncloa para que, entre otras cosas, se vigile el tráfico y se controlen los atascos de la Ciudad Universitaria desde el piso 28, de paso lo llenaremos con otras oficinas, oficinas de producción de nada se entiende, porque sino no sirven. Oficinas de producción de nada en todos los otros pisos, y arriba haremos una terracita que es el móvil cultural: haremos una terracita, de modo que se pueda ver desde allí el Guadarrama para que la gente puede subir a ver el Guadarrama. Le propongo una cosa de éstas y entonces el Capital, cajas de ahorros, bancas, fondos de los ministerios se echan y dicen: "ésta es la nuestra, para esto es para lo que estamos hechos." Y, efectivamente, como no se les vaya de manos, fabrican la torre de 92 metros. Para qué os voy a decir. Sin salirme mucho de la política de transportes, cierran –cierra la RENFE- vías por todas partes por motivos de rentabilidad, porque dicen que a lo mejor les cuestan diez millones al año mantenerlas. Pero les dicen, "vamos a hacer un alta velocidad París-Sevilla para unir las ciudades en cinco horas", -¡no se sabe a quién coño le puede hacer falta estar de París a Sevilla en cinco horas!- pero vamos a hacer un París-Sevilla que nos cueste un par de billones de billones de pesetas. ¿Un par de billones de billones de pesetas? ¡Ah! es otra cosa. Y entonces el Capital se lanza.

Pero para qué más ejemplos. Los tenéis todos los días y convendría que os esforzárais en encontrarlos en vuestra vida cotidiana. El despilfarro es una necesidad, efectivamente, el dinero no se mueve para otra cosa más que para ello. Sí, ahora me doy cuenta que os había prometido que esto lo iba a enlazar con una penúltima cuestión que había formulado y de la que no os habréis dado cuenta seguramente, o se os habrá pasado. Sí, porque yo estaba pensando en enlazar esta necesidad esencial con la cuestión. Efectivamente, esta necesidad condiciona las vidas privadas, no hay nada que se escape a este condicionamiento y estos movimientos del dinero que parece que suceden en altas esferas, están de algunamanera sin embargo condicionando. Aquí quien cuenta, quien se acostumbra a contar de esa manera los millones de dólares y los metros y cosas así, cuenta de igual manera las vidas. Las vidas están contadas según el mismo procedimiento y el despilfarro de vidas, por eso es por lo que esto no deja de ser literalmente una guerra. Es preciso despilfarrar vidas y ésta es otra manera de glosar aquello que os decía de la administración de muerte como función esencial del Estado-Capital. Es preciso despilfarrarlas, por supuesto matando gente, sólo en España seis mil ocupantes de automóvil al año en las carreteras. Si cogéis los meses que ha durado la farsa, en Europa han muerto diez mil veces más que en el Golfo Pérsico. Y cuando se muestran estas formas de guerra, este literal

asesinato de súbditos y de clientes en números contados, uno se pregunta, "pero bueno, hay una diferencia, porque a aquellos pobrecillos de Bagdad los mataban, mientras que un automovilista que sale a la autopista un fin de semana ya sabe lo que hace." Esta pretensión de diferencia es la última con la que quería cerrar esta presentación. Es mentirosa. Nadie sabe lo que hace. A uno le han dicho que tiene un 997 por 1.000 de probabilidades, eso es todo lo que quieren hacer pasar por "saber".

Eso es todo lo contrario de lo que aquí os propongo como tal cosa. Literalmente, no saben lo que hacen. Obedece el que se compra un auto que no le sirve para nada y el que, una vez lo ha comprado, se ve obligado a sacarlo el fin de semana, porque si no le da vergüenza habérselo comprado. ¡Claro!, si no hace ningún paripé de usarlo de vez en cuando, quien hace eso es tan ignorante como el militroncho, mercenario o no, de los EE.UU., de los que mandan a la guerra del Golfo. Igual, igual de poco saben el uno que el otro y con la misma falta de inteligencia y con la misma sumisión mueren el uno que el otro. De forma que no hay la menor diferencia entre las cosas que se venden como guerra y esta paz que os estoy presentando. Pero os advierto que desde luego no es lo más terrible las muertes en autopista los fines de semana. Lo más terrible es la otra muerte que antes os he presentado. Esa administración que consiste en la conversión de la vida corriente en futuro. Ésa que abarca muchos más millones todavía que se realiza cotidianamente. Ésa es la verdadera forma de la guerra. Ahí es donde hay que aprender a reconocer la condición de guerra de esta paz y donde os invito por vuestra cuenta a que sigáis dándole vueltas.

(Texto transcrito por Ernesto Sánchez-Pascualada de Har)

## Memoria

Vamos entonces, si os parece, a preguntarnos hoy otra vez, para que no se nos olvide demasiado, por el sentido de esta labor política a que la tertulia dice dedicarse, esta política desde abajo que se contrapone a lo que de ordinario se llama política. El sentido se puede presentar, muy resumidamente así: hay (por ahí, en el mundo, en la sociedad, como queráis decir) un afán por la definición, por el saber, es decir, que continuamente se nos está tentando y obligando a que sepamos cómo es y también cómo es cada uno, quién es, que uno quede encuadrado, y que por tanto la realidad toda quede más o menos siendo eso que nosotros decimos que no puede ser: toda; por tanto también encuadrada, definida, y todo lo que queráis decir por el estilo. Ésta es la labor política de arriba, ésta es la labor que declaramos mortífera, como si reconociéramos que en eso de la definición y del saber lo que hay en último término es muerte, muerte de algo que no era eso. Es un poco demasiado simple: si eso se define, si eso queda sabido, entonces eso es como la muerte de algo que no era eso. Así de simple. Luego me diréis si la frase os resulta demasiado simple para eso del manejo o el entendimiento.

Éste es pues, el afán del mundo, ésta es la presión que recibimos desde arriba a través de políticos, de administrativos de estado y capital, a través en último término de la ciencia o de las religiones complementarias que quedan por ahí, todas las cuales no pueden menos de venir a recaer en alguna forma de saber o de fe, que para nosotros es lo mismo que saber, y de una manera o de otra, pues convertir el mundo en algo que se sabe, o que algunos saben (doctores tiene la Iglesia), que en definitiva es algo sabido, algo definido, algo nombrable, todo lo que queráis decir.

Una política desde abajo, a la que pretendemos que esta tertulia se está dedicando, es naturalmente, todo lo contrario. Es, se puede decir, una política contra la definición, contra el saber, contra la realidad constituida como un todo, contra la realidad de uno mismo, igualmente constituido como un todo (por eso en estas últimas sesiones, por ejemplo, nos dedicamos a esa labor de disolución del alma, al descubrimiento de que uno no era uno, como se pretendía que uno fuera); es por tanto una política de negación, que dice No al saber, No a la realidad, No a la definición, No a todo aquello que se nos impone desde arriba. Después de todo, decimos un poco brevemente que el pueblo no sabe decir más que eso, No a la realidad, puesto que los otros, los de arriba, son los encargados de decir sí, son los positivos. Por qué nos lanzamos, nos sentimos, por lo menos muchos de los que aquí acudís y yo mismo, lanzados o llamados a esta política de negación de la definición, del saber, de la realidad, qué es lo que nos mueve, es una cuestión que propiamente respuesta no tiene: si supiéramos qué es lo que nos mueve, ya estaríamos sabiendo, y estaríamos por tanto cayendo en aquello contra lo que hablamos y razonamos. Lo más que podemos decir es: no sé, pero simplemente porque no es verdad. Es decir, algo hay en nosotros que descubre la mentira de ese saber que se nos impone como cierto, de esa realidad que se nos impone como inevitable, de esa muerte siempre futura que es el fundamento de la realidad, donde todas las ideas se asientan y de la que todas derivan. Reconocemos lo falso, reconocemos que es mentira, no por sí sencillamente, porque de algo que no habla no se puede decir ni verdad ni mentira, pero sí en el hecho de que se nos está diciendo constantemente que es así, que la cosa es así. Y es a esto a lo que decimos: no me lo creo. No veo que eso sea verdad ni tenga por qué ser verdad.

De manera que si no os basta con este aliento para este tipo de política desde abajo, pues no os bastará con nada, porque cualquier otro tipo de fundamento que busquéis para la rebeldía, si no parte de ahí, si no parte de esa simple negación de la pretensión de verdad de aquello que es falso y se nos impone, si no parte de ahí, ya está dañada, está sometida desde el principio esa rebeldía.

Éste era pues el sentido que quería hoy recordar que puede tener una política desde abajo, una política que parte de esas cosas que no son cosas, esas cosas que no existen, pueblo, lenguaje, yo, que no existen, y que gracias a no existir pueden levantarse contra y decir no al saber, a lo que existe, a la realidad.

Ésta era pues, la renovación del sentido de la tertulia que pensaba traeros, y con ella entramos en el tema principal que estos días nos traíamos. Era en definitiva aquella propuesta de disolución del alma de uno, que empezaba por ser una partición: se supone que la partición de aquello que se pretende entero es un camino de disolución. Por lo menos en las cosas reales vemos que uno de los procedimientos para llegar a la disolución de los terrones de azúcar o de sal es empezar por el desmenuzamiento, por la partición. Así nos estaba saliendo el último día una especie de tripartición del alma, sobre la que ahora pienso que podemos volver a discurrir. Pero antes partamos de una cuestión que, por voces de varios de los que asistían, a ese propósito nos faltaba, que era la cuestión de la memoria. Porque parecía estar claro que el piso de arriba de uno, sus facultades superiores, se describían bien hablando de conciencia, hablando de voluntad, y que en ese sentido se contraponían esas facultades superiores de uno (que por otra parte no son de uno porque son también del estado y el capital, son también el super-yo, por emplear el término freudiano, el super-yo que constituye mi yo, en su parte más alta, el que determina mi personalidad, el que me define, por ejemplo a la manera del Documento de Identidad, que pretende al menos dejarme definido), y a eso contraponíamos cosas que vinieran de lo desconocido: descubrimiento frente a conciencia, deseo o como queráis decir, frente a voluntad; y además quedaba esa región intermedia, lo subconsciente, de lo que ya en los días anteriores nos habíamos encontrado un poco a propósito de las acciones maquinales o automáticas. Y habíamos prescindido de hablar de memoria a ese respecto, de forma que conviene que volvamos sobre ello. Ya el curso pasado en alguna ocasión os proponía una división tajante: hay dos memorias. Bajo la palabra «memoria»; y también «recuerdo», «recordar», «reminiscencia»; y demás palabras de significados cercanos, bajo eso se esconde —es otra falsedad— una contraposición, una división, y en cierto modo guerra, contraposición, entre dos memorias: una memoria es la que se lleva bien con el saber, y por tanto con el registro: es la memoria que decimos histórica. Por ejemplo, tenemos el registro de los acontecimientos que se suponen pasados: el registro está aquí, pero los acontecimientos están en otro tiempo, y esto funda precisamente el propio tiempo histórico, es decir, sabido, es decir, contado por siglos, por años, por días o por minutos. A ese tiempo que se sabe, y que por ejemplo en la historia se constituye y en la historia de uno está reflejado en los documentos que conserva de sus yoes pasados, está reflejado en el álbum de las fotos familiares, en las cuales uno puede complacerse en ver el cambio y la permanencia de la propia cara de uno, de su propia vera efigie, que representa su personalidad, ésa es la memoria de lo sabido, la memoria que se sabe y se refiere a ese tipo de tiempo, real, que por ser real es ideal, puesto que, como recordáis, no hay más realidad que la que está constituida por ideas, toda la realidad es ideal en ese sentido.

No dejaré de recordaros de pasada que, aunque esto parezca que debe referirse al pasado, sabemos que el tiempo real, propiamente se funda antes como futuro, es precisamente el tiempo vacío; y tendríamos que decir que hay una especie de memoria de las cosas que no han pasado todavía, pero que están previstas, y por tanto es como si ya hubieran pasado, y es justamente ese tiempo real el que, pretendiendo volverse del revés, queda convertido en historia del mundo o de uno mismo: es el sitio donde nada pasa, el futuro, ni nada le pasa a uno, pero que en cambio se sabe qué le va a pasar, se prevé, el sitio ideal para que se establezca esa especie de conocimiento que estoy ligando ahora con una de las dos memorias, la memoria de lo sabido. Cuando después nos dedicamos a hacer historia o álbum de fotos de mi vida o del mundo entero, no estamos más que complementando la labor que está antes fundada en la creación del futuro, que es lo que existe, precisamente porque no vive ni en él pasa nada; está fundada ahí y esto recuerda la formulación que más de una vez hemos empleado: todas las

ideas, por tanto toda la realidad, fundada en un tiempo real, tiene como madre o padre la idea de mi muerte siempre futura. Es de ahí de donde ha de nacer todo lo demás en cuanto a saber, sea previsión, saber de lo que va a pasar, sea registro histórico y memoria en este primer sentido.

Bueno, pues ésta es la guerra: a esta memoria se contrapone otra cosa, que no podemos, naturalmente, definir, pero que podemos referirnos a ella, aludir a ella, negando precisamente esas condiciones: negando que se trate de una memoria de algo sabido, negando que se trate de un registro de nada, negando que se refiera a un tiempo real, establecido de esa manera falsa pero tiránica, como tiempo con una región de lo futuro y una región de lo pasado, y hasta, si se descuidan, con un punto entre las dos, un punto inasible, que sería el punto de lo presente, que simplemente ahí estaría preso en la imagen, en la idea de ese tiempo real con dimensión de futuro y dimensión de pasado complementario. No podrá referirse a nada de eso. Lo hay, hay tal memoria que no es eso, no todo está reducido a la muerte —digamos un poco melodramáticamente—, no todo está sometido a la muerte, negamos otra vez la totalidad, por tanto la definitud de la realidad: no todo es eso que nos cuentan, no agotan esos registros históricos, esos libros, esas fotos, y también esas previsiones de lo que va a pasar, aquello a lo que aluden cosas como recordar, tener una sensación o sentimiento que evidentemente le asalta a uno, lo recorre, le hace temblar ocasionalmente, pero que no se sabe ni de dónde viene ni qué es. Si alguno de vosotros no es capaz de reconocer negativamente la evidencia de ese tipo de recordaciones, que no consisten en saber, esos recuerdos de no se sabe qué, la verdad es que está indefenso bajo las armas del poder, caerá bajo la historia, y por tanto bajo el futuro de una manera completamente entregada. Decimos que en esta política de abajo que aquí nos traemos nos sentimos impulsados por algo que es sentimental, sensitivo, en la medida en que eso sentimental y sensitivo no ha quedado reducido a ideas de sí mismo, que es lo que de ordinario y mayoritariamente sucede. No hace falta que uno sepa dar nombre a esos otros recuerdos, a esa recordación, a esa memoria que le asalta a uno desde abajo, le viene desde el corazón, de no se sabe dónde. No hace falta, y además no se podría, porque si llegamos a saber eso ya lo hemos convertido en registro, en fotos y en historia. Pero basta con sentir que aquello que nos dan, nos venden como tiempo real, de ninguna manera es todo; hay alguna otra forma de tiempo, desconocido, inasible, que está ligado con este otro tipo de memoria; y lo hay al mismo tiempo que no existe, porque el que existe es el tiempo real, el tiempo de la historia, lo mismo que el futuro en el que él se funda. Es a esta sensación o sentimiento al que una y otra vez apelo: sentir que hay algo que no forma parte del todo; que la realidad no es todo lo que hay. Así de simple: es un sentimiento si queréis negativo, que da lugar por tanto a un razonamiento negativo, pero eso es todo lo que lo que no son las personas, lo que es pueblo, puede tener como arma contra el poder y contra la realidad.

Le daremos vueltas después si queréis, cuando os pase la voz, a esta evidencia. Más de una vez hemos sacado ejemplos, por ejemplo, en lo erótico, la desesperación de amor hace que muchos, honradamente, tengan, tengamos, tentaciones de declarar: en vista de la desgracia, en vista de la tiranía incluso en que esas cosas del amor se convierten, en vista de que efectivamente la práctica real del amor no me deja ni por un momento declarar que soy feliz, por ejemplo, que estoy de verdad arrebatado por la pasión o por el sentimiento, en vista de eso, tengo la sensación de que cuando lo recuerdo, en cambio, cuando me dejo recordarlo, entonces es cuando está pasando de verdad; es entonces cuando puedo decir: era feliz —empleando el imperfecto, claro—; desgraciadamente yo, la persona real que se deja asaltar por el recuerdo, ya no está, pero no impide que pueda reconocer en esa recordación que era feliz; y lo soy porque lo soy recordando, recordando lo que nunca viví, recordando lo que nunca viví realmente. Esa es tal vez una de las apariciones más claras de esa forma de memoria a la que tenemos que aludir.

He de añadir —y esto nos da, me parece, paso a la vuelta a la provisional tripartición del alma— que precisamente con motivo de las acciones automáticas y maquinales, nos hemos asomado a

otra especie de proceso con la memoria, porque —como recordáis— resulta que a consecuencia de la práctica consciente y voluntaria en el aprendizaje, por ejemplo del baile, del tañido de instrumentos, y antes que ninguna otra cosa, del hablar, a consecuencia de esta práctica repetida, durante el aprendizaje consciente y voluntario y, por tanto, torpe necesariamente, se va viniendo a una situación en que aquello desaparece de conciencia, la voluntad personal deja de intervenir; en el caso del bailarín, los pies se mueven solos, él no tiene ya que preocuparse; en el caso del mecanógrafo, los dedos se mueven solos a los sitios debidos, de manera que aquello se ha borrado de conciencia, y sin embargo claro está que no ha desaparecido porque si no no podría funcionar como funciona para hacer escribir a máquina o para bailar o para construir frases incluso complicadas hablando corrientemente: no ha desaparecido, está ahí, y es ajeno a conciencia y voluntad, de manera que está depositado en algún sitio, y ésta es la tercera instancia que quería presentaros para completar lo de la guerra entre las dos memorias. Hay una tercera instancia: ésta a la que aludía lo de subconsciente; es el sitio adonde han ido a parar las cosas que han pasado por conciencia, por saber, por intención, por voluntad, pero que después se han escapado de ahí, se han borrado de conciencia, y que sin embargo, pues están ahí, evidentemente por debajo del Yo, de las facultades superiores de una persona, que es lo que parece constituir a la persona como tal: están ahí, en algún sitio. Esto es lo que nos hace volver a este intento de desmenuzamiento, partición del Yo como camino, como método para su disolución, puesto que no hace falta volveros a recordar que esta labor, psicoanalítica en el sentido etimológico, es para nosotros una actividad política, en el sentido de la tertulia, ya que el poder, por el contrario, está fundado en la fe en la persona de cada uno, en que cada uno está debidamente contado como muestra su documento de identidad, y en fin, que cada uno es cada uno. Como el poder está fundado en esa fe, que trata de imponer a todos y a cada uno o, si no puede a todos, a la mayoría, y, si no puede a cada uno totalmente, por lo menos a la mayoría de cada uno, a la mayoría de su Yo, como esa es la fe en que el poder se funda en la realidad, pues nuestra labor es psicoanalítica: destruyamos, desarmemos, descompongamos esa pretensión del Uno, esa pretensión del Yo como uno. Pues algo en ese sentido va esto de la tripartición del Yo, que con lo que os he recordado hace un momento ya va volviendo a ponerse claro: por lo menos soy tres. Esto puede dar lugar a sucesivas divisiones y aspirar a la disolución, que nunca puede ser total (si no daría lugar a una especie de salvación, a una especie de promesa de vuelta al paraíso perdido que para mí es imposible, porque yo estoy constituido como ente real, más o menos complejo y divisible, pero por lo pronto como un Yo real), es a eso a lo que volvemos ahora. Hay por lo menos tres, por lo pronto: porque yo soy el que Soy, el que dice mi nombre propio, el que está constituido por sus relaciones sociales diversas, el que declara a Hacienda, el que deposita en el Banco sus caudales, el que está conforme con su propio Documento de Identidad, con la foto y con el número y con todo el resto de lo que constituye una personalidad, es plenamente real: eso es lo que realmente es uno: si uno se empeña en existir como Dios pues es eso, en cuanto existe es eso y nada más que eso, ésa es la condición de la realidad suma: de Dios, el Yo, la realidad toda. Y luego está la evidencia sensitiva, sentimental, que aquí nos alienta y que es puramente negativa: la evidencia de que eso no es todo, de que yo no soy eso de una manera ni cerrada ni total, que yo no me dejo encerrar en mi documento de identidad, que yo soy más que eso, que yo soy más de lo que usted se cree que soy; que hay muchas cosas en mí que no sólo usted no entiende sino que yo mismo no acabo nunca de entender; ésta es la actitud que me comprende a mí mismo en cuanto ser real, con los prójimos: ni tú me entiendes ni yo tampoco me entiendo; y esto es un testimonio negativo que efectivamente quiere decir negación de la existencia, negación de la realidad, negación de la fe, negación de la resignación a ser el que uno es realmente; pero sin olvidar por un momento que uno realmente es eso, y que el poder, yo, la iglesia, el estado y el capital tienen sus buenos motivos para hacernos creer a cada uno que él es el que es realmente y se acabó. "Y se acabó" nos recuerda que esa realidad de mí en cuanto ente real está fundada en mi muerte siempre futura, y nos recuerda que la labor del poder contra el que maldecimos y hacemos, consiste en administrar eso, esa realidad

primaria de la muerte siempre futura, administrarla en forma de tiempo contado, en forma de organización de la realidad toda. Tiene sus motivos, por tanto no razonables pero perfectamente explicables, para insistir y para imponer la creencia en que uno es eso. Y frente a eso está por acá abajo esa sensación, ese sentimiento de que no es verdad, de que, como en el niño que os presenté puesto ante el espejo por los mayores, invitándole a reconocerse en esa imagen ("mira, Miguelito, ése eres tú"), todavía es capaz de decir: pero yo no soy ése. Fijáos que cuando se da esta negación, esta rebelión contra el saber y la definición de uno mismo, y se emplean fórmulas de ese tipo como "yo no soy ése", resulta que "yo", que figura en esa fórmula, ya no puede ser el Yo, ya no puede ser real; yo es simplemente el que lo dice; no existe: porque el que habla no es aquello de lo que se habla, como por ejemplo esa imagen del espejo que representa la realidad. Por un lado está aquello de lo que se habla, la realidad (por ejemplo, si se habla de mí, mi realidad), y por otro lado está el que habla de ello, que de ninguna manera puede ser el mismo nunca: esa guerra es primaria y fundamental; el que habla no puede ser aquello de que habla; si pasa a ser aquello de que habla, ya no habla, así de simple; ya será otro el que hable, otro momento, pero ésa es la contraposición primaria, tan clara, tan evidente, que por eso mismo se nos escurre a cada momento de entre las manos, y nos abrimos con eso el camino para caer en todas las mentiras de mi realidad y de la realidad en general. Yo, el que ahí habla y dice no soy ése, no me resigno a mi documento de identidad, yo no existo, no existo, no soy Yo, por eso puedo decirlo, por eso puedo decir no, por eso puedo negarme a admitir mi propia realidad.

Disculpad algunos que insista tanto en estas contraposiciones, pero es que una y otra vez me encuentro que después se olvidan, a pesar de lo claras que son, y que contribuyen a armarse líos, que son, básicamente, bastante inútiles. Pero aquí frente a la realidad, mi realidad, no enemos más que la evidencia de que no es todo, de que no es así, de que es mentira que yo sea ése: algo puramente negativo que no lleva a ninguna otra forma de existencia sustitutiva, ni puede llevar. Entonces es en ese sentido como una y otra vez tenemos que criticar la sumisión del propio psicoanálisis, del nacido en Freud, cuando habla de lo inconsciente y hasta, peor todavía, del inconsciente. Lo inconsciente y el inconsciente es un artilugio en que la negación, que parece estar todavía en el prefijo in- de inconsciente, sin embargo ya no actúa para nada: es una negación muerta; y es una negación muerta, con razón, puesto que ya se habla de lo Inconsciente, ya se habla del inconsciente, y por tanto, ¿cómo va a ser de verdad algo no consciente, algo que se salga de la consciencia y por tanto de la realidad?; eso es imposible, no tiene sentido: se habla de ello y lo has convertido en real, lo has hecho real; en este caso, lo has hecho formar parte de la persona, formar parte del Yo, como si fuera una instancia del Yo, y ahí encontráis en el psicoanálisis vulgarizado, no sólo entre los profesionales, sino entre sus clientes, continuamente formulaciones del tipo "mi inconsciente" o "salir a luz mi inconsciente" (pero "Mi", señora, ¿de quién?; ¿"mí" de usted? ¿cómo usted va a tener y casi poseer un inconsciente, si ese inconsciente es lo que justamente la está negando a usted, está negando su propia entereza o integridad; está negando su propia realidad. ¿Cómo va a tener usted un inconsciente?). Por otra parte se puede decir que eso que Freud hacía mal en llamar istintos o pulsiones o no conscientes, de alguna manera tiene que ver conmigo, están en mí, alguna relación tienen que tener conmigo; pero eso no extraña mucho porque, si la derecha es la negación de la izquierda, y viceversa, pues también hay relación entre la derecha y la izquierda, y no por eso dejan de estar perfectamente contrapuestas. De manera que algo tiene que ver conmigo, y lo que tiene que ver justamente es a través del trámite de mi negación, de mi disolución, mi disolución en eso desconocido.

Ahora supongo que ya apenas hace falta volver sobre la instancia intermedia, la de eso que llamo con precisión subconsciente. Parece que, como consecuencia de que el Yo no está bien hecho ni cerrado, de que, en contra de lo que se pretende, yo no tengo una personalidad nunca bien definida ni bien hecha, a consecuencia de eso pues me pueden pasar sucesos tan útiles como esos que dan lugar a las actividades mecánicas, maquinales o automáticas, es decir que las cosas que pasan a través de mí,



por mis agujeros, de alguna manera por mi propia imperfección se pueden escurrir para abajo y venir a parar a esa región donde está, por debajo de la conciencia y de la existencia, lo que ha existido y ha dejado de existir, ha dejado de ser parte de la realidad. ¿Se puede decir que este subconsciente es mío, o que por lo menos tiene más perdón decir de él que es mío, que no el decirlo del inconsciente, de lo verdaderamente desconocido?

Bueno, puede ser, y esto se revela bastante en el mecanismo de los sueños sobre el que voy a volver por un momento. Podemos acudir a formulaciones compromisorias y decir que el subconsciente es semipersonal, que está entre ser personal y ser común, o cualesquiera otras formulaciones de compromiso por el estilo, que fueran las que nos comprometieran menos a decir algo seguro y definitorio. En los sueños podemos aplicar esta tripartición que os presento de una manera bastante rigurosa y simple: en la formación de un ensueño intervienen por lo menos estas tres instancias que provisionalmente distinguimos; intervienen cada una por su lado. Interviene, por supuesto el Yo consciente y voluntario, porque de alguna manera o en parte, el que sueña es el que duerme, y el que duerme, desde luego es el mismo que está despierto, por lo menos (si no, no podríamos reanudar la vida y los negocios cada día); de manera que en ese sentido hay una intervención del Yo consciente, y por tanto la intervención de hechos recogidos de la experiencia y registrados a nivel consciente; eso no se puede evitar. Incluso lo que Freud llamaba materiales inmediatos, que son los que se refieren a las veinticuatro horas anteriores al sueño aproximadamente, éstos efectivamente suelen ser sucesos de la realidad, sucesos del Yo real y de su trato con otros yoes no menos reales. Después, por supuesto, interviene lo subconsciente, en el sentido de que hay mucho de común en las metáforas, metonimias y demás relaciones imprevistas que en un ensueño se dan, y el propio durmiente, si es capaz de despertarse y recordar con precisión, se asombra de hacer las cosas y combinaciones que ha podido hacer soñando, y que despierto sería incapaz de hacer. Recordad incluso aquellos poetas... simbolistas que tenían esperanzas en que los sueños fueran el alimento de la poesía: hasta tal punto se sentía la envidia de poder hacer esas cosas que se hacen soñando, y que desde luego no las hace uno personalmente, más bien le pasan que no hacerlas, y están constituidas por elementos comunes, elementos que se refieren tanto al lenguaje como al resto del subconsciente...

[corte de la cinta]

... una formulación descarada, una formulación definida, una formulación propiamente real en el ensueño; y entonces aquí la negación o presión viene desde arriba, pero a consecuencia de esa presión desde arriba, de esa presión de la censura, entonces facultades que ya escapan a la autoridad en cierto sentido se dedican a esas operaciones del tipo de las metonimias y las metáforas, que permiten que en el sueño se hagan y se digan cosas que sin ese disfraz no podrían hacerse. Algo de esto es la intervención de la instancia intermedia o segunda. En cuanto a lo otro, lo de verdad no consciente, lo desconocido, que de ninguna manera es mío, eso por supuesto que interviene en el sueño, interviene como motor, no de ninguna otra manera. Éste no puede ni ejercer censura ni tampoco elaborar en imágenes oníricas lo que corresponda. Éste no puede ser más que accional, es el que me hace soñar. Es el que me hace soñar, y por tanto eso no sé de dónde viene. No hay que pensar que tienen que ser regiones no conscientes pues místicas o profundísimas: muchos de los ensueños están producidos porque hay un dolor de estómago o uno tiene la vejiga demasiado llena; pero eso ya, aunque sea en medida tan modesta, es un buen ejemplo, porque evidentemente, hace falta ser ya completamente idiota para creer que la vejiga o el estómago o los pulmones son cosa mía y que yo los rijo. Es por supuesto, la idiotez reinante; pero no deja de ser una idiotez, ¿no?, no deja de ser una idiotez muy útil, por cierto, porque todo el imperio de la profilaxis, ese truco que el poder se ha inventado para hacernos estar enfermos a todos en la previsión de la enfermedad, examinándonos y chequeándonos constantemente, esa estupidez sangrienta está fundada en la creencia de que, efectivamente, mi vejiga es mía, y mi hígado también ¿Adónde vamos a parar? ¿qué sé yo, ni qué

tengo que saber ni lo que son los riñones, ni lo que son los pulmones ni lo que es la vejiga! Todavía si mato un animal para comérmelo y tengo que separar las vísceras, bueno, tiene cierta disculpa todavía que las distinga con un nombre, pero pretender que yo mismo estoy constituido de tal manera que yo tengo propiamente y hasta manejo cosas como esas, ya sabéis lo que pasa: cuando de verdad, por ejemplo a través de la aprensión de los hipocondríacos, o a través de la obediencia a la profilaxis, cuando de verdad intervengo conscientemente, ya se sabe para qué: para estropearlo, como siempre, para hacer que la cosa funcione mal de tal manera que no en vano decimos muchas veces que la enfermedad, esta maldición en la expulsión del paraíso, es justamente nada más que conciencia, información, información a nivel real, esto es la raíz de la enfermedad. De manera que no hay que desdeñar ni siquiera casos tan elementales en que lo no consciente que interviene en el sueño es de ese orden, que después el despierto puede reconocer realistamente y decir "bah, el estómago, el peso de la manta en el pecho, o cualquier otra de las cosas que se suelen decir"; sí, también, puesto que viene de más abajo, de un sitio que yo no controlo, son cosas que me pasan, y de ahí para abajo, de ahí para abajo con todas las cosas no conscientes que puede haber y que no podemos saber porque son sin fin, a diferencia de la pretensión de la realidad de ser toda, son sin fin, y cualquiera sabe lo que de ahí abajo puede intervenir para hacernos soñar, como el factor activo del sueño, que desde luego se combina con los otros dos.

Esta era más o menos la propuesta referente a la tripartición y a la que hemos llegado pasando a través de la cuestión de la memoria o más bien de las memorias contrapuestas. Hay desde luego una aplicación a las artes con la que quiero terminar por hoy. Me la he encontrado en una tarjeta que no sé qué institución de la que me envían constantemente invitaciones para conferencias y todo el resto de actos de esta inflación cultural que padecemos la había hecho imprimir por el dorso, y por tanto no sé de quién es, cuál es el señor que formuló esto ni de dónde lo han cogido los amigos de esta institución (creo que eran los amigos de la Casa de América, inesperadamente), y que tenía esta fórmula: "Memoria ars oblivionis est", es decir, que la memoria se presenta así como el arte del olvido, memoria es el arte del olvido. Eso por supuesto, primariamente, como comprendéis, se refiere a las artes, a la poesía, a la ciencia, a la literatura en general; reconoce que, para que la cosa marche bien, no sólo la creación literaria, sino también la científica, la investigación y todo lo demás, de lo que se trata ante todo es de olvidar mucho; de olvidar mucho y que por tanto hay que contar con una instancia habilidosa (y que desde luego nunca puede ser consciente ni voluntaria) que se dedica a seleccionar, y a hacer que desaparezcan de conciencia muchas cosas, la mayor parte, sin duda, la inmensa mayor parte de todas las cosas que uno aprende, leyendo o por otras vías, y que el arte de esa selección es todo lo que puede contar como una memoria feliz para el ejercicio de esas artes, que es a lo que la cosa está destinada. Efectivamente, uno no hace falta que sea especialmente culto, pero de tanta información está cargado, que si uno retuviera conscientemente toda la información que recibe, nunca podría hacer nada, evidentemente, ni en arte ni en ciencia ni en poesía, ni nada. Gracias a que olvidamos casi todo, sin que por esto olvidemos, que en otro sentido Freud reconocía que nunca nada se olvida del todo. Nunca nada se olvida del todo, de manera que queda este arte que dice ese dicho, queda destinado sobre todo a una desaparición de los niveles conscientes de mucho, lo más, de la información recibida, para fines de ese arte. Pero por supuesto, aunque el dicho se refiera a las artes sobre todo, poesía, ciencia y demás, bien puede servir, de una manera general, para ilustrarnos sobre eso de las memorias contrapuestas, y por tanto también sobre el proceso de partición del alma a que nos estamos dedicando. Bueno pues esto me sale por esta noche hasta este momento. Ahora el rato que nos quede os paso la voz, de manera que ya podéis ir dejándoos decir lo que se os ocurra, si tenemos esa suerte, o soltando alguna idea, si no hay otro procedimiento, para que podamos proceder a deshacerla.»

# Vislumbres del lago de Sanabria

## HISTORIAS FICTICIAS Y REALES DE UN SINGULAR PAISAJE DE ZAMORA

Ahora, con este otoño manso, tal vez puedas dejarte perder, en un descuido, por las breñas de Sanabria, y de pronto, al asomar por una cresta, ver allá en su cuenca, desnuda de hombres, áspera de robles y de brezos y de helechos, el lago aparentemente sereno, preguntándose al cielo: «¿qué son esas cosas que pasan?», y el cielo preguntándole a su vez: «¿qué pasa por ahí abajo?».

Pues érase que se era que aquí no había lago, que era la villa de Valverde (o Villaverde — que casi no me acuerdo) de Lucerna, con sus talleres de espalar y tejer el lino y con más quizás de 300 cabezas de vacada; hasta que aquella víspera de fiesta que estaban las mujeres amasando y metiendo al horno de cada cual los panes y las tortas entró por el pueblo arrastrando su capa roja desgarrada un joven peregrino y pidió una pella de masa en un horno y no le dieron, y en otro tampoco, ni en otro, ni el otro, y así hasta el cabo de la villa, que era la choza del campanero, donde se compadecieron las mujeres y le dieron el panecillo, que él, en besándole, le dijo al campanero: «Unce el par de bueyes a la carreta, arranca de la torre una de las campanas y cárgala con tus enseres y vais ya subiendo arriba hasta la cresta antes que la noche caiga».

Dicho y hecho; y el peregrino (que en verdad era Cristo resucitado) hincó en el suelo su cayado diciendo: «Aquí finco mi bastón: aquí salga un gargallón», y al momento el agua a borbollones se puso a llenar el valle y anegó en pocas horas todo el pueblo, hasta que quedó, sereno, el Lago y la campana que se hundía le decía a la otra: «Tu te vas a Verdosa, yo me quedo en Bamba y en vida del mundo seré sacada». Que es por lo que en la noche más corta del año los que tienen la conciencia limpia pueden oír como tañe del hondo del Lago la campana.

## LEYENDA Y REALIDAD

Así es, mas o menos, como de varias bocas de pueblos de Sanabria lo recogió Luis Cortés (bendita sea su memoria) cuando de estudiante en Salamanca, hace 50 años se fue a meter por aquellos montes, tan retirados entonces del mundo todavía, a rastrear voces y costumbres populares. Y él mismo luego, como fino y honesto investigador, vio bien que el nombre de Lucerna era el de una de las ciudades fantásticas, pero no tan fantásticos sus nombres, que las crónicas y cantares de gesta franceses contaban entre las muchas que en España habría tomado Carlomagno, y que seguramente no había estado aquella Lucerna en el Lago de Sanabria, sino en otro sitio situado, mas propiamente, en las rutas del camino de Santiago y que lo que debió pasar fue que al venir los cistercienses a establecerse en el monasterio de San Martín de Castañeda en la ladera del Lago de Sanabria (ahí puedes verlo en pie todavía casi de milagro), alguno de los monjes sacó de los libros la leyenda y la hizo injertarse en este lago.

Así sería, pero tales son los avatares de las leyendas que, así como unas veces pasan de las bocas innumerables de la gente a quedar fijas en literatura, así también otras veces vuelven, como ésta, a salirse de las letras y cobrar nuevamente vida en las voces y memorias de la gente. No es tan fatal el dominio de las letras sobre el pueblo, ni tan inviolables los límites (¿no está en «leyenda» el verbo leer al cabo?) entre la vida y la literatura. Y después de todo: ¿que es eso de «leyenda» o «mito» que tanto se distinga de la realidad de los historiadores y de la Ciencia?

## LITERATURA Y VIDA

Más aún: años antes de que cayéramos nosotros por Salamanca al otro lado de la Guerra Civil, en 1930, Don Miguel de Unamuno se lanzó, en una de sus incursiones por las sierras de Sanabria (entre sus fieles acompañantes andaría mi padre, a buen seguro) y allí descubrió el Lago, y de tal modo quedó prendido a su memoria que en Valverde de Lucerna hubo de situar la historia de \_San Manuel Bueno mártir\_, del cura que en guerra perdida de su fe agonizaba y al frente del libro puso aquellos versos en que, entre recuerdos de los monjes de San Bernardo y del fiel consejero del rey don Pedro Men Rodríguez de Sanabria, evoca aquel espejo de soledades: «El lago recoge edades de antes del hombre y se queda soñando en la santa calma del cielo». Y también eso era leyenda, y también era vida esa literatura, una vez que unos cuantos, en Zamora, de muchachos, pasamos la noche de Tinieblas de Jueves a Viernes Santo leyendo a turnos el libro de San Manuel Bueno.

Y más aún: años después de las incursiones de Unamuno y de Cortes allá por los años 50, cuando ya el Progreso se cernía sobre el Lago, y en las lagunas de por su cima de sus sierras se habían montado saltos hidroeléctricos, sucedió que el pueblecito de Ribadelago, que estaba (y está, si es lo mismo) a ras de agua, a la entrada en el lago del río Tuera, una noche al derrumbarse de aquellos embalses alguna presa, de pronto quedó anegado en una tromba de agua, arrastrado el pueblo con los más de los vecinos soñando en sus camastros, a hundirse en el Lago y el misterio de sus honduras (que Santiago Moreno, uno de los que leía conmigo el libro de Unamuno en la vigilia de los días santos, se hizo abogado notorio defendiendo durante años las reclamaciones de los sobrevivientes del desastre), de manera que la leyenda del Lago se había venido a hacer al cabo, a la manera moderna, realidad. Y ¡cómo de mal le perdono al que yo era por entonces no haber escrito, en otra épica, la noche del desastre de Ribadelago, confundiéndola con la del Valverde de Lucerna!

Y más todavía, en fin: que más tarde, avanzando ya hacia el Régimen de Bienestar que hoy padecemos, ha sufrido Sanabria, rincón alejado del mundo de tantos siglos, otra inundación, que es la del turismo, ese deporte y negocio, que lleva masas de individuos personales, a mirar (que es lo que se hace), a nunca ver (que es algo que le pasa a uno), y —ya sabes— a pisar mapa y a llenar el fin de semana o el mes de vacaciones.

Pero acaso, a pesar de todo, tú, con este invierno manso, puedas aún dejarte perder por aquellas breñas y asomar, en un descuido, a descubrir, de pronto, allá en su cuenca, el Lago, preguntándole al cielo y el cielo a él, y tal vez oigas, por lo bajo, un eco de la campana de Bamba, tañendo desde lo hondo.

## De teatro

"¿Para qué sirve el teatro?" me preguntaron. Y sucede con esta cuestión como con tantas otras, no ya de las letras, sino de la realidad física misma: que, con solo plantear la cuestión acerca de algo, se da por supuesto que se sabe qué es eso que se cuestiona, y por la cuestión misma se reafirma la fe en que se sabe. En otros casos será "luz": "¿Cuál es la velocidad de la luz"? Aquí es "teatro" : pues ello es que puedo referirme a "un tipo de literatura que consiste en diálogos entre personajes", o bien a "una especie de danza que trata con sus pasos y gestos de representar sucesos reales o imaginarios ", o puedo también, poniéndome más histórico, pensar en "un artilugio musical complejo de declamación de actores alternando con cantos de un coro, que desarrolla una situación mítica o histórica, que se inventó por el s. V a.J. entre los griegos" o también en "una función litúrgica que con su regulación de gestos, voces y sucesión de acciones simboliza unas relaciones misteriosas o trascendentes", por no resignarnos a que "teatro" signifique sencillamente el sitio en que funciones como éstas se producen. Y es claro que no puede pretenderse que "teatro" abarque todas ellas juntamente y que el teatro, de cualquier forma que sea, sirva para una misma cosa, cuando en un tipo de teatro, como el escrito en prosa literaria, falta la regulación rítmica, en otro falta el argumento o queda pendiente de la improvisación, en uno hay coro, en otro sólo personajes individuales, el uno juega con símbolos, el otro quiere ser, como se decía del de Menandro, un espejo de la vida, y apenas se ve qué pueda haber de común en todos ellos. Por lo que me toca, me he dedicado largamente a producir, en contra del dominio de la Literatura, una serie de artefactos dramáticos (es decir accionales) que consiste esencialmente en un "juego con el tiempo", lo cual quiere decir un juego con 2 tiempos, el uno contra el otro, a saber, el tiempo del argumento representado y de sus personajes, que muchos dirían que, por ser ficticio, es el real, y el tiempo de la representación misma, que es, por ejemplo, la hora y media, rítmicamente medida, que la función dura, y que es el de los actores y, por tanto, el del público también: si no juega, dentro del artefacto dramático mismo, la contradicción de un tiempo con el otro, digo que no hay teatro. Y por cierto que hace poco, en las discusiones de la tertulia política del Ateneo madrileño, al querer usar la figura del actor como reveladora de lo que es la persona (esto es, como manda la etimología, máscara) en la Realidad, se nos aparecía de una manera puntual y clara esa contradicción y juego: pues el actor, en el actor mismo de la representación, no puede identificarse con su personaje o máscara (bien lo sentía Brecht mismo) ni tampoco con su propio personaje en la vida real (el que figura a la puerta del teatro en el cartel de anuncio y en las comedillas de las Revistas del Corazón), del cual, en el acto, tiene igualmente que separarse; de manera que, no siendo ni el uno ni el otro, en cuanto actúa, no pertenece a la realidad, y así es como puede actuar contra ella y hacer que algo análogo suceda en las almas del público que está con él.

Por lo demás, un teatro así, como también otros tipos de teatro, puede servir, en cuanto a los efectos más palpables, para hacer llorar o para hacer reír o para ambas cosas alternativamente o a la vez. Pero hay que andar con cuidado con esas manifestaciones en las máscaras de público: pues claro que lloran o ríen de dos maneras no sólo distintas, sino, a su vez, contradictorias: que hay un llanto, real y falso, que cualquier melodrama o culebrón puede provocar, y un llanto que brota de más hondo y de debajo de la máscara, y una risa que asimismo nace de un verdadero descubrimiento de la falsía de la Realidad, que la acción dramática puede acertar a revelar, y una risa hueca, no menos estrepitosa, que es la que produce cualquier mal trato (o cháchara chistosa o payasada televisiva), el que sirve para la diversión o entretenimiento, es decir, para que llegue la muerte sin que se den cuenta de lo que pasa. El otro mal teatro, complementario de éste, es el que sirve para la Cultura y para hacerse culto uno.

# Mito/Historia y otras intervenciones

## I. MITO / HISTORIA<sup>1</sup>

Vamos a aprovechar este rato lo mejor que se pueda. Voy a sugerir pues a qué se refiere o toca eso de *mito*. La palabra es ya muy manida; se habla mucho, demasiado, de mito o de mitos. No se dice tal vez lo más elemental, que es que, entiéndase como se quiera, eso de *mito* tiene que aludir a algo de contra la Historia. *Mito*: si a algo eso alude es a una especie de contrahistoria. Todo el mundo sabe que lo primero que pasa con una situación mítica es que no hay tiempo contado. Allí no hay siglos. Los siglos pueden empezar a contar después de que Adán y Eva, por ejemplo, están ya expulsados del Paraíso y empieza la Historia; pero antes no hay siglos, ni hay semanas, por supuesto, que es la distinción fundamental de la Historia, ya que no en vano Jehová mismo la había designado como tal, al descansar de la obra, como todo el mundo sabe. Situación mítica, pues, es aquella que no es histórica. Por tanto, no es tampoco exacto decir que está antes de la Historia, que se pasa de una fase mítica y se pasa a una serie histórica, porque quien hace esto está de alguna manera colocando también esa fase mítica dentro de la Historia, en cuanto Prehistoria, es decir, condenándola al mismo tiempo histórico: diciendo que se coloca fuera de la Historia está, al decirlo, metiéndolo dentro de la Historia. De modo que, si se entiende bien, también puede aplicarse al término Prehistoria, al lenguaje también científico: tal como se trata, tal como la Ciencia la trata, la Prehistoria, que pretende estar antes del pasado histórico, de modo que antes de la Historia, que, como sabéis, empieza con la escritura, es decir, hace unos 10.000 años (muy poquita cosa, comparado con lo que la propia Ciencia nos dice de que debe hacer al menos unos 500.000 que había gente hablando por el mundo: casi nada), quien nos dice que la Prehistoria está antes de la Historia, al decirlo, está metiendo la Prehistoria en la Historia, está haciendo de la Prehistoria (de las eras geológicas, por ejemplo, de que a su vez parte la evolución biológica y demás), está haciendo una contradicción: al escluir, colocar delante, sometiendo.

Por tanto, la palabra *mito* aspira a ser algo bastante más radical que eso: aspira a entrever la posibilidad de una muerte del tiempo contado, de la muerte del tiempo histórico. En ese sentido os hablo del mito como una no ante-Historia, sino contra-Historia. Evidentemente, lo que pensáis es que eso de estar en una fase mítica o en la fase histórica determinadas porciones de la Humanidad se refiere a lo que ellos piensan, conciben, creen; pero esas supuestas imaginaciones o creencias, es decir, la condición de las ideas dominantes, son ya la Realidad, como trataré de sugerir ahora.

Al presentaros así a qué alude lo de *mito* y los mitos, os estoy, pues, de hecho, tratando de hablar en contra de toda la intención de la que, efectivamente, esta Casa misma está cargada: hablar contra la sumisión a la condición histórica, y por tanto al tiempo histórico.

Un ejemplo que puede servir para esto: es el mito de los años '60, por poner uno de los casos más recientes, una cosa de la que se puede decir que yo viví, ya mayorcito, pero después de la cual habéis nacido la mayor parte de los que estáis presentes. Bueno, pues el proceso que actualmente se realiza con lo que pasó en aquellos tiempos, respecto a los *hippies* en California en el año 65 y el levantamiento de

---

<sup>1</sup> Transcripción de la charla y coloquio que tuvo lugar el día 15 de diciembre de 1994 en el Paraninfo de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid.

los jóvenes en contra en la mayor parte del mundo desarrollado, todo eso que os suena, se quiere que os suene necesariamente como histórico, igual que Napoleón Bonaparte, igual que Tutankhamon: que se viva en el tiempo de los muertos. La operación que, ejemplarmente, la televisión practica todos los días convirtiendo la actualidad misma, inmediatamente, en Historia, en Historia Contemporánea del modo más estricto, es otro ejemplo. Se quiere que vivamos en épocas. Pero en las épocas viven Napoleón y Tutankhamon: por tanto, la condición misma que se quiere es que estemos muertos, y no en vano toda la Cultura, con la Televisión a la cabeza, a lo que se dedica es a la administración de muerte, como, sin duda, los más de vosotros sentís por debajo junto conmigo.

Hay una posibilidad de resistirse. Recordáis que en oposición a la Historia está efectivamente el recuerdo. La Historia es la muerte del recuerdo. Hay dos formas de memoria: hay una memoria que nos viene, sin control personal, desde debajo de nosotros, de no se sabe dónde, que nos arrastra y que nos hace vivir (a lo mejor - podría decir alguien un poco pesimista - no hay otra forma de vida más que ésta, el recuerdo), de vez en cuando también. De vez en cuando, vivir. Esto se refiere, como os está sonando seguramente, de una manera esimia a la cuestión de amor. Alguien podría decir: amor placentero, "fluido y puro", como decía el padre Lucrecio, eso es el recuerdo. En el hecho, el amor está condenado a contar las horas, los minutos de la cita, a hacer planes; en fin, al tiempo de la Historia. Pero luego, en cambio, de vez en cuando, viene el recuerdo de aquello que a lo mejor no se vivió de verdad, pero que justamente, al revivirlo, en el recuerdo, es cuando se vive. Es entonces cuando, de verdad, hay placer y hay amor, no en el tiempo real, es decir, histórico, de minutos y de ideales. Ésta que nos viene de abajo, y que no pasa por un control personal, es una: la otra es la memoria histórica, es decir, la del registro. El registro, la agenda, el calendario, los manuales de Historia con los siglos y con las eras. Ya veis que con sólo describirlo así se ve bien la contradicción: lo uno es la muerte de lo otro.

A ese propósito, pudiera sugeriros también algo que se refiere a ese terreno cotidiano, pero que no deja de asombrarnos, que es el sueño, el sueño con sus ensueños. A cualquiera se le ocurre que eso del mito y las no-épocas míticas y demás con respecto a la Humanidad, se parece mucho a lo que es el sueño y ensueños de cada noche o cada día con respecto a un individuo determinado. Sin ponerse demasiado cursi, esagerando, se podría decir "El mito es el ensueño de la humanidad histórica". Y naturalmente, cuando nosotros nos referimos a mitos, estamos haciendo lo que hace alguien que, al despertarse, después de despertarse, se pone a recordar, que ya es registrar, lo que había soñado; de forma que hace a su ensueño que sea lo que no era, lo que evidentemente no era, no podía ser, mientras estaba soñando. Lo mismo si se pone a escribirlo para pasarle unas notas a su psiquiatra, que si simplemente se lo cuenta a la familia, o hasta se lo rememora a sí mismo, tiene que ordenarlo temporalmente, poner una cosa detrás de otra con precisión. Generalmente, se procede del revés: se despierta uno, por ejemplo, de repente, como suele suceder al recordar ensueños, y recuerda precisamente lo que le parece inmediato, lo último; y entonces va deduciendo, como hacía atrás, qué es lo que había pasado antes, qué figuras había, por qué sitios estaba, cuáles eran las sensaciones, más o menos vagas. Pero según hace esto, está ya disponiendo al ensueño para que se le pueda contar en su orden normal, es decir, desde el principio hasta el final, como evidentemente lo va a hacer después. Esto es lo que hacemos con los mitos cuando tratamos de evocarlos bajo el dominio de una época histórica: una recordación que es una historificación, un registro.

Y sólo, contra ello, disponemos de algunas técnicas: una de las cuales, por supuesto, era ésta que habéis estado oyendo, la de la poesía, la de la música y verso. Ésa es la principal vía por la cual, en contra de la condición de las ideas históricas, puedo intentar hacer resucitar, dentro de la sumisión a la Historia, hacer resucitar como por vislumbres, algo de aquello que estaba por debajo, innominado, sin fechas, sin cómputo. Y ésa debía ser, sin duda, la función, la función de rebeldía, de contra, con que la poesía nació, debió surgir (debió surgir, casi seguro, antes del pasado histórico, "en una época mítica", con la confusión

y contradicción que esto parece indicar) y que penosamente pervive hasta nosotros, donde también la poesía ha sufrido el destino, junto a la carne, de venir a quedar registrada: el destino de toda carne, atestiguado, sobre todo, en las inscripciones sepulcrales, que se encargan, por excelencia, de la consagración de esto mismo: la reducción a un individuo, a numeritos: acordáos del dato en las lápidas, nombre propio y fechas, primera y última. A la poesía, en la medida que queda convertida en algo escrito, esencialmente escrito, por tanto histórico (la Historia empieza con la escritura), le toca el mismo destino. Aquello que podía haber de recordación viva, de reminiscencias de lo tal vez nunca vivido, eso queda convertido ya en registro escrito, por tanto sometido al dominio de la idea, al dominio de la Historia.

Creo que he sido un poco apresurado, pero creo que no por ello, en lo que pueda desarrollar, menos preciso. Como no va a haber tiempo de coloquio, si en alguna de las cosas que he dicho veis algo que se os escapa, o alguna contradicción, o algo por lo que tenéis más curiosidad, dentro de la prisas, podemos hacer un hueco, para intentar las aclaraciones que...

*[Alguien del público incide en cómo, sin escritura, la voz de un poeta cualquiera, por ejemplo la de Horacio, se nos habría perdido irremediablemente.]*

[AGC] — Se perdería, seguro. Además, Horacio ya *escribe*; Horacio es contemporáneo. Sí, sí, incluso las tal vez no escritas, digamos las de Safó y Alceo, o, más claro todavía, canciones populares que algún docto debió corregir ya.

[Público] — Yo no las hubiera podido leer o escuchar. Se hubieran perdido.

[AGC] — Bien, desde luego, en otra forma: se hubieran perdido, pero de otra forma. El ejemplo de esto lo da la tradición de la poesía oral. De la cual nosotros no tenemos más que una noticia indirecta, puesto que vivimos en plena Historia, pero los que vivieron antes, sí. Hasta comienzos de este siglo, por ejemplo, lo mismo en nuestros pueblos que entre los negros de Norteamérica, eso de la tradición oral era una cosa viva todavía, que funcionaba sin intermedio de la escritura. Los romances, las baladas, las canciones, pervivían, duraban siglos. Desde luego, tal vez no con tanta garantía de eternidad como la que da la escritura, pero esto es lo de menos; ahora, eso sí, sin ninguna garantía de fidelidad, que es para lo que está la escritura. En la tradición oral (porque esto se entienda rápidamente) no rige una distinción que es absoluta para nosotros, para nuestra Historia, la distinción entre 'creación' y 'ejecución': una cosa es el músico compositor que fabrica una sonata y otra cosa es el pianista que la toca. Y además, sabemos que cada vez que una sonata se toca es la *misma* sonata. Y en Literatura, lo mismo. Esto es lo que no rige en una tradición oral: esa diferencia: en la tradición oral, la ejecución sucesiva es la creación. No hay posibilidad ninguna de fidelidad a la letra, eso es propio de la escritura. La pervivencia de un romance, de una balada, o de una canción, será una pervivencia con constante cambio, que llegará donde tenga que llegar.

Así que tienes razón: hay esa diferencia, tal vez no tan absoluta como decías.

[Público] — Yo quería hacer una observación: observación, que no pregunta. Por ejemplo, en la antigua civilización egipcia, que es una civilización que ya se da en la Historia, por lo que acaba Vd. de decir, hay una curiosa mezcla entre tradición literaria e improvisación oral. Sucede que ningún texto egipcio, pese a ser esta civilización la que inventa la Historia e inventa la escritura, ningún texto egipcio se transmite jamás con fidelidad. El copista crea: es como si el pianista crease y añadiese compases. De modo que cada copia tiene que ser valorada literariamente con criterios independientes. Es un caso, probablemente, de transición, un caso misto.



[AGC] — Sí, pero no es un caso exclusivo de Egipto. Eso pasa en más sitios. Gracias por la aportación. En la transcripción, en la copia sucesiva, se da también creación. Esto, por supuesto, es verdad. Aquellos de vosotros que os hayáis fijado en la Filología, o que os fijéis, sabéis muy bien que la crítica textual consiste precisamente en habérselas con esas variaciones que la copia sucesiva introduce. Pero estas alteraciones en la escritura, por supuesto, son algo distinto de aquello que decía de la creación en la ejecución como propio de la tradición oral. Evidentemente, está bien recordar que en la reescritura queda también, y queda también en la literatura, la posibilidad, más o menos amplia, de variantes, de variar en copias sucesivas, aunque nada más sea por el arte del tipógrafo, que mete alguna errata; no es mucho, pero bueno, por lo menos aquí ya, al introducirse una errata, el texto no es exactamente el mismo, ya ha cumplido un proceso parecido.

Tengo que recordaros, por tanto, que yo al hablar he empleado sin precisar «real», cuando os decía que no hay por qué distinguir entre las ideas que la gente se hace y la realidad que uno vive. Efectivamente, en la Realidad en sentido estricto, que es la Realidad histórica (no hay presentación más perfecta que la histórica), desde luego, las ideas se combaten en esa Realidad en nombre de esa Realidad ideal, la Realidad está hecha con ideas, consiste en una idea de sí misma; y si no hay ideas, es decir, significados de las palabras que los tengan, no se puede decir 'Realidad'. Si no hay esto, si no hay aplicación de significados de las palabras semánticas, no hay Realidad que valga: eso queda por debajo de la Realidad, bajo ella.

Y es justamente la no-Realidad la que estaba en el mito. Por ejemplo, ante una invasión, qué digo yo ahora, de colores, púrpuras sanguíneos, y de fragancias, y de olores, puedo estar seguro que por debajo de allí hay algo. Pero es aquello, es algo sub-real, es mítico, es recordado subcientemente, pero desde luego, real no. La Realidad es pues necesariamente algo ideal; esto es otra cosa que, aunque sea dicho así a modo de esquema, también conviene no olvidar. De forma que, cuando antes decíamos, por ejemplo, a propósito de la poesía, que surge como un procedimiento de despertar lo otro, la recordación viva, estábamos diciendo, al mismo tiempo, que era una forma de denunciar la falsedad de las cosas. Porque la Realidad, aparte de ser real, es necesariamente falsa. Si no hay falsificación, no hay real. La Realidad es esencialmente contradictoria, por tanto es lógicamente falsa; es necesariamente mentirosa, con todo lo real que pueda ser, y por tanto no tiene que ver nada con la verdad, a pesar de que en el lenguaje corriente empleamos los giros "en realidad" o "en verdad" como equivalentes. Pero, sin embargo, son cosas bien distintas. La una, la verdad, pertenece al reino del pensamiento, de la lógica, mientras que la otra pertenece a lo real, que se contrapone a lo verdadero.

Cualquier intento de recordar vivamente un sueño, cualquier intento de *hacer* poesía, no *decirla*, *hacerla*, tratándola de esa manera que he dicho, como un intento de recordación no histórica, de esa manera está luchando contra la Realidad, contra la idea; pues ya he dicho que la Realidad es necesariamente ideal. Tal vez os sorprenda un poco si añado que eso mismo es lo que hace la lógica desmandada, una lógica, una razón de la que llamo razón común (podría llamarla sentido común, a poco que me apurais), una lógica que pretendiera no aplicarse a idea ninguna ni tener ninguna idea que defender, sino justamente ir detrás de la denuncia de la mentira, que es la única forma de verdad que a nosotros, entes históricos, nos toca, la denuncia de la mentira. Nos sorprende, porque uno está acostumbrado a considerar la razón, el razonamiento, la lógica, como algo opuesto totalmente a eso de la poesía. Pero ambos son, por lo pronto, dos ejercicios de lenguaje; y estamos viendo que tienen en común la denuncia de la Realidad.

A este propósito, quería hacer una recordación de un epigrama que primero habíamos puesto en la puerta de un instituto libre de Filología Antigua en Sevilla y después publiqué en un libro que no he vuelto a reeditar que se llamaba *Lalia*. En él se dice de una manera bastante clara esta contradicción: la Realidad está hecha por el lenguaje, puesto que está hecha por el significado de las palabras que lo tienen. Luego, en cambio, el lenguaje, sea por poesía, sea por lógica, viene a ser una denuncia. Como la mayor parte no sabéis griego, os iré dando primero la traducción, y luego os diré el verso en griego.

Levxin a[r, w\tar j, eJlovnte" aj na  
 sci vzwmen eJk avsthn,  
 ej n filovthti g j, ej pei; filovlo  
 goi k luvomen:  
 Ai} gav r t j ou[ tiv g j i[sasi kak w  
 'n w|n pavnta mogeu'men  
 h[ma ta, nuvk ta" t j au\ kuk lof  
 oreuvmeq j o[nar,  
 a[nqrwpoi de; dusa vnqrwpoi, ka ta doulw  
 qevnte"  
 crhvmasi, kai; douvlai" levxesi  
 ke creva tai.  
 Ai} d j e[mph" aj sinei"" te kai h[pi  
 ai: h\ me; n uJp; auj tai""  
 kovsmo" o{d j u{fastai yeuvdea p  
 oi k i vl j a{pa":  
 h[n d j aj naluvsa" sfa"" ti" aj fh'i  
 pot j ej leuvqera pravssein,  
 a]y aj nufai vnousi n yeuvdea ta; sf  
 evtera:  
 oi{h Phnelovpeia kat j h\mar fevrb  
 en a[nak ta"  
 ej l pivsi, nuk to; " d j au\ eij " e  
 [tuma strevfeto.

*Las palabras, pues, camarada, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una  
 con amor, eso sí, ya que tenemos nombre de 'amigos-de-la-palabra';  
 pues ellas no tienen por cierto parte alguna en los males en que penamos  
 día tras día, y luego por las noches nos revolvemos en sueños,  
 sino que son los hombres, malamente hombres, los que, esclavizados  
 a las cosas o dinero, también como esclavas tienen en uso a las palabras.  
 Pero ellas, con todo, incorruptas y benignas; sí, es cierto que por ellas  
 este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él;  
 pero si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez  
 en sentido inverso van destejendo sus propios engaños ellas,  
 tal como Penélope por el día apacentaba a los señores  
 con esperanzas, pero a su vez de noche se tornaba hacia lo verdadero.*

[Público] — La Física, ¿es verdad o Realidad?

[AGC] — No: la Física es la Ciencia de la Realidad por excelencia. Todas las ciencias positivas son ciencias de la Realidad, pero la Física por excelencia; de modo que cuando en griego se titula un libro *Peri tēs phusikḗs* se puede tranquilamente, por anacronismo, decir *Acerca de la Realidad*<sup>2</sup>.

[Público] — Pero no hace Historia...

[AGC] — Es la consagración. La Ciencia está para confirmar la fe del vulgo o masas de individuos en la Realidad, una fe o saber que a su vez se ha formado en parte por vulgarización de lo que los sacerdotes o sabedores pregonaban en lo alto. Ahora, el confirmar la Realidad implica, como fundamento que es de toda ella, confirmar el Tiempo real, el de los relojes y calendarios, que es la muerte del tiempo verdadero y sin número ni nombre; de manera que, aunque la Ciencia no haga Historia, ni la Historia llegue a ser tan Ciencia como la Física, ambas al menos colaboran en el mantenimiento de esa fe en el Tiempo sabido, que es el tiempo de la muerte siempre-futura.

## II. LA CAÑA HUECA DE PROMETEO<sup>3</sup>.

*[Se habla del apuntar uno a sí mismo con el dedo señalando al centro del pecho. Entre medias hay alguien que cuenta el caso de un niño que se llamaba Hugo: le preguntan “¿Dónde está la luna?”, y la señala con el dedo; y luego “¿Dónde está Hugo?”, y se señala dentro de la boca: “Aquí”.]*

Generalmente se ha venido creyendo que eso a lo mejor hacía referencia al corazón o algo de eso, y me di cuenta de que no, de que estaba apuntando al diafragma, es decir, al centro de emisión de la voz, el centro en que muchas tribus colocan el alma. En los intentos éstos, que no son sólo característicos de la cultura dominante, de darle al alma una realidad, una localización (porque lo uno va con lo otro), recuerdo que hay algunas tribus que justamente lo hacen en el diafragma, y otras en la laringe, es decir: siempre apuntando a órganos que en la situación real son los órganos de la fonación. Respecto a la laringe una vez me permití... en el mito de Prometeo, que antes hemos estado usando, como seguramente todos recordáis, en la contienda entre Prometeo, el titán, destituido pero que sigue siendo un titán, hermano de Epimeteo y amigo de los hombres, en la contienda contra el señor, contra Zeus, una de las cosas más conocidas es que, habiendo Zeus negado el fuego a los hombres (se supone, por tanto, que ha habido ya una civilización, que de alguna manera sabe que el origen de la civilización está en el fuego, en el uso del fuego), hasta el punto de ni siquiera herir a los robles con el rayo, que habría sido la ocasión para que los hombres aprovecharan y cogieran brasas para encender sus hogueras, Prometeo procede a robárselo: va al cielo y le roba el fuego a Zeus. Le roba el fuego y, en la versión hesiódica, y en otras varias, se lo lleva *ἐν κοίλῳ ναυρῳχίῳ*, en una caña hueca. Se lo lleva escondido en una caña hueca, cosa que, de por sí, no parece el vehículo más propio para llevar fuego, pero que efectivamente así es: se lo lleva a los hombres. Ahí tenéis, claro, apenas disimulada, la laringe; de forma que es como si el propio Prometeo llevara el lenguaje en su garganta. Llevara el lenguaje en su garganta y se lo fuera de esa manera a enseñar a los hombres. Es una interpretación, como todas, sujeta a dudas, porque los mitos están para oírlos no de una manera, sino de múltiples, y dejar que esas múltiples maneras en que se los oye puedan o casar entre sí o

---

<sup>2</sup> En consecuencia con esta observación, el autor tituló como *De la Realidad* su traducción del *De Rerum Natura* del poeta latino Lucrecio.

<sup>3</sup> Transcripción de la charla y coloquio que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid el 17 de noviembre de 1999, dentro del ciclo aún en curso de tertulias políticas.

pelearse entre sí, pero tratar de oírlas todas. Eso es algo que está implicado en nuestra constante recomendación metódica que es dejarse hablar en lugar de hablar uno: está implicada la de dejarse oír, por supuesto, y con respecto a las formulaciones que más o menos vienen de abajo, del pueblo, de una tradición que se hunde atrás de la Historia, esta recomendación de dejarse oír es donde rige con más rigor, con más pertinencia, dejarse oír el MU que viene de antes de la Historia.

[Público] — Es a raíz de esto último que has dicho tú, porque hasta el día de hoy yo había pensado que, cuando tú utilizabas el término de dejarse oír, hacías referencia a (creo que fue Lacan quien lo dijo) que aquello que era importante en el hombre, no era el hombre que hablaba ni lo que decía el hombre, sino aquello que hablaba dentro del hombre.

[AGC] — Sí, tiene que ver. Muy pertinente. Yo no recordaba el testo de Lacan, pero, entre los muchos juegos que el viejo profesor hacía, pues también, lo mismo que a los que narran los mitos, se le podía escapar alguna cosa como ésa, de sentido común, de mero sentido común: es lo que en uno habla lo que importa de cuando uno habla.

### III. DE HALLARSE FUERA DE LA HISTORIA<sup>4</sup>

En este librito de líricas ferroviarias hay la que aquí hice imprimir como número 25, que os voy a leer:

*Cuando no ponen furgón de cola  
y que tú en la plataforma del último vagón  
a lo que huye te asomas,  
un nuevo servicio del ferrocarril  
tan de gracia se te otorga.  
¡Pongan atención!,  
que voy a decir de otra  
manera la teoría de la relatividad,  
aquélla del sabio de las canas locas,  
que tantos trenes se le entrecruzaban  
dentro de la chola.  
A saber: que si la vista la centras,  
o casi toda,  
en el alejarse de los raíles que por bajo  
paralelamente se arrojan  
y en los postes y cunetas  
que de cerca la vía bordan,  
entonces, por contra,  
ves con el resto de los ojos  
que las nubes allá redondas  
y las casas lejanas  
y las puentes remotas  
te siguen, te siguen,*

---

<sup>4</sup> Transcripción de la charla y coloquio que tuvo lugar en el Ateneo de Madrid el 8 de diciembre de 1999, dentro del ciclo aún en curso de tertulias políticas.

*y se te acercan animosas:  
cuanto más lejanas quedan,  
más parece que retornan.  
La huida real de lo inmediato,  
señores y señoras,  
parece ser la condición  
de la ganancia aparente  
de la pérdida de las cosas.*

Ése era el poemilla, y como tal vez requiere que, para nuestro aprovechamiento en la tertulia, se le hagan glosas, que intenten ver qué es a nuestro propósito lo que dice, pues a ello paso un momento antes de daros la palabra... trato de glosaros la cuestión: (no sé si alguno tiene una experiencia semejante y puede apoyar o rebatir la que en el poema se utiliza: en esa situación excepcional en que se puede asomarse en un tren para atrás —hace poco se me dio otra vez la ocasión de renovar la experiencia, a pesar de que no haya ya furgones de cola como los que dicen en el poema, pero como resulta que el tren...): se trata de que, bueno, aquí a lo que se llama ojos o vista queda evidentemente dividido: se piensa que la atención mayoritaria, la mayor parte de los ojos, en ese caso se deciden a mirar, recoger, lo más inmediato, lo que pasa más cerca: los propios raíles y balastos escurriéndose por debajo del tren, saliendo de debajo del tren a toda velocidad y todos los demás elementos de cercanía, y, como eso no agota los ojos al parecer, uno, de todas formas, siente, pero con otra vista, eso que en el poema se dice: que las cosas más lejanas, no sólo no se alejan, sino que dan la impresión de echársete encima, de venirse cada vez más cerca: los montes, las chozas en el alto de los montes, los árboles que van quedando lejos... Si alguno tiene la intención de decirme que estas cosas son subjetivas, que me lo diga después si quiere pero tampoco voy a hacer mucho caso, porque no creo mucho en la diferencia entre esas cosas que ellos dicen de la subjetividad y la objetividad; maldigo de las dos por igual, de manera que no puedo detenerme mucho a hacer distingos. Esto quiere decir que hay esta posibilidad de que, efectivamente, el centrarse en lo más inmediato de eso que se llama paso del tiempo, paso de la vida, centrarse y sentirlo con toda la inmediatez posible, pueda acarrear consigo un efecto paradójico semejante, es decir, que los tiempos que en la visión de la Historia quedan condenados a una lejanía prehistórica y más que prehistórica todavía, se vuelvan cada vez más cerca, se le echen a uno encima: ése es el sentido que pienso que puede tener la cosa. Hay que prevenir fáciles y torpes maneras de entenderlo; porque uno puede pensar que eso de atender a lo inmediato quiere decir atender a los negocios inmediatos, que es lo que se hace, y pensar qué voy a hacer esta tarde y que al entrar en el piso voy a poner el televisor. Evidentemente esa es una inmediatez muy escasa: aquí se está apelando a una inmediatez mucho más inmediata, que no implica ninguna forma de proyecto o proyección a un futuro ni siquiera muy próximo, porque entonces eso no vale nada; eso es la vida corriente a la que estamos condenados, que está hecha de futuros largos - como por ejemplo cuando me case o cuando me saque la oposición o cuando me jubile-, futuros cortos como éstos de si podré encender el televisor cuando entre en el piso, o si voy a encontrar sitio para aparcar el bicho, el popó. De manera que no es eso, sino por el contrario: algo que no implica ninguna forma de proyecto, ni siquiera muy cercano, ni tampoco lejano, que no implica cosas que se van a hacer con la vida, con los días o con las horas o los minutos de uno, que no implica nada de eso. Se apela, frente a ello, a una inmediatez, que surgiría precisamente como sensación en el momento en que se hubiera prescindido de todas esas proyecciones. Entonces es como si uno de verdad sintiera - aunque la metáfora no me gusta mucho- correr el tiempo, lo sintiera correr o lo sintiera fluir. Eso es a lo que se apela con la, más que visión, sensación inmediata de lo que está pasando.

Puedo hacer un paréntesis para hacer constar que algunas de las artes que se llaman temporales, de vez en cuando, por principio, justamente se dedican a ayudarnos a eso, a procurar esa sensación. El propio cultivo del ritmo, el ejercicio del ritmo en música o en poesía -cuando la poesía tenía esas condiciones del ritmo del silabeo en la mera recitación- parece que va en ese sentido, como si dijera: con eso de contar los minutos y pensar lo que vas a hacer mañana o dentro de una hora, tú no te das cuenta de lo que está pasando. Pues (¡entérate!) está pasando eso. Te lo hace sentir por medio del ritmo, que es de alguna manera contable (cualquier poeta, cualquier músico lo sabe), pero no es exactamente proyectable o previsible, como las otras cosas que os he dicho antes. De forma que los grandes desarrollos de las artes poéticas, como el del teatro sobre todo, debían estar dedicadas a lo mismo. Es decir: ahí el ritmo no sólo es el ritmo del silabeo, sino, a partir de él, el ritmo de los pasos, de los gestos todos medidos, de las acciones, de las entradas y salidas y todo el ritmo del drama. Todo como destinado a decirle al espectador: es que no te das cuenta de lo que te está pasando; y no te das cuenta precisamente porque te crees que sí; porque te crees que sí en la vida corriente, y reduces tu vida a esa composición de tramos sucesivos que el calendario y el reloj pueden contarte; pero es mentira: te está pasando, mucho más de verdad, algo. De forma que es también algo paradójico, pero razonable: la esageración (podríamos decir disciplinaria, militar) que el ritmo de la música y cualquier otro ritmo medido exige, paradójicamente implica la posibilidad de despertar esa sensación verdadera, no distraída con futuros ni con proyectos, de lo que está pasando. De manera que a eso -ayudando o no las artes poéticas o musicales- aludía lo de sentir de inmediato, aquello que en la imagen del tren consistía en fijar ahincadamente los ojos en el balastro y los raíles, y por tanto, desde el punto de vista realista, no ver nada, y precisamente en el no ver nada poder recoger algo de esa sensación.

Bueno, pues si seguimos el poema que habéis oído, eso debe traer consigo la consecuencia paradójica de que se nos acerca y amenaza con echársenos encima lo más lejano. Lo más lejano quiere decir también, esagerando hasta el extremo, lo muy lejano. ¿Qué quiere decir lo muy lejano? Quiere decir lo tan lejano que ya no se puede contar con las fechas de la historia, que ya de alguna manera se sale de todos los calendarios -que como sabéis no remontan a tanto, remontan a unos diez mil años más o menos, desde que empezó la Historia propiamente dicha, desde la escritura-, y nos puede hacer acercar lo que está mucho más lejos que eso. De forma que esa es la paradoja que se nos propone y que propongo como, sí, paradójica, pero creo que muy fiel a algo verdadero que nos está pasando o nos puede pasar. Lo uno y lo otro, que parecen las cosas más opuestas, vienen a ser en cierto modo lo mismo. El sentir lo que ahora mismo está pasando y el ser capaz de recobrar una sensación de lo prehistórico, de lo más lejano, vienen a ser lo mismo en cuanto que están contra lo mismo. Ésa es la primera señal de acercamiento: lo uno y lo otro está contra la realidad, ésa es la cuestión. Todo eso que llamamos Realidad y contra lo que aquí estamos luchando está justamente hecho de relojes y calendarios; para que haya los cuales tiene que haber ideas, por supuesto, ideas definidas de las cosas, que por tanto sólo entonces pueden contarse en número, y, entre las cosas, en último extremo o en primero, los ratos del pasado, reducidos ya a tiempo computable en relojes o calendarios. Así está hecha la Realidad; y por tanto, la Realidad misma y el régimen que la sostiene y al que ella sostiene, se opondrán constantemente a lo uno y a lo otro a la vez. Se os opondrán constantemente a que sintáis de veras lo que está pasando. Los intentos que antes he citado de algún caso de las artes temporales son justamente la excepción: allí, a pesar de todo, algo de lo vivo, de lo pueblo, estalla y quiere, desea, sufre la tentación de sentir, de veras, y esto va contra el orden: ningún régimen puede recomendarlo. Lo que el régimen quiere no es que se sienta qué es lo que a uno le está pasando, sino que lo sepa, que se haga cargo de ello, que se haga responsable en cierto sentido, que lo convierta en cumpleaños y en proyecto de futuro. Esa es la orden; y por tanto, cualquier tentación de sentir lo inmediato, sin intervención del tiempo, sin reloj y calendario, eso va contra el orden, no cabe duda. Y va contra el orden eso de recobrar la sensación de lo perdido, de lo perdido desde antes de la Historia (del Hombre

o de uno, eso no hace falta añadirlo). Va contra el orden porque, si el régimen pudiera, con la Ciencia a su servicio, habría declarado que la Historia es todo el tiempo que hay y no hay más tiempo que el de la Historia (eso para empezar): en el viejo régimen, por supuesto, cuando la cultura era la Iglesia y no había más, sus teólogos bien que lo procuraban cuando ponían el comienzo del mundo en el año cuatro mil... a ver si lo recordáis cómo era el comienzo del mundo según la teología judaica más bien cristiana 5.781 o setenta y tantos, sí: cuatro mil y pico yo decía desde Cristo, cinco mil y pico desde ahora. De manera que bien que lo procuraba: así estaba todo arreglado. Con el Progreso, pues pasan esas cosas paradójicas del Progreso: que, efectivamente, hay nuevos descubrimientos que estropean la Teología o Ciencia anterior, que la desbaratan y que obligan a reconstruirla con otras nociones, sobre otras bases, no para que venga a decir la verdad, sino para que siga diciendo la mentira de maneras más eficaces, como corresponden a los tiempos. Pero por eso, por el hecho de que la Ciencia misma tenga que reconocer que antes de esos diez mil años ha habido por lo menos unos quinientos mil que había gente por la tierra, hablando, o que la Ciencia tenga que reconocer que muchos millones antes de se había empezado a desarrollar eso que se llama la Vida, y que la Ciencia tenga que hacer retroceder el Primer Estallido hasta todos los millones de millones que sean precisos, ¿quiere decir con esto que nos hayamos salido del cuadro? Pues no. La imaginación científica de la prehistoria es histórica y no puede ser otra cosa. Es decir, que gracias a la Ciencia lo que conseguimos es que se cuenten las cosas de antes de la historia a partir de la Historia y según el modelo de la Historia; de ninguna otra manera que nos permita sentir nada de eso de lo perdido o de lo prehistórico: lo Prehistórico es histórico. Y a la pobre tierra le hacen lo mismo que a los hombres; porque, una vez que hay una Historia de la Humanidad, un Historia de la Vida, pues ¿por qué no va a haber una Historia de la Tierra, una Geología que sea esencialmente histórica? Y así el resto del mundo; y así una y otra vez se ven obligados a establecer el momento de la Creación, pretendidamente computable, en millones de millones, por tanto, dentro de la historia. Como si estuviera ya sometido al calendario y al reloj (incluso algunos fantasiosos tratan de distinguir milésimas de segundo desde el Big Bang y cómo se van desarrollando algunos de los procesos. Esto es una cosa un poco caricaturesca pero reveladora; reveladora de lo que estoy diciendo más en general sobre la Ciencia como heredera de la Religión y la verdadera religión que hoy padecemos). De manera que esto es contra el orden también: dejar que por afán de sentir lo inmediato se nos acerque alguna sensación de lo verdaderamente prehistórico, de lo verdaderamente perdido, esto también es contra el orden. Las dos cosas van contra esta estructura esencial de la Realidad, que está hecha, por supuesto, de ideas: la Realidad es ideal. Quiero recordar entre paréntesis que no hay una Realidad común, sino solamente realidades tribales, porque la realidad está hecha con el vocabulario de palabras con significado de cada lengua, y las lenguas no coinciden en su vocabulario, aunque coincidan en otras cosas. Lo que pasa es que, con el Progreso, la tribu dominante, ésta en la que estamos metidos, la del Primer Mundo o Régimen del Bienestar, pues da la impresión como si fuera la única tribu, y por tanto, su realidad la única realidad, y todas las demás están hace mucho tiempo sometidas. Y lo que al principio recordaba de cómo los herederos de cualesquiera otras de éstas que llaman culturas tienen que contar los años a partir del nacimiento de Cristo, pues es revelador, y tienen que tener los mismos relojes todos y los mismos calendarios todos, de manera que lo que hace más dañosa a esta realidad del régimen que padecemos es que se quiera hacer pasar, de la manera más eficaz, como la única. Todas las otras están sometidas: el vocabulario semántico de las lenguas que antes llamaban occidentales [se ha impuesto como la Realidad sola y única.]

La Religión se ha dedicado desde el comienzo de la Historia precisamente a eso, a machacar al pueblo por medio de la fe en una realidad, por tanto en un reloj y en un calendario. Sólo que a nosotros nos ha tocado vivirlo en su pleno florecimiento, en su culminación, y así ésta de la Ciencia es la religión más difícil de denunciar; pero simplemente difícil, como estáis oyendo, no imposible. No imposible gracias

a eso de que nunca estamos bien hechos del todo, o, dicho en un lenguaje aún más coloquial, que nunca nos lo acabamos de creer, nunca nos lo acabamos de tragar, nunca nos lo creemos del todo, nos queda algo por lo bajo que nos dice NO y gracias a eso podemos seguir aquí intentando hablar o hacer algo.

[Público] — Se me ocurre algo: una manera de escapar a la realidad muy efectiva es ésa que cuenta Proust en *En busca del tiempo perdido* de que al comer una magdalena o al pisar un pavimento... entonces le llega una noción muy viva de una especie de felicidad o noción de lo que fue o algo así Y yo tengo algo parecido: en Madrid he pasado por alguna casa antigua y me olía a leña quemada, y a mí me dio esa sensación de una especie de felicidad de entrar en contacto con algo que está dentro de mí, que no tiene nombre, que es felicidad, que soy yo pero que no tiene nombre, y que parece que apunta a eso que dices.

[AGC] — Sí, pero sin embargo tiende a interpretarse como un recuerdo de cuando en la niñez se comió una magdalena, o cuando, en tu caso, pasaste por alguna casa, por algún sitio, pero es un recuerdo antihistórico, es la vuelta a lo lejano. Sí, tienes razón en sacar esto, porque yo antes, al hablar de las artes temporales, me he centrado en el ritmo, que era lo más inmediato, pero no hay que olvidar que la poesía, cuando había poesía en el mundo, tenía también estas virtudes de que, utilizando el lenguaje, los significados de una lengua determinada, de una tribu, de un idioma, sin embargo al hacerlos chocar producía algunas concepciones imposibles de concebir y por tanto, de esa manera, infería una cierta herida a las ideas de la realidad, a las ideas constitutivas de la realidad; despertaba, al hacer chocar realidades de las **aprendidas** (¿), una impresión neta de la falsedad de esas realidades, y por tanto sugería, de esa manera necesariamente indefinida, vaga, alguna otra cosa que no era de este mundo.

*[Pregunta que no se oye muy bien acerca de los sentimientos y sensaciones más profundos que están asociados a cosas del pasado en la memoria]*

[AGC] — ¿De la Historia o de la nuestra?

[Público] — No: de la nuestra, de nuestra vida.

[AGC] — Creo que el mecanismo que he tratado de explicar, valga para lo que valga, creo que está bien claro: no sólo no cuenta con ningún pasado de cumpleaños o de historia, sino que está directamente contra él. Es decir: he tratado por medio del ferrocarril de suponer que quien se queda prendido a ver salir disparado por debajo del tren el balastro y los raíles, ése no está viendo ni futuro ni pasado ninguno, está verdaderamente sintiendo algo de lo inmediato, del pasar. Es decir que esto, que luego por otra parte me sugerís que puede acarrear ese acercamiento de las cosas más lejanas, de antes de la Historia, este mecanismo, lo uno y lo otro, va contra la Realidad, por tanto, contra el pasado histórico de uno, contra la concepción de su propia vida como una vida, contra la concepción de la Historia misma, contra la concepción de la Realidad.



## Entrevista a Agustín García Calvo por Santiago Martínez

"Poesía contra información" fue el tema elegido por Agustín García Calvo para inaugurar las cuartas jornadas sobre "Poesía i mestissatge" celebradas esta semana en la Universitat de Barcelona. Organizadas por Aula de Poesia, que preside Jordi Virallonga, el premio ha sido otorgado este año al poeta canario Jorge Justo Padrón por su obra "Escalofrío". García Calvo, un poeta de larga trayectoria y de difícil ubicación, sigue sometiendo el poder y el lenguaje a una crítica implacable.

--"Lo primero es no creer", dice usted, ¿no ve ningún valor que tener en cuenta?

--No, por supuesto, no hay nada impositivo que se pretenda real que no esté incluido en los manejos y el aparato del poder. Por tanto, rechazo cualquier noción de valor en el sentido en que suelen emplearlo los que mandan, que siempre están pidiendo valores e ideales. Incluso a la gente que me acompaña en esto suelo recomendarles que cuando alguien les oiga decir "no" y les diga, ¿pero entonces qué hay?, ¿cuál es la alternativa?, que tengan el valor de decir que no la hay, ninguna; y recordar el verso de Machado: "Se hace camino al andar".

--Sin embargo, el pensamiento actual reivindica la necesidad de valores que superen el escepticismo.

--Bueno, es un engaño con el que literatos y filósofos contribuyen a confundir a la gente. En general, los jóvenes están demasiado llenos de valores, creen en demasiadas cosas. Toda la equivocación nace en que se cree que cosas como la moto, el auto, la discoteca o la televisión no son valores y no son ideas. Y eso es mentira, son ideas, son valores en los que se hace creer. Hay sobra de fe, sobra de ideas, en contra de lo que estos señores propugnan.

--Usted ha realizado también una crítica contra el lenguaje.

--El poder maneja el lenguaje en cuanto al vocabulario semántico y ahí se producen todos los días tergiversaciones, malentendidos y juegos retóricos de todo tipo.

--El eufemismo, ¿sería el símbolo máximo de esa ocultación por parte del poder?

--Es una de las formas de retórica. Siempre se ha venido hablando eufemísticamente y también lo hace la gente corriente. Especialmente era tradicional que la mención de semantemas del tipo mierda, dinero, sexo o muerte pasaran por la retórica del eufemismo. Ahora el dinero ya no es un tabú, y eso es muy curioso, porque es en el momento en que domina de la manera más perfecta y más mortífera cuando ya se puede hablar de dinero tranquilamente.

--¿Colabora Internet en ese pensamiento único del que tanto se habla?

--Sí, el procedimiento desde luego es planetario en su intención. Parece como si fuera la repetición misma de eso que yo llamo falsificación de la realidad, y además constitución de esa idea del planeta, del globo, en el que la vieja Tierra aparece ya convertida en algo completamente abstracto. Pero, al mismo tiempo, parece que las posibilidades que la red informática universal abre tal vez pudieran ser, por su propia falta de límites, interesantes. Sospecho, sin embargo, que pronto la acumulación de comunicación de todas partes en la red se convertirá en una forma de inutilización de sus virtudes.

--Usted contrapone el lenguaje popular al oficial, ¿qué opina de las políticas oficiales de protección de las lenguas?

--El poder tiene la capacidad de tomar una lengua determinada en bloque y utilizarla para la constitución de un nuevo estado o de una nueva unidad de destino. Este fue el truco que de una manera ejemplar llevó a cabo Roma con la imposición de un latín unificado en vastas regiones y que

después se ha utilizado en estados modernos, en Francia, Gran Bretaña, España y que otros nuevos estados siguen imitando sin ninguna novedad. El objetivo es unificar y definir, es decir, hay que conseguir que la lengua sea lo mismo desde una frontera artificialmente trazada hasta la otra. Sin embargo, hay que recordar que todas las lenguas de Babel tienen algo de una gramática común, una razón común, pues todos los pueblos son el mismo, son simplemente pueblo, y como decía el bandido catalán Bac de Roda, cuando lo iban a ahorcar:

"No me matan por traidor,  
por bandido no me matan,  
me matan por haber dicho  
que el pueblo no tiene patria".

Y eso es una cosa que habría que estar recordando constantemente: el pueblo no tiene patria.

--¿Cómo andan en cuestiones de métrica los poetas actuales?

--Hasta hace pocos años, la tontería esa del verso libre, que quiere decir simplemente el prescindir de las artes rítmicas, era dominante. Y resulta que en no mucho tiempo, en menos de cincuenta años, han ido apareciendo poetas que habían perdido ya el sentido de lo que es un endecasílabo y la métrica literaria tradicional. Últimamente han vuelto a hacer sonetos, y entonces te das cuenta de que no saben, que les sale mal. Se ha perdido la tradición literaria, lo que para mí es especialmente irritante.

--¿Cuál es la finalidad de su poesía?

--Que a la gente corriente le sirva para algo. En realidad, lo mayoritario es que tanto la poesía como las artes en general sean cosas que se hagan por un lado y se consuman por otro como mera publicidad. Se hacen para figurar en el mortal calendario de la historia y se consumen para hacerse cultos. Mi intención es que la gente lo utilice para el descubrimiento de la falsedad de la realidad: el poeta se ha quitado de en medio y ha dejado que hable de verdad lo que permanece vivo.

## Entrevista a Agustín García Calvo por Babab

Hace pocas semanas nos reunimos con Agustín García Calvo<sup>1</sup>: filólogo, latinista, profesor, articulista, traductor, poeta, maestro y, sobre todo, boca por donde el pueblo habla. Y con él conversamos sobre lengua y pueblo, sobre Realidad y Cultura, sobre enseñanza y poesía. Conversamos, en resumidas cuentas, sobre la vida.

Aquí os traemos el resultado, lo más fidedigno posible, de nuestra honda conversación. Incluso, por parecernos útiles, hemos mantenido (poniéndolos entre paréntesis) comentarios accesorios, que la propia conversación a su paso iba haciendo aparecer, o indicaciones del mecanismo mismo de la grabación.

(Babab: Mira, he traído esto.

Agustín García Calvo: ¿Qué has traído?

Babab: Es lo del libro. Lo de Lalia. El epigrama en griego que viene ahí. A. G. C.: ¡Ah, sí!

Babab: Es que te voy a preguntar lo primero sobre esto. Entonces, a lo mejor quieres tú decir la versión en español. O... Yo la voy a copiar... Hombre, allí, en la entrevista, no la puede oír la gente...

A. G. C.: No. Más bien lo que yo podría hacer era leer la versión en griego, que es la que está, en fin, en música.

Babab: Claro, si quieres...

A. G. C.: La versión en español no la hice así. Si quieres hacer eso, lo que podemos hacer es que tú lees en español dos versos y yo leo los dos versos en griego. Y tú sigues. De dos en dos.

Babab: Es que forma parte de la primera pregunta. Babab: Bueno, ¿empezamos?

Babab: Venga, sí, empezamos.

Babab 2': La grabadora funciona bien. Tú procura hablar un poco alto cuando hagas las preguntas, porque la tienes más lejos.

Babab: De acuerdo. Vamos allá.)

**Babab:** En un libro tuyo de hace unos 30 años, titulado *Lalia: ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*, ponías, a modo de presentación, un epigrama griego que -por lo que allí dices- aparecía escrito sobre la puerta del centro de estudio libre de filología que funcionó algunos años en la Facultad de Letras de Sevilla.

(Babab: La versión en español dice así. Si quieres podemos ir mezclando.

A. G. C.: Podemos hacer como te he dicho; vas haciendo dos versos en español...

Babab: Lo que pasa es que no los tengo aquí apuntados. Los dos primeros sí que los tengo. Tenemos que leerlos tú y yo de la misma hoja, ¿de acuerdo?

-Para mayor comodidad del lector, ponemos seguidas cada una de las versiones.-)

**Babab:** En ese hermoso epigrama se alude a la doble cara, a la aparente contradicción que subyace en la lengua: que, por un lado, es ella la que, dejada libre, cuando es común y no tiene dueño, nos descubre los engaños de que está hecha la Realidad; pero que, por el otro, utilizada por los hombres, por los individuos, utilizada como un instrumento más al servicio del Poder y del Dinero (y, como se puede constatar en muchos ejemplos, uno de los instrumentos más eficaces), forma, teje los diversos engaños que componen la Realidad.

¿Podrías aquí aclarar una vez más eso que llevas muchos años aclarando: qué es eso de la lengua? ¿Y eso otro que tanto tiene que ver con lo anterior, pero que constantemente tratas de deslindar, denunciando la gran confusión reinante: que la lengua no es Cultura?

**La lengua sigue siendo, por debajo, común, de nadie; ajena, por tanto, también, al Dinero. La razón común, la lengua común, no se compra ni se vende. Es la única cosa no natural que se nos da gratuitamente.**

**A. G. C.<sup>2</sup>:** Sí. Esas cosas, más o menos, las seguí diciendo. Supongo que cada vez las he dicho un poco menos mal. Y tal vez lo que nos toca ahora es perfilar esas formulaciones algo. Hace mucho que no me gusta ya hablar de los hombres, y mucho menos de 'el Hombre'. Sí se habla de que la lengua, que es lo mismo que la razón -en griego no se distingue lo uno de lo otro-, sí se dice que la lengua, o razón, está sometida a un servicio que la degrada. No se puede decir que sean los hombres simplemente o el Individuo; es el Poder en abstracto, y el Capital, es el Estado, cualquiera de las formas de aparición de Dios, la que de alguna manera puede cargar con la culpa de ese sometimiento, de esa servilidad. Es así como la lengua se convierte en una lengua idiomática, es decir, privada, particular, en lugar de ser lo que era, lo que sigue siendo por debajo: común, de nadie; ajena, por tanto, también, al Dinero. Las cosas que se fabrican con ella (visiones del Mundo, Cultura, Literatura y demás), éstas se compran y se venden. Todos los días lo vemos hasta qué punto a través de los Medios y de la Comunicación en general se venden y se compran cada vez más, pero la razón común, la lengua común no se compra ni se vende. Y ya ves que hasta las lenguas idiomáticas, los idiomas -con los que tenemos que contar, porque es la única manera en que la lengua común se nos aparece, a través de idiomas-, aun éstos a los niños se les dan de balde, nadie manda en ellos en principio; mientras que en la Cultura y, por tanto, en la Escritura, en la Ortografía, ahí los Señores, es decir, los criados del Capital y del Estado, pueden mandar, y mandan, y ahí introducir todas las falsedades, arbitrariedades, que desfiguran la lengua. Pero la lengua de por sí se le ha dado ya a cualquiera gratis, y es la única cosa que, siendo como es, no natural (en el sentido en que la Ciencia trata lo natural), sino artificiosa, artificial, la única cosa que, siendo una máquina, se nos da gratuitamente, a pesar de todo, y por debajo de toda la compraventa que Estado y Capital se traen.

(Babab: Sí, sobre esto de la gratuidad luego hay alguna otra cosa aquí. Volveremos un poco a ello.)

**Babab:** De todo el aparato de la lengua (su estructura con sus elementos y sus reglas) vienes afirmando -y con razón- que es sólo en la capa más superficial (la del vocabulario semántico), la más cercana a la conciencia del hablante (o incluso plenamente instalada en la conciencia), donde puede actuar o influir la Cultura. Pero ¿no te parece que a veces, en los últimos tiempos, también la Cultura está actuando sobre capas mucho más profundas, como, por ejemplo, en el género -asunto que, por cierto, tan de moda está y

sobre el que todo el mundo opina-? Por ejemplo, hace unos 4 años (pero los ejemplos se pueden multiplicar) le oí decir en la televisión a una periodista de esas que llaman de prensa "rosa" o "del corazón" el sintagma "directoras generales", y no hablaba en broma. Claro que, probablemente, en este caso hay que pensar que se trata de una persona culta, y que a nadie del común se le ocurriría decir semejante cosa. Porque, si un día oímos decir a la gente, como si fuese lo normal, "agua corriente" o "luna menguanta", por ejemplo, entonces, apaga y vámonos: entonces es que ya la Cultura nos ha devorado las entrañas.

Tú, ¿cómo ves esto?

**La gente habla así de bien porque no sabe lo que hace cuando habla. La lengua, de verdad, funciona por debajo de la conciencia. Los únicos sitios donde el Poder puede mandar sobre la lengua son los superficiales.**

**A. G. C.:** Bueno, ya lo has dicho, lo principal, casi todo. Voy a intentar decirlo de una manera todavía más sencilla, más clara. La lengua, de verdad, funciona por debajo de la conciencia. La lengua no se sabe, en el sentido del saber científico, personal o consciente. La gente habla así de bien porque no sabe lo que hace cuando habla; y, justamente cuando empieza a saber lo que hace, y trata de meter la conciencia y la nariz en la lengua, es cuando la estropea. La condición es lo que he llamado hace ya muchos años "subconsciente", en el sentido freudiano, es decir, la región adonde van a parar las cosas que se olvidan para poder hacerlas bien, es decir, que siguen por debajo funcionando, pero que no están ya sujetas al saber, a la conciencia. De manera que ahí está la diferencia esencial, porque, en cambio, las cosas de la Cultura, la Escritura misma, son conscientes, están sometidas a un arbitraje voluntario; y, aunque ocasionalmente puedan también las producciones artísticas (tocar un piano, bailar una danza) llegar a hacerse automáticas, es decir, aprovecharse de ese subconsciente, que la lengua ha creado la primera, sin embargo, están mucho más cerca de conciencia y se prestan más a manejos de un tipo o de otro. Tus ejemplos no son tampoco muy profundos en la lengua. Efectivamente, como has dicho, los únicos sitios donde el Poder puede mandar -y estropear- sobre la lengua son los superficiales, es decir, los cercanos a conciencia. Y, por tanto, lo que la gente o un particular cualquiera puede decir cuando le preguntan por su lengua o por una lengua, pues... siempre está entendiendo o el tonillo de las frases -lo que llaman mal llamado acento- o las palabras de significado, el vocabulario, por no decir los Nombres Propios, es decir, las cosas que menos pertenecen a la máquina de la lengua, que están mucho más por fuera. La distinción de género gramatical, sobre la que tanto se han debatido, muy mal, muy torpemente, los feministas, no consiste, ni mucho menos, en lo que ellos creen. Por un lado, no es efectivamente un fenómeno muy general, muy profundo. Hay muchas lenguas que no tienen género gramatical; y ni siquiera este error de los feministas, entre otros, se ha parado ante la constatación de que el inglés mismo, la lengua dominante de nuestro mundo, casi no tiene ninguno, porque ahí ha quedado reducido el género a los deícticos personales, a 'he', 'she', ambos frente a 'it', y nada más, y nada más; y no hay distinción, ni para nombres de personas ni de animales ni nada. Lo cual demuestra que ya de por sí es un fenómeno idiomático y no muy profundo. Pero, además, tampoco consiste en un artificio desarrollado para hacer distinción de sexo. Hay otro motor mucho más profundo, que es la necesidad de la clasificación. El vocabulario, el vocabulario de palabras de significado, es inmenso, en cualquier lengua, y sobre todo es infinito, en el sentido de que continuamente están entrando y saliendo ítems, y, por tanto, nunca puede haber un diccionario completo, nunca se puede contar; a diferencia de todos

los artilugios gramaticales de verdad, que son en número finito y están bien ordenados. Pero el vocabulario semántico, que, después de todo, es la Realidad misma -la Realidad naturalmente de cada tribu, de cada idioma-, ése es intratable por su propia infinitud; y todas las lenguas intentan de una manera o de otra reducir esa molestia de la infinitud por medio de una clasificación. Entonces, encontramos clasificaciones de los tipos más raros en lenguas extrañas; por ejemplo, oímos hablar de lenguas en que los nombres de cosas están clasificados entre nombres de cosas alargadas y nombres de cosas redondas...

(Babab 2: Huy eso, ¿no?)

... y cualquier otro medio de clasificación. Y, bueno, naturalmente, para lo que más sirve en una lengua como el español el género gramatical es justamente para eso, para producir distinciones, que a lo mejor usamos para distinguir entre un 'pozo' y una 'poza', un 'puchero' y una 'puchera', e infinitad de ítems que desde luego no tienen que ver nada con el sexo.

(Babab 2: ¿Qué es una 'puchera'?)

A. G. C.: La 'puchera' se suele decir para un guiso en algunas de las regiones.)

Por todas partes hay infinitad, vamos. Se pueden estar creando constantemente.

(Babab: Hay una obra de éste..., de Pereda, ¿no?, La puchera, que alude a un guiso santanderino.

A. G. C.: Santanderino, exacto. Pero, vamos, no hace falta acudir a regionalismos, porque esto está por todas partes. Es como 'charco', 'charca', y demás.)

Es el uso principal que se hace de eso del género gramatical, que está respondiendo a esa necesidad de diversificación y clasificación al mismo tiempo.

(Babab: Sí, por tamaños. Como, por ejemplo, cosas como cacharros nuevos: 'aspirador', 'aspiradora'... O sea, que muchas veces se clasifican por el tamaño.

A. G. C.: Sí, sí, sí. Muchas veces se hace así, o por lo que sea.)

El caso es que el ligar eso, o más bien reducirlo, a la distinción entre hombres y mujeres es un error demasiado claro para molestarse siquiera en denunciarlo; sin embargo, persistente. Y esa persistencia tal vez merece un punto de atención, porque ahí se revela justamente que los que se dedican a esas especulaciones sobre género y relación con el sexo y demás no entienden nada de lo que es la lengua, porque justamente creen que la lengua se refiere a esas cositas superficiales de cómo es el tratamiento que se debe dar al Director o la Directora, y si hay alguna ofensa -más respecto a las mujeres- en que se diga Catedrática, o, si por el contrario, es una ofensa llamarlas Catedráticos y decirla Catedrático...; tonterías por el estilo, y cosas puramente de Sociedad y de Cultura. No tienen ni idea de lo que es la lengua. Y el error político de actitudes como éstas es que justamente se pierden, se pierden con esas menudencias y superficialidades, se pierden la lengua misma, que es el sitio donde el pueblo, sin distinción de sexos, se levanta contra el Poder establecido.

**Babab:** En los tiempos que llevamos aquí (y más en otras partes) bajo el Régimen Democrático, se ha producido, más que en otras épocas, el fenómeno de una especie de fascinación, encumbramiento y ensalzamiento de la lengua, como si, en cada país, nación, región en particular, se tratase de la joya de la corona que es preciso guardar bajo siete llaves o tener bien protegida en la caja fuerte del Banco Nacional. Quiero decir que se toma a la lengua por bandera de identidades nacionales y se la defiende, se la protege, se la cuida, se la mima, y también se la utiliza como instrumento de ataque contra otras

lenguas, entendidas como competidoras. Sobre este fenómeno se observa por todas partes el afán de Gobiernos, Asociaciones, Partidos Políticos, etc. de protección de las lenguas minoritarias, en paralelo a la protección de especies animales en extinción, como si guardando a las lenguas en la Escuela, las Instituciones, los Libros se tratase de salvar su vida.  
¿Qué consideraciones puedes hacernos respecto a estas cosas?

**La lengua de verdad no pertenece a la Realidad. El Poder no puede manejar la lengua porque empieza por no poder entenderla. Los Ejecutivos de la Cultura no pueden entender la lengua.**

**A. G. C.:** Bueno, en primer lugar, que también en este caso has dicho prácticamente todo lo que hay que decir, y lo has dicho bastante bien, como en las ocasiones anteriores. De manera que apenas puedo hacer más que apuntar en alguno de los puntos, es decir, volver sobre todo sobre lo que al principio hemos dicho de la condición de lo idiomático.

(Babab: Eso es importante, sí.)

Es esta condición la que confunde la lengua de verdad, que es la razón común, con una lengua determinada. Hay que hacer costar que la lengua común, la lengua de verdad, ésta no pertenece a la Realidad, y, por tanto, nosotros no podemos captarla ni oírla. Solamente podemos, a través de las diferencias idiomáticas entre unas lenguas y otras, reconocer algo que es común a cualquiera de ellas, una especie de gramática común que subyace a las lenguas particulares. Pero la lengua común, lo mismo que la razón, no pertenece a la Realidad. Es decir, si puede hablar de la Realidad, es justamente porque está fuera.

(Babab: Ya, ya.)

Esto conviene que quede bien claro. Bueno, sobre eso está basada la confusión, a la que ya he dedicado... Entonces, la lengua viene a convertirse en una lengua determinada, en un idioma, y el idioma es, hasta cierto punto, manejable y utilizable para las cosas que has dicho de una manera bastante clara. 'Idioma', en su etimología misma, que es la misma de la palabra 'idiota', quiere decir eso: privado, particular; se opone a público y común. Y eso lo mismo puede referirse a un idioma, tomado como lengua nacional, que al idioma particular o, como se dice en la jerga de los lingüistas, al idiolecto de una persona determinada. Esas particularidades, esas diferencias que separan a cada idioma de lo que puede ser común a todos ellos son justamente las que el Poder puede utilizar desde Arriba, por lo menos hasta cierto punto, bastante, bastante para hacer sangrar a lo que nos quede de pueblo, al sentir esa utilización y la falsificación que con ella está implícita. Desde luego no puede el Poder, de verdad, manejar la lengua, la lengua que viene de abajo, la lengua del pueblo, que no existe, porque el Poder empieza por no poder entenderla; y, entonces, sus organismos representativos, los Jefes, los Ejecutivos, los Ejecutivos de la Cultura en especial, Académicos, Profesores y demás, no pueden entender la lengua. Tienen que confundirla con otras cosas que ellos pueden entender. Es muy raro que hasta incluso un gramático o un lingüista sea capaz de desprenderse lo bastante de esta tendencia como para reconocer de verdad lo que está latiendo de común en cada lengua particular, debajo de cada lengua particular. Así que lo que manejan es lo que pueden entender. ¿Qué pueden entender? No pueden entender la lengua, pero pueden entender la Escritura. Entonces hacen las pifias que sabemos que el Poder ha hecho con la Escritura, desde siglos, especialmente en las culturas más desarrolladas. No hay una ortografía más traidora y más desastrosa que la del Inglés o el Francés o, en

menor grado, el Español. Pero es una perpetua traición a la lengua hablada; una perpetua traición a los fonemas, a las prosodias y a todo lo que en la máquina de la lengua viva está sonando, si se pudiera oír.

(Babab 2: Y el lenguaje periodístico también, ¿no?. A. G. C.:  
Empieza por ahí.

Babab 2: En general.)

Primero esa traición. Luego, naturalmente, ¿qué más pueden entender, aparte de la Escritura, es decir, de imponer una manera de escritura que traiciona a la lengua? Pues pueden entender esa parte superficial que hemos dicho, es decir, el vocabulario, el vocabulario, incluido hasta el uso de los Nombres Propios; y ahí pueden imponer leyes, ahí pueden imponer leyes. Es muy ridículo, pero significativo, en el caso de los nacionalismos lingüísticos, que en todos estos decenios están manteniéndose en esa lucha, que una de las cosas en la que empezaron por fijarse los nacionalistas eran los Nombres Propios, que ni siquiera pertenecen a una lengua.

(Babab: Eso es.)

Es decir, que habría que suponer que decir 'Londres' o decir 'París' es una especie de castellanismo que les imponemos a los nombres verdaderos de las ciudades; y que lo mismo que eso hacemos cuando decimos 'Lérida' o cosas por el estilo. Eso prueba hasta qué punto llega el desconocimiento, la ignorancia, pero ignorancia siempre revestida, de un saber falso, del que estos nacionalismos se sirven. Se ocupan justamente de las cosas que menos pertenecen a la lengua. ¿Cómo van a ocuparse de la gramática de la verdadera lengua, si ésta ni siquiera pueden entenderla? No pueden entrar más adentro de esas cosas, y las manejan.

Bueno. Sin embargo, como antes decías, lo que puede hacer de mal sobre la lengua es lo bastante importante para que el pueblo sangre, porque pueden, efectivamente, por medio de la Escuela, es decir, a través siempre de la Escritura, o de los otros Medios, que son simplemente la escritura desarrollada, vamos -no vamos a distinguir ahora entre la escritura, en el sentido más tradicional y viejo, y las imágenes de la Televisión o el uso de los Medios, como la Internet o los Ordenadores en general-. Por medio de, a través de lo que no es la lengua, sino escritura, con todos esos desarrollos que hemos dicho, pueden llegar efectivamente a establecer una cierta uniformidad, que no es natural, ni mucho menos. Las lenguas en un vasto ámbito nunca son uniformes, en el estado natural. Pueden llegar a imponer una cierta uniformidad por medio de la Escuela, que llegue justamente hasta las fronteras que se desee que llegue..., a las fronteras de los Estados. Y con esa unificación, efectivamente, producir la impresión de que la lengua es toda una, en todo el ámbito del Estado. Y naturalmente, junto con eso, pues esforzarse por practicar todos los vicios de purismo y cosas por el estilo de cada lengua, que son todo actuaciones típicas de quien no entiende lo que es lengua.

Tengo que volver sobre el principio. Sin embargo, no hay que olvidar que nunca en la Historia la lengua, de verdad, ha aparecido; siempre ha aparecido en forma de diversidades. Esta actuación desde Arriba, este manejo desde Arriba a través de la Escritura y la Escuela siempre, lo que hace es convertir esas diversidades, continuas, de valle a valle, de río a río, en una situación supuestamente natural, convertirlas en diversidades que abarquen grandes espacios idiomáticos, uniformados, como el Poder lo necesita: no es más que eso. A lo más que puede llegar el Poder es a maravillas como la



## resurrección de una lengua muerta...

(**Babab**: Eso te iba a preguntar después. Precisamente. **A. G. C.**: Te lo ahorras, te lo ahorras ya.  
**Babab 2**: Te lo ahorras.)

como lo que hace unos 50 años se logró, generalmente a través de la Escuela, a través de las escuelas y de la escritura, cuando la fundación del Estado de Israel; y hazañas cercanas, como, efectivamente, no voy a decir la resurrección, pero desde luego sí la elección de un dialecto para la unificación, que se ha practicado con el vasco, a través de las ikastolas, y de la escritura y literatura también. Hasta ahí pueden llegar. De manera que ésta es la contradicción: no se puede de verdad manejar la lengua, el pueblo está siempre vivo -dicho de otra manera-. No se puede de verdad manejar la lengua. Pero se puede hacer mucho malo sobre ella a través de la Escritura y de la Cultura en general. Y eso es lo que hemos descrito entre tú y yo un poco.

**Babab**: De todas maneras, aunque ya has aludido bastante a ello y quizá no haga falta mayor respuesta, voy a hacerte la siguiente pregunta, por si acaso alguna cosa... Que es así. Relacionado con lo anterior, encontramos un caso muy llamativo y paradigmático: el "rescate" del hebreo a partir de la escritura, especialmente a partir de los textos sagrados; o sea, su puesta en marcha como lengua común de los judíos, que, además de reunirse, tras la diáspora, en la patria que consideran común allá por 1948, vuelven los ojos a la lengua escrita de sus antepasados y la convierten en su seña de identidad por antonomasia. En el caso de España, algo parecido ha ocurrido con la creación del "batúa", a partir de las muy variadas y diferentes hablas locales vascuences. Este "batúa" o "común" es una lengua que se crea artificialmente en laboratorio hace aproximadamente un siglo, cuyo impulso y expansión se fomenta desde el inicio de nuestra Democracia, y que hoy día supone una de las partidas en que más gasta el Gobierno Vasco. ¿Te parecen casos semejantes? ¿Encuentras que estos fenómenos se producen por la misma causa? ¿O encuentras que obedecen a causas y orígenes muy distintos? Y tal vez no tengas mucho más que añadir que lo que has dicho antes. Pero, por si quieres decir algo al respecto.

**A. G. C.**: Sí, efectivamente, yo he dicho ya bastante, y tú también; especialmente respecto al caso del vasco unificado, tú también has dicho más de lo que yo había dicho. Así que, quede ahí. Únicamente respecto al hebreo, tengo que recordar que efectivamente lo decisivo fue la creación del Estado, es decir -esto es importante-, del Estado de Israel. Porque hasta entonces, efectivamente, el hebreo siempre ha estado, más o menos, resucitado como lengua ritual y como lengua artística; por ejemplo en la Edad Media, y especialmente entre los judíos andalusíes, hubo un florecimiento de una poesía en hebreo que, más o menos, imitaba a la poesía en árabe y que se hacía sobre una lengua que no se hablaba desde muchos siglos antes, porque el hebreo ya en tiempos de Jesucristo no se hablaba. Jesucristo hablaba más o menos el arameo -como tú sabes- y el hebreo había quedado reducido a lengua del rito sobre todo. Pero las comunidades judías, en la diáspora, en la dispersión, habían desarrollado otras formas, es decir, adoptando y a veces hablando, las lenguas de los sitios en donde unos y otros habían caído, sobre todo con el caso del yiddish y con el caso del ladino, de los judíos españoles. De manera que la hazaña de mantener el hebreo en vida era secular, pero se le había mantenido como restringido, en usos rituales o poéticos, de la misma manera que en el siglo pasado

todavía se hacía de una forma más o menos habitual poesía en latín y griego -como, por ejemplo, el epigrama que hemos dicho antes-. Pero la resurrección de esta lengua a partir de la escritura se produce definitivamente por ese motivo que hay que entender como fundador, como motor: la creación del Estado de Israel.

**Babab:** Hace pocos días en una conferencia que pronunciaste en Madrid, que, más que conferencia, fue dejar hablar a los muertos, a esos que siguen aquí con nosotros, y hacer viva de nuevo su palabra, te referiste al famoso y muy conocido dicho latino *Verba uolant, scripta manent*<sup>3</sup>, no precisamente para admitirlo, sino justamente para todo lo contrario, para negarlo. Y ahí nos contaste la anécdota de que tu maestro Antonio Tovar había creado a modo de pentámetro, para contradecir al consabido dicho, otro que decía algo así (corrígeme si me equivoco): *Mortua scripta manent, uiua uerba uolant*. Todo esto lo contabas para decirnos que la palabra está viva, que la palabra, además de decir (y más principalmente), hace; cosa sobre la que volveremos a tratar al hablar de poesía.

¿Quieres, sobre esto, hacer una mayor explicación?

**A los niños, en las escuelas, se les hace perder el tiempo con cosas inútiles, pero no se les hace leer en voz alta ni aprender de memoria poesías.**

**A. G. C.:** Sí, el pentámetro de Tovar..., puede que no lo recuerde del todo bien, pero me parece que era *Mortua scripta manent, uiuida uerba uolant*.

(Babab: Ah, claro. Así tiene que ser. Ahora sí sale el pentámetro. A mí me faltaba una sílaba para el dácilo, porque confundí *uiuida* con *uiua*.)

Sí, allí, en esa actuación lo que hice fue del revés de lo que se suele: es decir, sacar de la letra, de la escritura, la palabra, hacer hablar a esos muertos vivos. Y, entonces, volver a decir; decir la oración de Safó o las cuestiones de Física, de átomos y todo eso que Lucrecio nos presenta en sus versos. O sea, hacer viva la palabra. Por todas partes se mata a la palabra. Todos sabemos, por ejemplo, lo que pasa con los niños: a los niños no se les hace leer, en voz alta -que es lo que es leer-. Se les entretiene, se les hace perder el tiempo en las escuelas con todo tipo de cosas inútiles, que no sirven para nada. Y, claro, ocupando tanto tiempo en eso, nunca se encuentra tiempo para leer. Tampoco se aprenden de memoria poesías -como se hacía en los tiempos de los abuelos en las escuelas-. Ni leen en voz alta ni aprenden de memoria. Ésa es una de las maneras de matar y tener a buen recaudo la palabra. En esa actuación a la que te referías -como en tantas otras- lo que trataba de hacer era justamente lo contrario: traer a la vida la palabra de esos muertos que siguen vivos, que siguen aquí con nosotros.

**Babab:** Poesía es un caso de lenguaje -esto es lo primero que das como axioma cuando tratas de ella-. Por otra parte -como veíamos en la pregunta anterior respecto a la palabra-, la poesía, más que decir, hace: eso, además, nos lo revela bien la raíz griega de esta palabra: el verbo 'poiéo' significa "hacer" y el sustantivo 'poíesis', "acción".

¿Podrías explicar, para los que no conozcan tu afirmación primera, qué caso de lenguaje es la poesía? ¿Y cuáles son los otros casos de lenguaje? ¿Tiene sentido todavía hoy la poesía en relación con lo que nos dice su raíz griega?

**La poesía hace: hiere los corazones, toca los corazones de la gente. El poeta la deja hablar, para que haga lo que también a él le ha hecho. El poeta no escribe, inventa.**

## **poeta no escribe, inventa.**

**A. G. C.:** Bueno. Lo primero que hay que decir es que no es que yo ponga como axioma eso de que poesía es un caso de lenguaje, porque no se trata de un axioma. Lo que hago es decir lo evidente, que es, justamente, lo que no se dice. Porque de poesía se dice de todo, cualquier cosa, cuando se lanzan a hablar de ella, pero nadie empieza diciendo lo más sencillo y evidente: que es un caso de lenguaje. Y sí, efectivamente, hay que decir que es acción, que hace; pero no tanto utilizando o yendo al verbo 'poiéo', que, más bien, tiene el sentido de "costruir", de "costrucción", ...

**(Babab:** Ah, sí, claro, ese verbo tiene más ese sentido.)

... sino yéndonos más bien a 'prátto', a 'práxis', que es más precisamente la raíz de "acción". La poesía hace: hiere los corazones, toca los corazones de la gente. El poeta la deja hablar, para que haga lo que también a él le ha hecho. Y esto ocurre todavía de vez en cuando. No olvidemos una cosa: cuando hablo de poesía me refiero tanto a la del tipo de la canción, la más lírica, como también a la dramática o a las diversas manifestaciones épicas. Porque una cosa es básica y fundamental para que haya poesía; una cosa es imprescindible: el ritmo, que es eso, bastante misterioso, que anda por debajo de la lengua misma, sobre lo que luego se acopla la propia lengua. Sin ritmo no hay poesía; porque poesía no son todas esas cosas que andan por ahí convertidas en Literatura y que ni siquiera tienen las técnicas o las artes básicas de la poesía. Rara, muy rara vez se hace poesía; se llama poesía cada vez más a otra cosa que no es ella, que no tiene ritmo ni medida ni música y que anda metida en el cajón de la Literatura. Pero todavía de vez en cuando se hace poesía; y no sólo la hace de manera más o menos espontánea gente inculta, a la que le sale así como sin querer; también los cultos, gentes cultas, a veces dejan hablar a la poesía por su boca. El poeta no escribe, inventa.

**Babab:** Has dicho antes que ya no te parece bien ni apropiado hablar de los hombres, y menos del Hombre. Y, entonces, quizá la pregunta que te voy a hacer ya sobre. Pero, de todos modos, ahí va. En la tertulia política que llevas unos años convocando en el Ateneo de Madrid ha salido a relucir el problema de qué significa ser 'hombre'. Y allí se ha aludido a que quizá la nota más caracterizadora (o por lo menos una de las imprescindibles) del ser humano sea la de que viene dotado con la capacidad para el lenguaje, la de que nace con el regalo de la lengua. ¿Te parece esto verdaderamente definitivo para caracterizar al 'hombre'? ¿Es esto más exacto que la vieja definición de 'hombre' como "animal racional" o la aristotélica de 'hombre' como "animal político"? ¿No es, por otra parte, verdad que estas tres características están íntimamente relacionadas?

## **Los hombres, y más el Hombre, no tienen importancia.**

**A. G. C.:** Bueno. La tertulia política que hace cinco años convoqué en el Ateneo ha seguido haciéndose, no porque yo siga convocándola ni porque me afane en mantenerla, sino porque la gente ha seguido acudiendo y reuniéndose. Y de esta manera ha seguido la cosa. Claro, no parecía lo más adecuado que quien la había convocado al principio abandonara. Así que, así llevamos cinco años ya.

Bueno. A veces, sobre todo entre los que se van incorporando nuevos, sale eso, ese asunto del Hombre, pero, en fin, es algo sobre lo que generalmente pasamos un poco por

encima y dejamos de lado, porque los hombres, y más el Hombre, no importan, no tienen importancia. Y preferimos tratar de otras cosas que sí la tengan, cosas que duelen más, más hondas, que tocan más al pueblo, a lo que quede por ahí de pueblo. Pero de lo que dices, de la relación entre esas definiciones que has señalado, lo has dicho bastante bien. En aquellos años de los pronunciamentos estudiantiles, en un *Gaudeamus* que escribí por entonces, una de las tantas veces que caí en los calabozos de la Puerta del Sol, pues allí, en vez de todos los "¡viva!" que aparecen en el *Gaudeamus* tradicional, los sustituía por "¡muera!". Y allí, sobre el Hombre, aparecía lo siguiente, si puedo acordarme bien: *Vivat vita hominum, / si quid erit tale*; ("Viva la vida del hombre, cualquier cosa que tal sea;") / *sin minus, vel pereat / et ad umbras transeat / animal rationale*. ("pero, si no, que muera y se vaya a las sombras ese animal racional."). Sí, tienes razón en unir esas características que has dicho: no hay que olvidar -como ya he dicho- que lengua es razón, que la lengua es lo mismo que la razón.

.....

Maestro no es tanto el que tiene muchos conocimientos y saberes, que los tiene, sin duda. Mucho más importante que eso, y decisivo: es el que abre los ojos a alumnos y discípulos ante las maravillas que tienen delante; y es el que, por haber transitado por vías muertas, por callejones muy trillados pero sin salida, de donde ha tenido que hacer el esfuerzo de regresar para volver a empezar por otro lado, les evita el suplicio de inútiles y aburridos tránsitos y los lleva, dejándolos libres, hasta un campo ancho, donde hagan camino al andar -remedando la frase de Antonio Machado-, donde puedan hacer lo que no está hecho. En todos los sentidos señalados Agustín García Calvo es un maestro. Yo soy una entre tantos a quien le ha cabido en suerte poder participar y disfrutar de su magisterio. Hoy de nuevo, gracias a esta conversación, me he reencontrado con el maestro. Deseo que a los que lean les llegue, aunque no sea más que a través de la letra, lo que de vida está latiendo en lo que les muestro.

#### Notas:

**1.** Agustín García Calvo nació en Zamora (España) en 1926. Catedrático de Latín de Instituto de Enseñanza Media, primero, y, después, de Universidad. La última en la que impartió durante muchos cursos diversas disciplinas relacionadas con la lengua latina (Métrica Latina, Comentario de Textos Latinos, Fonología y Morfología Latinas, etc.) ha sido la Universidad Complutense de Madrid. Estando ya impartiendo clases en esta última, a mediados de los sesenta, el Régimen Franquista le desposeyó de su Cátedra por haber encabezado los pronunciamentos estudiantiles de entonces; marchó a París, donde siguió haciendo estudios relacionados con la lengua, que produjeron excelentes frutos; al cabo de unos diez años, con el cambio al Régimen Democrático en España, se le restituyó en su Cátedra y siguió dando clases en Madrid hasta su jubilación hace pocos años. Ha realizado estudios en indoeuropeo, latín, griego antiguo, castellano medieval, español actual, lengua. También ha indagado en otros campos, como el de la psicología, las matemáticas o la física. Ha publicado muchos y variados libros en diversas editoriales, destacando entre ellas la editorial Lucina, donde se puede encontrar la mayor parte de su producción. Por señalar sólo algunos ejemplos, citaremos los títulos siguientes: *Lalia: ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad, Del ritmo del lenguaje, Del lenguaje, Historia contra tradición: tradición contra Historia, ¿Qué coños?: 5 cuentos y una charla, Contra la Pareja, Contra el Hombre, Contra el Tiempo*. Ha hecho traducciones de latín (Virgilio, Lucrecio), griego (*Ilíada*, presocráticos, Aristófanes), inglés (Shakespeare); ediciones de textos antiguos de autores griegos y latinos (Heraclito, Lucrecio) y de textos medievales castellanos (*Proverbios morales* de Sem Tob). Ha colaborado en distintos periódicos españoles durante las tres últimas décadas y participado en programas de radio. Es un excelente poeta en español (Canciones y soliloquios, etc.) y un recitador extraordinario (docenas de veces hemos podido deleitarnos con sus recitales de poesía en aulas universitarias y en salas de variopintas instituciones). Ha pronunciado cientos de conferencias y se ha reunido en amenísima conversación con adolescentes de Institutos y jóvenes universitarios o con gentes no pertenecientes a la órbita estudiantil. Ha recibido premios y laureles, de los que debemos destacar el Premio Nacional de Ensayo de 1990 por su obra *Hablando de lo que habla* y el Premio Nacional de Teatro (en el apartado de Literatura Dramática) de 1999 por *Baraja del rey don Pedro*. En muchas ocasiones ha dirigido tertulias, en las que entre todos los asistentes se intenta descubrir y denunciar los engaños de que está formada la Realidad. Actualmente se mantiene una tertulia en el Ateneo de Madrid, que, convocada en un principio por Agustín García Calvo, ya lleva cinco años de camino.

**2.** En las respuestas de Agustín García Calvo, transcribimos sus palabras respetando sus habituales usos ortográficos  
**3.** Del famosísimo dicho latino *Verba uolant, scripta manent* ("Las palabras vuelan, lo escrito perdura"), el maestro Antonio Tovar hizo una versión con la que decía justo lo contrario, en forma de pentámetro: *Mortua scripta manent, uiuida uerba uolant*, que viene a decir: "Lo escrito perdura muerto, las palabras vuelan llenas de vida".

- \*. Con Babab 2 señalamos las intervenciones de M. Ángeles Vázquez, que también participó en esta conversación con Agustín García Calvo.